



Revista *De* Historia Militar

AÑO 2025, DICIEMBRE

N° 22
ISSN 0719-4641



La operación conjunta de 1826: la anexión del archipiélago de Chiloé a Chile

El batallón de Infantería de nuestra Independencia

Los prisioneros chilenos de 1866 en la guerra de Chile contra España

El modelo militar prusiano y su aplicación en el Ejército de Chile (1885-1942)



Departamento
Cultural, Histórico
y de Extensión del Ejército



En portada: Imagen elaborada a partir del material cartográfico *Chiloé i Llanquihue, Chile*, Marina Nacional: Oficina de Hidrografía y Navegación de Chile, Valparaíso, 1920; Acuarelas E. Courtois de Bonnencontre (1911) en Biblioteca Nacional, Sala Medina. Obtenidas de Guarda, Gabriel. 1990. *Flandes indiano: Las fortificaciones del reino de Chile 1541-1826*. Santiago: Universidad Católica de Chile, p. 138.

Editorial

Historia y desarrollo institucional del Ejército de Chile. Reflexiones a propósito del bicentenario de la anexión de Chiloé y de los treinta años de la Expedición Cruz del Sur.

Este nuevo número de nuestra revista se publica en un contexto conmemorativo de especial relevancia, no solo para la historia del Ejército, sino también para nuestra historia nacional. Entre fines del 2025 y principios del 2026 se recuerda el inicio y el término de dos hechos históricos particularmente significativos: los doscientos años de la anexión de Chiloé a la República de Chile y los treinta años de la Expedición Cruz del Sur. Ambos hitos, aunque de naturaleza distinta, permiten reflexionar –a partir de los artículos que analizan su ejecución y efectos– sobre la continuidad entre la construcción histórica del territorio nacional y el desarrollo de las capacidades operativas del Ejército en tiempos contemporáneos.

La anexión de Chiloé, culminada en enero de 1826, marcó el cierre efectivo del proceso de Independencia y permitió avanzar en la consolidación de la unidad territorial de la naciente República. Su importancia radica no solo en la integración política del archipiélago, sino también en su impacto estratégico para la consolidación del dominio marítimo del sur y en el reforzamiento de la presencia estatal en espacios clave para la futura proyección geopolítica del país.

Por su parte, la Expedición Cruz del Sur, iniciada en noviembre de 1995 y concluida los primeros días de enero de 1996, tuvo un propósito netamente institucional: demostrar la capacidad operativa, logística y de proyección del Ejército en entornos extremos, fortaleciendo la doctrina y propiciando una comprensión más profunda de las exigencias que impone la geografía polar. Este aniversario recuerda que la preparación y el alistamiento no son solo capacidades técnicas, sino también componentes centrales de la identidad profesional de la institución.

Como es habitual, esta edición no se circunscribe únicamente a las efemérides. Presentamos también investigaciones históricas orientadas a ampliar la comprensión del desarrollo militar de Chile. Un estudio sobre el batallón de Infantería durante el período de la Independencia revisa la organización y las tácticas de una unidad de combate en los primeros años de la República. Otro trabajo examina la captura de los prisioneros chilenos durante la Guerra contra España (1866), un ámbito poco explorado que aporta nuevas perspectivas sobre la experiencia de combatientes en los conflictos bélicos del siglo XIX. Finalmente, un artículo dedicado a la implementación del modelo militar prusiano, adoptado por Chile a partir de 1885, recorre su impacto doctrinario y organizacional, así como la influencia perdurable de dicha tradición en la profesionalización del Ejército.

La Revista de Historia Militar Nº 22 incluye además las secciones permanentes dedicadas al patrimonio militar, los archivos y monumentos, reafirmando el compromiso editorial con la difusión de la memoria institucional y con la necesidad de comprender cómo la identidad militar se proyecta tanto al interior de la institución como en los espacios públicos.

Conmemorar, investigar y preservar son esfuerzos que se fortalecen entre sí. Los aniversarios de la anexión de Chiloé y de la Expedición Cruz del Sur subrayan la continuidad histórica entre la defensa del territorio y la preparación profesional del Ejército. Asimismo, los otros contenidos de esta edición amplían el marco analítico, permitiendo comprender los procesos, decisiones y transformaciones que han modelado nuestra historia institucional durante más de dos siglos. La atención al patrimonio y a la memoria material recuerda que la identidad militar no se sostiene solo en las operaciones militares y en la doctrina, sino también en los símbolos capaces de condensar la trayectoria, valores y el orgullo histórico que contribuyen al sentido de pertenencia de cada soldado.

Con esta edición buscamos ofrecer una mirada amplia y fundamentada sobre parte de la trayectoria y capacidades del Ejército, articulando efemérides, estudios históricos y la puesta en valor del patrimonio y símbolos militares. Así, la Revista de Historia Militar Nº 22 reafirma su propósito central: contribuir al conocimiento riguroso de la historia militar de Chile y apoyar la reflexión profesional sobre sus desafíos presentes y futuros.

Índice de contenidos

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

Año 25, diciembre 2025, Vol. 22. Santiago de Chile.

Derechos reservados

Derechos reservados.

Publicación anual y de distribución gratuita, fundada el año 2002 por el entonces Departamento de Historia Militar. Las imágenes sin referencias son de exclusiva propiedad del DCHEE y pueden ser utilizadas sin fines comerciales, incluyendo la fuente. Las colaboraciones y opiniones vertidas son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento ni la doctrina institucional.

Registro de Propiedad Intelectual N° 129305

ISSN 0719-4641

Jefe del Estado Mayor General del Ejército

GDD Rodrigo Pino Riquelme

Comité Editorial

Director

CRL. Cristián Concha Vidal

Jefe del Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército

Editor responsable

CRL. (R) Guillermo O’Ryan Mundigo

Jefe Sección de Asuntos Históricos, Patrimoniales y Gestión Cultural

Secretaría editorial

PAC. María Paz López Parra

Historiadora

Diseño, Diagramación e Impresión

Instituto Geográfico Militar

Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército

Zenteno 45, entrepiso sur. Santiago, Chile

departamentocultural@ejercito.cl

EDITORIAL

Editorial

3

INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

La operación conjunta de 1826: la anexión del archipiélago de Chiloé a Chile

6



INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

El batallón de Infantería de nuestra Independencia

15



INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Los prisioneros chilenos de 1866 en la guerra de Chile contra España

25



INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

El modelo militar prusiano y su aplicación en el Ejército de Chile (1885-1942)

33



INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

La expedición Cruz del Sur.

41

Una hazaña del Ejército de Chile en el corazón de la Antártica



SÍMBOLOS MILITARES

La heráldica militar: insignias

50



VEXILOLOGÍA

Banderas y estandartes de unidades militares chilenas 1843-1892

58



PINTURA MILITAR

Combate de La Concepción, Louis Boudat Ducollier

62



CONSERVACIÓN PATRIMONIAL

Conservación de armas blancas antiguas

64



MONUMENTO

El monumento
al General
Manuel
Baquedano:
historia de un
hito urbano



67

FOTOGRAFÍA MILITAR

Práctica de Tiro
del Batallón de
Infantería Nº 3
“Hungay”,
1905



82

GALERÍA PICTÓRICA

Patrimonio
pictórico de
las armas



76

HACE 100 AÑOS

¿Qué
sucedió en
1925?



84

¿SABÍA UD. QUE...?

¿Sabía Ud.
que...?



86

REGISTROS HISTÓRICOS

Héroes del
recuerdo



77

HEMOS LEÍDO...

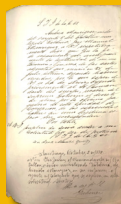
Historia del
Ejército de Chile.
Tomo IV: “Camino
al Bicentenario.
Crisis, transición y
modernización”



87

DOCUMENTOS

Anunciando
la muerte.
Comunicación
epistolar durante
la Guerra del
Pacífico



78

LIBROS

Publicaciones
militares



89

ORLA MILITAR

Orla del
Regimiento
de Artillería
Montado Nº 5
Gr. Velásquez



81

ACTIVIDADES CULTURALES

Actividades culturales
del Ejército 2025



90

La operación conjunta de 1826: la anexión del archipiélago de Chiloé a Chile

GUILLERMO O'RYAN MUNDIGO

Coronel de Artillería (R)
Jefe Secc. de Historia y Patrimonio del DCHEE

INTRODUCCIÓN

Chiloé, la provincia más austral de la América española durante 259 años (1567-1826), desarrolló una especial cultura, cuyos rasgos característicos —modelados por la geografía, la lejanía, la religiosidad y la dependencia del entorno natural— continúan distinguiéndola aun dos siglos después de su anexión a Chile. Su población aprendió a adaptarse a un clima templado y lluvioso, así como a las cambiantes condiciones de navegación, factores que influyeron profundamente en su modo de vida.

En efecto, el archipiélago de Chiloé, formado por unas cuarenta islas, posee una particular condición climática que favorece una rica flora nativa y condiciona las labores cotidianas de sus habitantes. La mayoría de su población se ha establecido en las zonas costeras, donde el mar interior constituye tanto la principal vía de comunicación y comercio local como una fuente constante de sustento alimenticio.

Durante el período de dominio español de América, Chiloé mantuvo vínculos comerciales e intercambio con Valdivia y, de manera especial, con el Virreinato del Perú, al cual fue anexado en 1784 con la categoría de “intendencia”. Esta acción administrativa trajo consigo dos transformaciones significativas: una de carácter militar, relacionada con la construcción de fortificaciones para defender la provincia de piratas y enemigos de la Corona; y otra de orden económico, derivada del establecimiento de un

monopolio comercial que intensificó la dependencia de los isleños y afectó negativamente su autonomía económica.

SITUACIÓN DEL ARCHIPIÉLAGO ANTES DE LA OPERACIÓN MILITAR DE 1826

La primera expedición militar enviada por el Virreinato del Perú para detener el proceso de independencia iniciado en



E. Courtois de Bonnencontre, Castillo de Agüi, acuarela, 1911 (Biblioteca Nacional, Sala Medina). Imágenes obtenidas de: Guarda, Gabriel. 1990. *Flandes indiano: Las fortificaciones del reino de Chile 1541-1826*. Santiago: Universidad Católica de Chile, p. 138.

Chile fue comandada por el brigadier de la marina española Antonio Pareja y Serrano de León. El archipiélago de Chiloé sirvió en aquel entonces como base de operaciones y para la obtención de 1.400 reclutas y bastimentos necesarios para la campaña, que comenzó en febrero de 1812 con la conquista de Talcahuano y Concepción. Durante los años siguientes, mientras se desarrollaba la guerra de independencia, el virreinato continuó movilizand o contingentes provenientes de Chiloé para combatir tanto en Chile como en Alto Perú (actual territorio de Bolivia).

Tras la derrota realista en la Batalla de Chacabuco (febrero de 1817), el virrey del Perú visualizó la relevancia estratégica de Chiloé. En consecuencia, nombró gobernador del archipiélago al coronel Antonio de Quintanilla y Santiago. Este, un joven comerciante español radicado en Concepción y reclutado por Pareja como ayudante durante la invasión de 1813, demostró grandes virtudes militares y capacidades de organizador incansable, además de una férrea lealtad a la Corona que, con carácter, manifestó a lo largo de toda su trayectoria.

Ya en la isla, Quintanilla colaboró activamente con las fuerzas de guerrillas formadas por realistas, bandidos e indígenas que combatían a las fuerzas patriotas. Asimismo, brindó apoyo logístico al virreinato y a los buques del rey que recalaban en las costas chilotas después de cruzar desde el Atlántico hacia el Pacífico.

Pese al nulo apoyo recibido para la defensa de la isla desde España —sumida en conflictos internos entre reformistas y absolutistas—, Quintanilla ideó numerosas formas de obtener recursos, tanto para mejorar los fuertes, pagar a las tropas bajo su mando y ayudar a las familias que habían perdido sus ingresos por la partida o fallecimiento de los soldados llevados al continente por la Corona.

Como se analizó en la Revista de Historia Militar Nº21 (pág. 10 y ss.), en 1824 el Estado de Chile organizó una expedición para liberar el archipiélago del dominio español. Sin embargo, la operación resultó en un rotundo fracaso por su ejecución tardía y deficiente.



E. Courtois de Bonnencontre, portada del Castillo de Agüi, acuarela, 1911 (Biblioteca Nacional, Sala Medina). Imágenes obtenidas de: Guarda, Gabriel. 1990. *Flandes indiano: Las fortificaciones del reino de Chile 1541-1826*. Santiago: Universidad Católica de Chile, p. 138.



Retrato de Ramón Freire Serrano. Imagen generada por inteligencia artificial (ChatGPT, modelo GPT-5) [noviembre de 2025], en base al óleo "Retrato de don Ramón Freire Serrano" de Arturo Santana (Presidencia de la República de Chile).

FUERZAS DE LA REPÚBLICA

Teniendo en consideración los resultados de la expedición de 1824, el general Ramón Freire Serrano, a la sazón, director supremo de Chile, decidió organizar una nueva operación militar destinada a asegurar la incorporación definitiva del archipiélago de Chiloé a la soberanía nacional. A esta decisión se sumaba un factor geopolítico adicional: las amenazas de Simón Bolívar de ocupar las islas para dejarlas bajo la soberanía del recién liberado Perú.

Lo indicado se tradujo en la organización de una segunda expedición conjunta, conformada por cinco batallones de infantería, una batería de artillería a pie y un escuadrón de caballería. Estos medios serían transportados en cinco buques de guerra y cinco transportes (véase Cuadro N° 1).

CUADRO N° 1: FUERZAS EXPEDICIONARIAS CHILENAS

Director supremo y comandante de las fuerzas expedicionarias:

GRAL Ramón Freire Serrano

Jefe del Estado Mayor:

GRAL José Manuel Borgoño

Infantería

Batallón N° 1: TCL. Pedro Godoy

Batallón N° 4: TCL. José Gana

Batallón N° 6: TCL. Manuel Riquelme

Batallón N° 7: CRL. José Rondizzoni

Batallón N° 8: TCL. Jorge Beauchef

Total: 2.352 hombres

Artillería

Una compañía de artillería de campaña a pie, a base de 4 cañones livianos:

MAY. Gregorio Amunátegui

Total: 80 hombres

Caballería

Un escuadrón de guías (sin ganado): TCL. Francisco Borcoski

Total: 142 hombres

Medios navales: Vicealmirante Manuel Blanco Encalada

Fragata María Isabel

Corbeta Independencia

Bergantines Aquiles y Galvarino

Corbeta Chacabuco

Transportes: Lautaro, Resolución, Ceres, Infatigable y Golondrina.

FUERZAS ESPAÑOLAS

El brigadier Antonio Quintanilla había organizado, equipado e instruido cuidadosamente a sus fuerzas, las que estaban constituidas por tropas locales. Estas se dividían entre unidades de línea o veteranos y cuerpos de milicianos que, organizados por localidades, cumplían tanto funciones militares como de obras públicas asociadas a la defensa en diferentes lugares del archipiélago.

Con la finalidad de defender los fuertes y disponer de una fuerza móvil capaz de hacer frente a los buques y botes de desembarco adversarios, Quintanilla solicitó a los diferentes

partidos del archipiélago la construcción de lanchas cañoneras. Estas embarcaciones, armadas con uno o dos cañones de grueso calibre (113 a 144 mm), contaban con un mástil con vela mayor y foque, además de una dotación de al menos una veintena de remeros/fusileros. Sus características les otorgaban gran agilidad y velocidad, incluso con escaso viento, pudiendo accionar contra fuerzas navales y terrestres, ya que su bajo calado permitía navegar muy cerca de la costa.

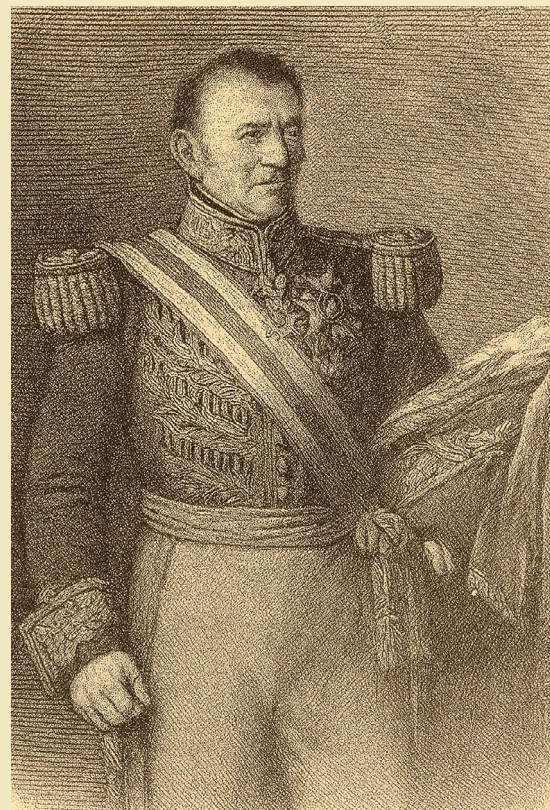
CUADRO Nº 2: FUERZAS ESPAÑOLAS EN EL ARCHIPIÉLAGO
Gobernador de Chiloé y comandante de las fuerzas: GRAL Antonio de Quintanilla y Santiago
Infantería: Batallón Veteranos de San Carlos Batallón Milicianos reglados de Castro Compañías de milicianos cazadores de Castro Compañías de milicianos granaderos de Castro Total: 2.000 hombres aproximadamente.
Artillería Dos compañías de artillería, con 8 cañones de campaña y 4 obuses Total: 190 hombres
Fuertes y baterías costeras Corona, Agüi, Balcacura, Poquillihue, El Muelle, Campo Santo, San Antonio y San Carlos*
Caballería: TCL. Tadeo Islas Escuadrón Dragones de Maullín Milicianos de Quinchao Total: 280 hombres
Zapadores: 342 hombres aproximadamente.
Medios navales: 6 lanchas cañoneras Total: 220 tripulantes/fusileros/remeros

*Los otros fuertes españoles diseminados en la isla y los del continente, no tuvieron participación en los combates.

CARACTERÍSTICAS DEL ESCENARIO

La isla de Chiloé tiene una superficie de 8.394 km², que en la época estaban mayoritariamente cubiertos de espesos bosques. En estas condiciones, el único camino existente era el de Caicumeo, de tipo embaralado de aproximadamente 88 km de extensión, que unía San Carlos (actual ciudad de Ancud) con Santiago de Castro. Por tal motivo, el transporte marítimo tenía mayor preponderancia, tanto para personas como para animales y productos de todo tipo.

El relieve se presentaba abrupto en la costa oeste, donde la densa vegetación y la presencia de la cordillera de Piuchén, lo hacían prácticamente intransitable. En contraste, en las costas norte y este (mar interior) existían caseríos y pueblos, establecidos en torno a playas aptas para la recolección de mariscos, bahías y penínsulas que protegían de los vientos y el mal tiempo a los navegantes. El mar interior, entre la isla, y el continente, tiene aproximadamente cuarenta islas, donde se desarrollaban actividades agrícolas, ganaderas (crianza de vacunos, ovinos y



Retrato de Antonio de Quintanilla. Imagen generada por inteligencia artificial (ChatGPT, modelo GPT-5) [noviembre de 2025], basada en el retrato al óleo de Antonio de Quintanilla, (Prat, 1843).



Sargento 2º de Artillería (según DS de 28 de abril de 1823) y soldado del Escuadrón de Caballería Guías (DS de 24 de julio de 1824).
Fuente: Estado Mayor General del Ejército. 1985. Historia del Ejército de Chile, Tomo XI: Nuestros uniformes, pp. 75 y 77. En adelante, este título se citará como: EMGE, 1985. Nuestros uniformes.

cerdos), madereras y artesanales, destacando la producción de tejidos de prendas, especialmente frazadas y mantas.

El clima templado lluvioso beneficia el crecimiento del bosque nativo y el cultivo agrícola, siendo la papa, el trigo y las praderas sus principales productos. Sin embargo, desde el punto de vista militar, la abundancia de precipitaciones tiene un claro efecto en el terreno, dificultando el desplazamiento de unidades militares, el transporte de la artillería y las cargas de caballería, a lo que hay que añadir los desafíos en la ascensión de promontorios durante una acción táctica.

LAS OPERACIONES

Las fuerzas chilenas comenzaron su embarque en Valparaíso el 28 de noviembre de 1825. En esta primera etapa embarcaron los batallones N° 4, 7 y 8 junto con la Compañía de Artillería y el Escuadrón de Guías. La escuadra navegó durante trece días hasta Valdivia, donde se integraron los batallones N° 1 y N° 6. Con el contingente completo para la campaña, la expedición zarpó el 2 de enero de 1826. Después de seis días de navegación, la flota se reunió frente a Punta Huechucui, punto designado como zona de reunión.

Conforme a la planificación del general José Borgoño, jefe del Estado Mayor de la expedición, el desembarco debía realizarse en la bahía del Inglés. Para ello era indispensable neutralizar la batería costera de Punta Corona, misión que cumplió el capitán Tiburcio Frijolé (veterano de las batallas de Chacabuco y Maipú) al mando de su compañía, de la compañía de granaderos del Batallón N° 8 y más veinte hombres de marina.

Una vez asegurado la zona de desembarco, la escuadra fondeó frente a la playa de Yuste y, a las 04:00 horas del 10 de enero, se inició el desembarco, que se extendió hasta las 17:00 horas. Una vez desembarcada la tropa, dos fracciones se desprendieron del grueso de las fuerzas: el Batallón N° 1, al mando del teniente coronel Pedro Godoy, que marchó en dirección al castillo de Agüi para bloquear cualquier ataque desde esa fortaleza; mientras que el coronel Santiago Aldunate, ayudante mayor del Cuartel General, al mando de dos compañías del Batallón N° 6 y cuarenta hombres del N° 8, recibió la misión de tomar la batería costera de Balcacura, compuesta por 8 cañones. Dicha batería cruzaba fuegos con las de las baterías aledañas de San Carlos (Poquillihue, El Muelle y Campo Santo). Al llegar a las inmediaciones de la batería, producto de la marea y la presencia de lanchas cañoneras, debió esperar la noche para conquistar su objetivo. Avanzó por la playa Núñez, con el agua hasta la cintura, y ejecutó un exitoso asalto nocturno que aseguró la posición y dejó aislado al castillo de Agüi.

El 11 de enero, el Ejército Expedicionario marchó hacia Balcacura bajo la lluvia constante, pasando por la retaguardia del

fuerte Agüi. Simultáneamente, los buques más ligeros de la escuadra navegaron frente al fuerte, que respondió con intenso fuego de sus 18 cañones de 24 libras durante 25 minutos, causando daños menores y algunos heridos por astillas entre la marinería.

En la batería Balcacura las tropas realizaron el aseo de armamento, recibieron alimentación y secaron sus equipos, mientras las compañías “de preferencia” (granaderos y cazadores) pernoctaron en los buques y prepararon su armamento y equipo para el día siguiente.

El día 12 de enero se embarcó el resto del ejército en las naves para cruzar el golfo de Quetalmahue y, al amanecer del día 13, desembarcó en el extremo oeste de la playa Lechagua. Desde allí se organizó el avance hacia las posiciones realistas que defendían el flanco oeste de San Carlos, con el siguiente dispositivo:

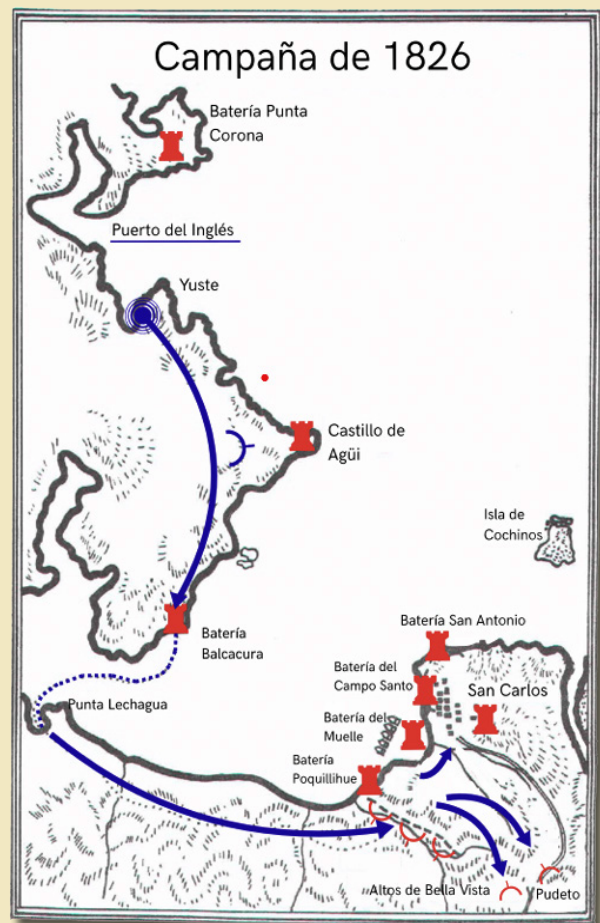
- La vanguardia al mando del coronel Aldunate, compuesta por cuatro compañías de cazadores, cuatro de granaderos y dos piezas de artillería.
- El grueso a base de las compañías de fusileros de los batallones N° 1, 4, 7 y 8, más dos piezas de artillería.
- La retaguardia compuesta por el Batallón N° 6 y el Escuadrón de Guías (sin ganado).

En la tarde del 13, las unidades ocuparon la chacra de Cuadros para vivaquear, lo que hacen protegidas por lomajes y cubiertas por la densa vegetación.

El día 14, a las 02:00 horas, catorce botes con voluntarios al mando del capitán Bell se desprenden de la flota chilena y, con la luz de luna en cuarto creciente, se acercaron a las lanchas enemigas fondeadas al resguardo de las baterías costeras Poquillihue y El Muelle. Se produjo un intenso fuego de fusilería por parte de una compañía de infantería que se encontraba en la playa, y de artillería por parte de lanchas y baterías contra los botes, que duró cerca de 40 minutos. Pese a la defensa, tres de ellas fueron abordadas y llevadas al lugar de fondeo de la escuadra, sumando a otra capturada el día anterior.

Combate de Poquillihue (14 de enero)

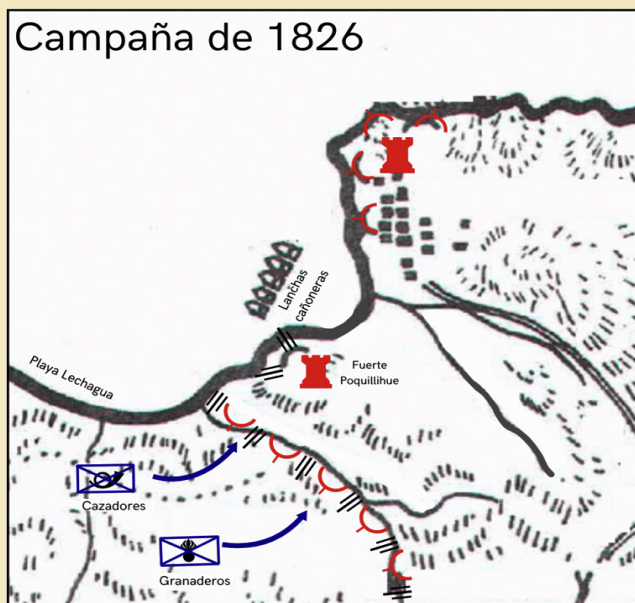
A las 04:30, las fuerzas terrestres comenzaron a marchar por estrechos desfiladeros para acercarse al adversario, ocupando la pampa de Yuca a las 08:30. En este punto, las compañías de cazadores y granaderos se desplegaron en guerrillas, haciendo contacto y sosteniendo tiroteos con los puestos avanzados y cazadores adversarios, oportunidad que sirvió para determinar la ubicación y extensión de la posición defensiva enemiga. Esta corría de norte a sur, con la quebrada del estero Poquillihue en



Esquicio de la Campaña de 1826. Elaboración DCHEE.



Ilustración de José Manuel Borgoño. Fuente: Desmadryl, Narciso. 1854. Galería nacional o colección de biografías i retratos de hombres celebres de Chile. Santiago: Imprenta Chilena, s/p.



Esquicio del combate Poquillihue. Elaboración DCHEE.

su frente, teniendo su extremo norte apoyado en la batería de costa Poquillihue —cuyo arco de tiro cubría todo el frente de la posición—, mientras que el extremo sur estaba apoyado en un impenetrable bosque, contando, además, con trabajos de tierra en las faldas del macizo de Poquillihue, ocupado por unos mil fusileros y seis piezas de artillería.

Con esta información, y considerando que un ataque frontal implicaría un alto costo en vidas, se realizó una junta de guerra. El vicealmirante Manuel Blanco Encalada propuso emplear las cuatro cañoneras capturadas como apoyo de fuego en el ala izquierda (costa) del inminente ataque.

A las 15:00 horas comenzó el combate. Tanto las lanchas cañoneras capturadas como la artillería de campaña al mando del sargento mayor Gregorio Amunátegui, concentraron sus fuegos sobre la batería Poquillihue durante 45 minutos. El comandante enemigo, capitán Olivares, murió en la acción, lo que provocó la huida de los sirvientes de la batería, quienes se vieron imposibilitados de soportar el fuego.

El general Borgoño, al advertir la vulnerabilidad adversaria producida por la neutralización de la batería, se puso a la cabeza de tropas de cazadores y granaderos, ordenando un rápido ataque. Los granaderos rompieron el centro del dispositivo y los cazadores avanzaron directamente a la batería de costa, generando un gran desorden en el adversario, que, sobrepasado por ambas columnas de ataque, abandonó la línea defensiva y se retiró a una segunda posición en los cerros de Bellavista, al sur de San Carlos.

Bellavista constituía la segunda posición de Quintanilla, que, por las características del terreno, representaba mayores dificultades para los atacantes. La posición corría de este a oeste, con el flanco derecho apoyado en los cerros de Pudeto, donde se concentraba la caballería mandada por el comandante Tadeo Isla; delante de ella corrían numerosas quebradas cubiertas de densa vegetación y a su espalda los cerros de Bellavista, que dominaban todo el frente y flancos con seis cañones de campaña; el extremo izquierdo estaba dominado por un denso bosque. Atrás de la posición se encontraba el camino de Caicumeo, vía de retirada hacia Castro en caso necesario.

Combate de Pudeto y Bellavista (14 de enero)

Una vez sobrepasada las defensas de Poquillihue, Borgoño reorganiza las fuerzas sobre la marcha y con la venia del general Freire, dispuso el siguiente ataque:

- Dos compañías de cazadores, al mando del mayor Nicolás Maruri Gascó, desplegadas en guerrilla, debían atacar el centro e izquierda de la posición adversaria.
- Los granaderos, más la primera división del coronel Beauchef (batallones N° 4 y 8), al mando del mismo

Borgoño, avanzarían hacia el cerro Pudeto para romper la línea y envolver las alturas de Bellavista, evitando un segundo desprendimiento del adversario al cortar el camino a Castro.

- La segunda división, compuesta por los batallones Nº 1 y 7, al mando del coronel Rondizzoni, seguiría a la primera.

Cuando la columna de Borgoño alcanzó las inmediaciones del cerro Pudeto, son cargados por la caballería de Isla, la que fue rechazada. La fuerza chilena continuó avanzando, venciendo a varias partidas de infantería y cortando la línea enemiga. La izquierda del dispositivo español se percató de la maniobra y trata de retroceder, pero los cazadores de Maruri y el cañón del mayor Martínez les dificultaba el desprendimiento.

Quintanilla ordenó concentrar sus medios en el mejor terreno de su posición, Bellavista, lo que se ejecuta de forma parcial debido a la presión ejercida por Borgoño, que avanzaba combatiendo desde la derecha (alturas de Pudeto, junto al incremento del fuego realizado por los cazadores y el empleo del Batallón Nº 6 que estaba de reserva).

En estas circunstancias, la defensa chilota se transformó en una desordenada retirada y los atacantes iniciaron la persecución, acción que continuó hasta que Freire, producto de la cercanía de la noche, ordenó replegarse a las posiciones recién conquistadas. Las unidades victoriosas se reorganizaron y pasaron la noche en el terreno conquistado, después de más de 16 horas de actividades de combate sin pausa.

Tratado de Tantauco

Al día siguiente de los combates de Poquillihue y Bellavista, las fuerzas patriotas ocuparon el castillo de Agüi y el pueblo de San Carlos. De inmediato se intercambiaron notas formales para tratar la capitulación del archipiélago, mientras que los mismos soldados facilitaron el regreso de la población civil a sus hogares.

El general Freire, magnánimo en la victoria, ofreció amplias garantías a los vencidos: no habría prisioneros y quienes desearan retornar a España recibirían el pago de su pasaje. Por otra parte, se dispuso el respeto de las propiedades de los isleños — quienes pasaban a ser reconocidos como ciudadanos chilenos—, así como la mantención de las autoridades administrativas, asegurando la pronta normalización de las actividades comerciales sin restricciones.

Con fecha 19 de enero de 1826 se firmó el tratado que selló la incorporación del archipiélago de Chiloé a la República de Chile. El documento fue firmado por el general Freire en San Carlos y por el brigadier de Quintanilla en la localidad de Tantauco, razón por la cual se le conoce como Tratado de Tantauco.



Medallón de bronce del brigadier Antonio Quintanilla, ubicado en el obelisco del fuerte San Antonio Ancud.

CC-BY-SA-4.0. Link: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Medall%C3%B3n_a_Antonio_de_Quintanilla.jpg#filehistory

Tres días más tarde, el 22 de enero, se celebraron ceremonias en los principales pueblos del archipiélago, donde se firmó el acta de independencia del archipiélago y se juró lealtad a la República de Chile, marcando el cierre definitivo de la dominación española en territorio nacional.

ESTRUCTURA MILITAR DESPUÉS DE LA CONQUISTA DEL ARCHIPIÉLAGO

Producto de la integración del archipiélago al territorio nacional, se nombró gobernador al coronel José Santiago Aldunate, en reconocimiento a su destacado desempeño durante la campaña y a la confianza que inspiraba su justo proceder y criterio al director supremo.

Con la finalidad de proteger la nueva provincia, se dispuso la permanencia en Chiloé de los batallones Nº 1 y Nº 4, junto con una compañía de artillería al mando del sargento mayor Manuel Fuentes, con la misión de servir los fuertes y baterías que formaban el sistema defensivo marítimo de Chiloé. También formaron parte de las fuerzas de la provincia las cuatro lanchas cañoneras capturadas por la Armada.

CONCLUSIONES

Casi catorce meses después de la Batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), cayó Chiloé, el último bastión de las armas del rey en América. Por su parte, la famélica guarnición del Callao (Perú), prisionera de su propio baluarte, levantó bandera de tregua el 11 de enero y, tras tensas negociaciones, el general José Ramón Rodil firmó la rendición definitiva el día 23 del mismo mes.

Durante nueve años, Chiloé sufrió los efectos de la guerra. Sus hijos, con devoción y valentía, defendieron la causa realista sin recibir refuerzos ni apoyo externo; por el contrario, la isla aportó al virreinato soldados y marineros, además de víveres y otros importantes recursos esenciales para la marina real.

La campaña de 1826, a diferencia de la frustrada de 1824, se ejecutó conforme a un plan realista y simple, que identificó como objetivo estratégico San Carlos, la capital de la isla, cen-

tro de operaciones de las fuerzas en donde se concentraban los fuertes del sistema defensivo del archipiélago. La conducción de las operaciones fue realizada por el jefe del Estado Mayor desde la primera línea de manera ágil e inteligente, permitiendo imponer un rápido ritmo de combate. Los comandantes y tropa actuaron de manera decidida y valiente, sobreponiéndose a los inconvenientes climáticos y a las características del terreno y vegetación.

La Marina, por su parte, desempeñó un importante papel con la captura y posterior empleo de las lanchas cañoneras, permitiendo una superioridad de fuego en el combate de Poquillihue, lo que generó un golpe a la moral del adversario.

En definitiva, la defensa realista de Chiloé nos presenta un ejemplo elocuente de la convicción de valientes y leales hombres, en ambos bandos, que se entregaron a sus ideales con dignidad y sacrificio, teniendo como mayor patrimonio el uniforme de su patria y el honor de su espada. -DCHEE

FUENTES DE ARCHIVO E IMPRESAS

Archivo General del Ejército (ARGE), Fondo Hojas de Servicio, vol. 13 y 14; fondo Lista de Revista de Comisario, vol. 9 y 10. Beauchef, Jorge y Patrick Puigmal. 2005. *Memorias de Jorge Beauchef*. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana. De la Cruz, José María. 1960. *Recuerdos de don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Andrés Bello. Tupper, Ferdinand B. 1972. *Memorias del coronel Tupper (1800-1830): diario de campaña y documentos*. Santiago: Francisco de Aguirre. Quintanilla y Santiago, Antonio. Circa 1952. *Mariscal de Campo Antonio de Quintanilla Autobiografía*. Santiago: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile.

BIBLIOGRAFÍA

Barros Arana, Diego. 2018. *Las Campañas de Chiloé (1820-1826)*. Santiago: Ediciones Tácitas. Campos Harriet, Fernando. 1976. *Los Defensores del Rey*. Santiago: Editorial Andres Bello. Cavada, Francisco. 1914. *Chiloé y los Chilotes*. Santiago: Imprenta Universitaria. Estado Mayor General del Ejército. 1984. *Historia Militar de Chile, Tomo I*. Santiago: Instituto Geográfico Militar de Chile. Gay, Claudio. 2007. *Historia Física y Política de Chile, Tomo VII*. Santiago: Producciones Gráficas Ltda. Guarda, Gabriel. 1990. *Flandes Indiano*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile. Kaplan Cojano, Óscar. 1944. *Diccionario Militar*. Santiago. Longeville Vowell, Richard. 2011. *Memorias de un Oficial Inglés al Servicio de Chile 1821-1829*. Orellana, Alejandro; Ibáñez, Ignacio y Aravena, Gonzalo. 2017. *Huellas de Chiloé en Lima*. Santiago: Editorial Historia Chilena. Orellana, Alejandro; Ibáñez, Ignacio y Aravena, Gonzalo. 2018. *Epistolario de Antonio de Quintanilla y Santiago*. Santiago: Editorial Historia Chilena. Palma Zuñiga, Luis. 1964. *Manuel Blanco Encalada*. Santiago: Ministerio de Educación Pública. Reyno, Manuel. 1952. *Freire*. Santiago: Editorial Zig Zag. Soffia, Alejandro. Circa 1999. *¿Por qué se llama como se llama? Guía de Toponimia Chilena*. Santiago: Grijalbo. Tellez, Indalicio. 1931. *Historia Militar de Chile 1541-1883, Tomo II*. Santiago: ministerio de Guerra. Toro Dávila, Agustín. 1988. *Síntesis Histórico Militar de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria. Torres Marín, Manuel. 1985. *Quintanilla y Chiloé: La Epopeya de la Constancia*. Editorial Andres Bello. Tromben Corbalán, Carlos. 2017. *La Armada de Chile una Historia de Dos Siglos*. Santiago: RIL editores Uribe Orrego, Luis. 1914. *Nuestra Marina Militar Tomo II*. Valparaíso; Imprenta de la Armada.

El batallón de Infantería de nuestra Independencia

GUILLERMO O'RYAN MUNDIGO

Coronel (R)

Jefe Secc. de Historia y Patrimonio del DCHEE

INTRODUCCIÓN

El Reino de Chile, debido a sus particulares características geográficas y sociológicas, tuvo la categoría de Capitanía General. En el territorio de su jurisdicción se formó el primer ejército profesional de Sudamérica en 1603, bajo el mando del gobernador y capitán general Alonso de Ribera y Zambrano.

Casi dos siglos después se inicia la independencia de Chile, proceso político y militar que comienza con la instalación de la Junta de Gobierno del 18 de septiembre de 1810 y culmina con el Tratado de Tantauco, firmado el 19 de enero de 1826 tras la conquista del Archipiélago de Chiloé, último bastión español en América del Sur, defendido por fuerzas de tierra y mar aún leales al rey.

Durante los dieciséis años de lucha –inicialmente política y, desde 1813, netamente militar, con la pausa de la Reconquista (octubre de 1814 a febrero de 1817)– se desarrolló un proceso de constante preparación bélica y de combates encarnizados. Los patriotas –denominados “chilenos” a partir del 1 de enero de 1818, tras la firma del Acta de Independencia por el general Bernardo O’Higgins Riquelme y ratificación mediante decreto supremo del 3 de julio de ese año–, debieron combatir contra fuerzas realistas compuestas de unidades de línea, milicianos, indígenas y guerrilleros.

La masa principal de las fuerzas patriotas estaba constituida por unidades de Infantería, tanto de línea como milicianas. De acuerdo con el desarrollo tecnológico de la época, los combates se decidían mediante el fuego a corta distancia en formaciones cerradas o en lucha cuerpo a cuerpo con el intenso empleo de la bayoneta, arma blanca que hasta el día de hoy representa al Arma de Infantería en sus insignias y banderas.

Considerando la amplitud del desarrollo del Arma de Infantería a través de la historia republicana de nuestro país, y atendiendo a los límites de extensión y enfoque de la Revista de Historia Militar, el presente artículo se circunscribe al estudio del batallón de Infantería, considerada la unidad principal durante el proceso de independencia.



Retrato del Coronel Nicolás Maruri Gasco. Oleo sobre tela del pintor J. Torres (1848). Pinacoteca de la Escuela Militar.



Capellán militar en 1821. Fuente: EMGE, 1985. Nuestros uniformes, p. 57.

ORGANIZACIÓN DE LAS PRIMERAS UNIDADES

La organización de las fuerzas militares en Santiago por la Primera Junta de Gobierno en diciembre de 1810 obedece a la necesidad de fortalecer militarmente la capital, mediante la formación de unidades de línea destinadas a resguardar el Reino de Chile frente a los enemigos de España, que en ese momento era Francia.

Esta decisión se materializó sobre la base de la estructura militar ya existente, empleando el armamento, uniformes y, especialmente, la doctrina derivada de uno de los documentos militares más importantes de España: “Ordenanzas de su Majestad (Carlos III) para el regimen, disciplina, subordinacion, y servicio de sus Exercitos”, publicadas en 1768. La trascendencia de este documento es indiscutible para nuestra historia militar, puesto que, hasta la actualidad, hay usos y costumbres que se mantienen o que forman parte de nuestro reglamento de disciplina.

Estas ordenanzas constituyeron la principal referencia e influencia de la organización militar chilena hasta la promulgación de las de 1839, que, pese a guardar notorias semejanzas con las anteriores, coinciden con el momento en que Francia comenzó a ser el principal referente militar.

ORGANIZACIÓN DEL BATALLÓN DE INFANTERÍA

La Infantería de la época se organizaba a base de batallones, a diferencia de la Artillería, que constituía un cuerpo a nivel nacional; de la Caballería, estructurada en regimientos y escuadrones; y de los Dragones, organizados en cuerpos o regimientos compuestos por compañías.

El batallón de Infantería estaba compuesto de una Plana Mayor y seis compañías: una de granaderos, cuatro de fusileros y una de cazadores.

Plana Mayor del batallón

Estaba encabezada por un teniente coronel o coronel, comandante del batallón, e integrada por el siguiente personal:

- Un sargento mayor (lo que actualmente corresponde al grado de mayor): segundo comandante, responsable de los aspectos administrativos y logísticos, así como de la instrucción de la unidad. Asumía el mando de dos o más compañías cuando el batallón se dividía, producto de una tarea táctica. Durante la marcha se ubicaba al final del batallón, supervisando el cumplimiento de las órdenes emanadas del comandante.
- Dos ayudantes: encargados de transmitir las órdenes en combate o de asumir el mando de alguna unidad menor en caso de ser necesario.
- Abanderado: portador de la bandera del batallón en ceremonias y en combate, sobre la cual maniobraba la unidad.

Además, tenía a su cargo el abastecimiento de alimentación, por lo cual dependía directamente del sargento mayor.

- Médico: civil contratado o voluntario, responsable de la ejecución de los procedimientos sanitarios, del instrumental quirúrgico necesario y de organizar el hospital de campaña en combate o de la coordinación con hospitales públicos para la hospitalización del personal.
- Capellán: encargado de los aspectos religiosos, conforme a la fe católica. Cada tarde, después de la comida y antes de la retreta, se destinaba una hora a la oración a cargo de los sargentos de servicio y los domingos el batallón participaba de una misa en tenida de parada.
- Tambor mayor: cabo 1º responsable de la instrucción de los tambores/pitos y cornetas de órdenes de las seis compañías. Cuando el batallón marchaba reunido, también lo hacían sus músicos en una banda de guerra a su mando, con una fuerza de 17 músicos. Los tambores debían dominar los 16 toques reglamentarios y diversas marchas, entre ellas la marcha granadera, que hoy corresponde al himno instrumental de España.
- Armero: civil encargado de la reparación del armamento de la unidad con sus propias herramientas y repuestos, recibiendo un pago por cada elemento reparado. Dependiendo de las fallas, el costo de reparación podía ser descontado del sueldo del soldado responsable del deterioro.
- Gastadores: pequeña unidad de seis a ocho soldados de Infantería robustos y diestros, al mando de un cabo. Su misión era construir pasos, ejecutar obras de mejoramiento del vivac en beneficio del batallón o destruir obstáculos adversarios durante el combate. Siempre marchaban a la cabeza del batallón junto al comandante, y solían acompañar a los granaderos en ataques a posiciones adversarias preparadas. Empleaban un hacha de grandes dimensiones, tanto como arma y como herramienta.
- Tambor: soldado músico con la misión de comunicar las órdenes de régimen interno a nivel de batallón.



Soldado granadero de Infantería, 1817. Fuente: EMGE, 1985. Nuestros uniformes, p. 53.

Compañía de granaderos

Organizada a base de un capitán, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero (Sg1º), cuatro sargentos segundos (Sg2º), seis cabos primeros, seis cabos segundos, dos tambores, un pito y cien granaderos.

Esta compañía tenía prioridad en la elección de los soldados “*más experimentados, robustos, ágiles y de acreditado honorado proceder*”. Para la selección existía un procedimiento supervisado por el sargento mayor (mayor) del batallón. Todos sus integrantes eran antiguos en el servicio de las armas, con reconocida disciplina y valentía en el combate.



Capitán de Infantería, 1817. Fuente: EMGE, 1985. Nuestros uniformes, p. 47.

Como elemento distintivo, lo granaderos usaban charreteras rojas y un gorro especial fabricado en cuero de chivo negro con una escarapela metálica con forma de granada. Además del fusil y la bayoneta, portaban un sable corto de bronce y acero —el briquet (encendedor en francés)— utilizado en el combate estrecho, y también empleaban rudimentarias granadas de mano.

La compañía de granaderos era la más potente del batallón, siendo empleada para misiones de ruptura de líneas enemigas o como reserva para el momento de la decisión. En ocasiones, se podían reunir a las compañías de granaderos de varios batallones bajo el mando de un oficial jefe para cumplir operaciones especiales durante un momento del combate, como sucedió en la 2ª campaña a Chiloé (enero 1826). Los granaderos, dependiendo de la formación adoptada, ocupaban la cabeza en la columna o la derecha en la línea de batalla.

Compañías de fusileros

Organizadas a base de un capitán, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero, cuatro sargentos segundos, seis cabos primero, seis cabos segundos, dos tambores, un pito y cien soldados fusileros.

Estas compañías estaban integradas por reclutas con menor experiencia que los granaderos y cazadores, por lo que su única forma de combatir era en orden cerrado, a fin de mantener su cohesión y sostener la moral. Su fuego se ejecutaba por tiempos y con estricta disciplina, lo que exigía una instrucción rigurosa tanto en el manejo del arma como en los cambios de formación durante la marcha, así como en la correcta interpretación de las órdenes transmitidas por señales convencionales de los oficiales o por los toques de tambor.

Compañía de cazadores

Compuesta a base de un capitán, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero, cuatro sargentos segundos, seis cabos primero, seis cabos segundos, dos trompetas y cien cazadores.

Sus miembros eran los mejores tiradores del batallón, hombres ágiles y experimentados, especializados en el combate de orden disperso, ya sea frente al batallón, protegiendo los flancos, o en tareas de reconocimiento y seguridad. Se identificaban por sus charreteras y/o cuello y vivos de color verde, además de portar un corno en el morrión. Su misión consistía en desplegarse frente al batallón antes del ataque o incluso durante una línea defensiva, para brindar seguridad y desorganizar las partidas menores de tropas adversarias.

Las órdenes se impartían mediante corneta, dada la extensión del frente que cubrían antes del combate. Durante la acción

táctica, los cazadores podían integrarse a la línea del batallón o, en caso de ser necesario, proteger sus flancos. Usualmente, cuando el batallón combatía en línea, los cazadores formaban a la izquierda, como última compañía de la unidad, o cubrían la retaguardia durante la marcha.

Por su función y requerimientos técnicos, los cazadores eran dotados de los mejores fusiles y pólvora, ya que su fuego individual debía ser efectivo a mayores distancias que la del resto de las compañías.

FORMACIONES DE COMBATE

Al entrar en combate, el batallón podía adoptar diferentes formaciones de orden cerrado, siendo las principales la columna, la línea y el cuadro. Las formaciones de orden cerrado facilitaban el mando y control, potenciaban el fuego en masa de la unidad y fomentaban la moral y espíritu de cuerpo frente al adversario. Las órdenes se transmitían mediante señales convencionales con la espada, que eran replicadas por tambores o cornetas.

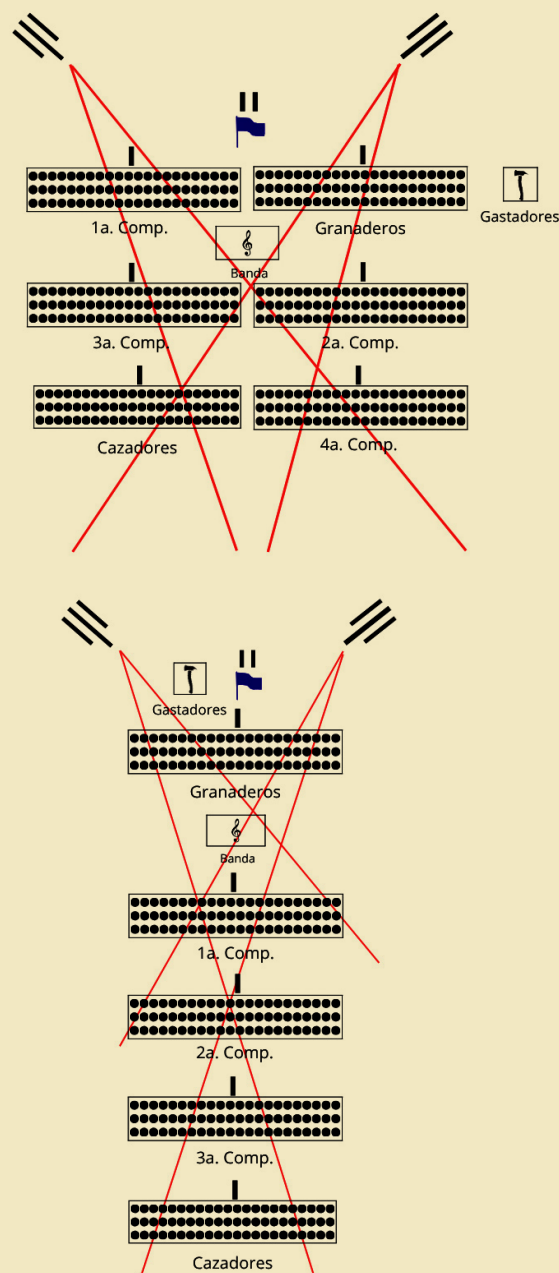
El combatir agrupados respondía a la necesidad de obtener el mejor rendimiento, aprovechando al máximo el fuego por salvas, dada la escasa precisión balística de las armas de chispa y el denso humo producido tras cada descarga, que impedía apuntar de manera efectiva si toda la línea disparaba individualmente.

Columna

Se empleaba para aproximarse al lugar de batalla, pudiéndose ejecutar con una o dos compañías al frente que marchaban en línea. Esta formación facilitaba el avance y la maniobra, aunque resultaba muy vulnerable a la artillería enemiga, cuyo fuego — con una cadencia de fuego de dos tiros por minuto y mediante tiros de rebote o metralla—, causaba numerosas bajas y un potente efecto psicológico a partir de los 500 metros.

Desde la columna, la unidad se desplegaba en línea para enfrentar al adversario. El ataque se iniciaba al paso de carga, mientras la banda ejecutaba el toque respectivo.

En las compañías, ya fuese en línea o en formación de batalla, los oficiales se distribuían balanceadamente de acuerdo con su antigüedad: el capitán a la derecha, el teniente más antiguo en el extremo izquierdo, los subtenientes en el centro y el oficial menos antiguo era acompañado del sargento primero de la compañía. En caso de existir un cadete encuadrado en la compañía, este marchaba siempre al lado del capitán para aprender de él. Detrás de lo que actualmente identificaríamos como la primera sección de la compañía, se ubicaban los tambores de órdenes, quienes acompañaban también al capitán.

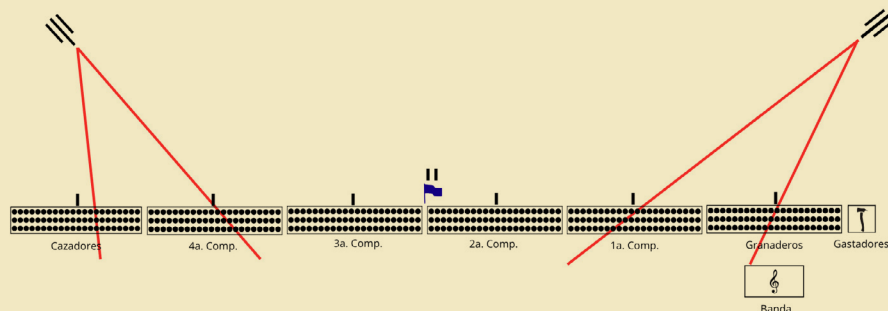


Esquemas de los tipos de formación de columnas.
Fuente: elaboración DCHEE.

Línea

Conocida también como batalla, era la formación tradicional para enfrentar al adversario, ofreciendo un amplio frente y una profundidad de tres escuadras (3 metros aproximadamente.). Permitían disponer de un gran número de bocas de fuego, aunque dificultaba las maniobras una vez iniciado el avance. Requería, por tanto, una instrucción rigurosa para conservar la configuración. Su poca profundidad la hacía menos vulnerable al fuego de artillería, pero dejaba flancos y retaguardia expuestas ante una carga de caballería.

La línea era la formación más usada tanto en ataque como en la defensa:

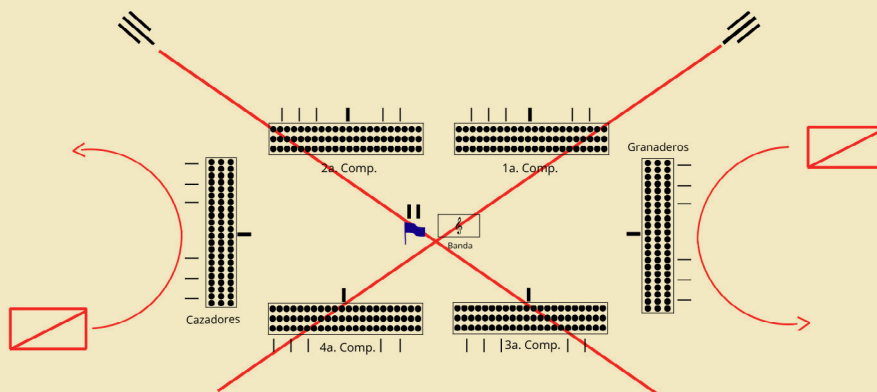


Esquema de "Línea de batalla".
Fuente: elaboración DCHEE.

– En defensa se tenía la ventaja de fuego, ya que el batallón, al estar estático, podía ejecutar sus fuegos con mayor rapidez y precisión. Sin embargo, esta ventaja se reducía pronto, pues el espacio útil de fuego comienza recién a los 100 metros. En este lapso, solo era posible efectuar tres o cuatro salvas antes del combate cuerpo a cuerpo a bayoneta. Esta espera viendo avanzar al enemigo – por lo común, con una fuerza mayor y apoyado por artillería en los flancos–, afectaba negativamente la moral de la tropa.

– En ataque, la infantería avanzaba bajo fuego a paso de carga (rápido), siguiendo el toque de calacuerda, con el objetivo de superar los mortales últimos cien metros del ataque, donde el combate se resolvía con la bayoneta, ya que en ese espacio no era posible disparar más que un tiro debido a la imposibilidad de recargar sobre la marcha. Los oficiales se ubicaban en la primera escuadra y los sargentos marchaban fuera de la fila, atrás de la tercera escuadra, con la finalidad de controlar el avance de los fusileros.

Cuadro



Esquema de la formación de cuadro.
Fuente: elaboración DCHEE.

Era la formación ideada para enfrentar las cargas de la caballería adversaria, aunque resultaba extremadamente vulnerable al fuego de artillería. Un ejemplo notable de esta fragilidad la tenemos en la acción del sargento mayor José Borgoño destruyendo las tropas realistas formadas en cuadros durante su retirada en Maipú (1818).

En esta formación, las escuadras exteriores se arrodillaban con la bayoneta armada y fusil culata en tierra a

45° después de efectuar su único tiro. La segunda y la tercera escuadra permanecían de pie también con la bayoneta armada, cubriéndose por los espacios para hacer fuego. En el interior del cuadro se situaban la bandera, los músicos y ganado; si la unidad disponía de artillería, los cañones se emplazaban en las esquinas para contar con un mayor ángulo de tiro y proteger con fuego de metralla dos caras del cuadro.

Solo las tropas bien instruidas podían desplazarse en formación de cuadro, pues su movimiento era lento y los heridos quedaban a merced del adversario en el campo.

ARMAMENTO

Oficiales. El oficial subalterno de Infantería usaba espada o sable casi recto, de hoja no superior a los 70 cm (más información en sección ¿Sabía ud. que...?, p. 86). Esta hoja relativamente corta y resistente, favorecía su maniobrabilidad en el entrevero del combate cuerpo a cuerpo y la ejecución de estocadas.

Granaderos y cabos de escuadra. Como armamento especial, tanto los granaderos entrenados como unidad de choque como los cabos de escuadra usaban un sable corto de empuñadura de bronce y vaina de cuero, conocido como briquet. Este colgaba al lado izquierdo desde el respectivo terciado, que usualmente era de color blanco.

Gastadores Además del fusil, que llevaban terciado a la espalda, estos soldados, que cumplían funciones de zapadores, utilizaban un hacha de grandes dimensiones. Esta herramienta presentaba una hoja amplia y afilada y, en su extremo posterior, podía incorporar un martillo o una punta. Su diseño servía tanto para la construcción o destrucción de obstáculos y obras como para el combate cuerpo a cuerpo.

Músicos. Generalmente de corta edad, los músicos usaban exclusivamente un sable corto (el mismo de los granaderos) y no portaban armas de fuego.

Soldados, cabos y sargento. Usaban fusil de chispa de ánima lisa y bayoneta de hoja triangular. La bayoneta constituía, además de un arma de combate, un elemento fundamental para la fortaleza moral y psicológica, especialmente decisivo para el atacante que había consumido las cargas de su fusil durante el asalto.

Fusil

El fusil usado inicialmente fue el de origen español modelo 1757 y sus variantes en calibre 18,3 mm. Posteriormente, se adquirieron fusiles sobrantes de las guerras napoleónicas, que podían ser el Charleville modelo 1777 calibre 17,5 mm (de origen francés), el fusil conocido como "Brown Bess" de 1760 calibre 19 mm (de origen británico) o fusiles de diferentes marcas y calidades comprados en pequeñas partidas



Sable corto de granaderos, cabos de escuadra y músicos.
 Fuente: EMGE, 1985. Nuestros uniformes, p. 65.



Sable de oficial de Infantería. Fuente: EMGE, 1985. Nuestros uniformes, p. 65.



Pistola de chispa. Fuente: EMGE, 1985.
 Nuestros uniformes, p. 65.

a comerciantes europeos. En la práctica, los fusiles de la época presentaban configuraciones y capacidades similares: poseían punto de mira, pero carecían de alza para alinear con precisión su objetivo; su alcance efectivo no superaba los 100 metros y podían disparar, dependiendo de la instrucción de los fusileros, tres tiros por minuto; el proceso de carga consistía en diecisiete pasos, los cuales eran mandados uno a uno por los oficiales, sobre todo en las compañías de fusileros. Este sistema impedía recargar el arma sobre la marcha, de modo que, una vez iniciado el asalto, los soldados quedaban expuestos al fuego y su única opción era el empleo de la bayoneta.

La estructura general de un fusil de chispa consiste en un cañón cerrado en su parte posterior, donde posee un pequeño orificio (llamado oído)

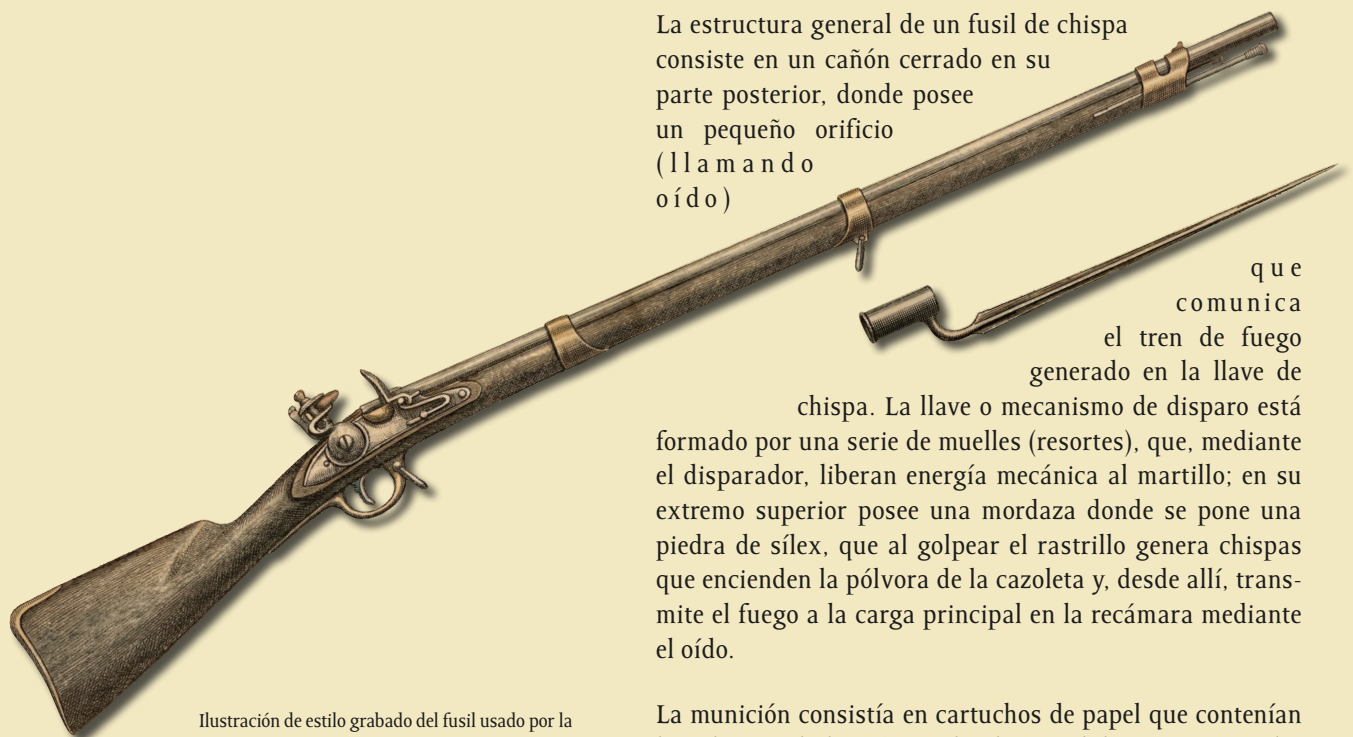


Ilustración de estilo grabado del fusil usado por la Infantería a principios del siglo XIX, generado por IA (Gemini). La imagen fue creada en base a la ilustración Fusil de infantería y bayoneta, en: Virgilio Espinoza Palma (Coord. Gral.), 1985. Historia del Ejército de Chile, Tomo XI: "Nuestros Uniformes", p. 65. Santiago: IGM, p. 1985. Ilustrador: Julio Berríos Salazar.

que comunica el tren de fuego generado en la llave de chispa. La llave o mecanismo de disparo está formado por una serie de muelles (resortes), que, mediante el disparador, liberan energía mecánica al martillo; en su extremo superior posee una mordaza donde se pone una piedra de sílex, que al golpear el rastrillo genera chispas que encienden la pólvora de la cazoleta y, desde allí, transmite el fuego a la carga principal en la recámara mediante el oído.

La munición consistía en cartuchos de papel que contenían la pólvora y bala esférica de plomo sólido, que se guardaban en una cartuchera de cuero, con capacidad para veinte cartuchos, colgada al lado derecho del soldado por medio de un terciado de cuero, generalmente de color blanco. En la cartuchera también se llevaban piedras de repuesto, pues estas podían quebrarse o perder el ángulo de ataque necesario para producir la chispa. Para cargar el arma, se rompía con los dientes el extremo del cartucho donde estaba la pólvora, se "cebaba" con una pequeña porción de pólvora la cazoleta y se cerraba el rastrillo para evitar que se cayera. Posteriormente, se introducía el resto de la carga de pólvora por el cañón y después la bala (sin sacarla del papel, que servía de taco) y, finalmente, se apretaba la carga mediante golpes de baqueta. Luego de este extenso procedimiento, el fusil queda en condiciones de disparar.

Las formaciones de orden cerrado y el fuego por salvas compensaban las deficiencias balísticas de un ánima lisa y las diferencias en la velocidad inicial de los cartuchos, propias de

las variaciones de potencia de la pólvora negra, la que, además, generaba una gran cantidad de humo y residuos en el cañón del arma que dificultaban el apuntado tras sucesivas descargas.

Granadas de mano

Las granadas de mano, empleadas por la compañía de granaderos, eran esferas huecas de fierro fundido rellenas de pólvora negra prensada y dotadas de una mecha a modo de espoleta. Su peso se estima cerca de los 900 gramos y su diámetro es de 76 milímetros.

Dada su masa y tamaño, su empleo exigía soldados robustos para su lanzamiento.

CONCLUSIONES

La Infantería chilena tiene su origen directo en la infantería española. En sus comienzos fueron los mismos hombres, armamento y uniformes, así como la doctrina y la disciplina heredadas, que se mantuvieron durante todo el proceso de independencia.

Durante la Patria Vieja, existieron pocas unidades de línea; predominaban las tropas de milicianos con oficiales improvisados que combatieron en condiciones de extrema pobreza material y sacrificio.

Tras el exilio en Mendoza, el Capitán General Libertador Bernardo O'Higgins reorganizó el Ejército de Chile en febrero de 1817, marcando una clara diferencia en su nivel profesional. De esta forma, el Batallón Nº 1 del Ejército de Chile constituyó la primera unidad de Infantería de la Patria Nueva. Posteriormente, aumentó el número de batallones y tanto los oficiales como clases comenzaron a formarse en la recién creada Academia Militar.

Si bien en el presente artículo se ha descrito el deber ser de un batallón de infantería, es necesario señalar que, como en toda época, la fuerza y composición de las unidades variaron conforme a la situación económica del país y la disponibilidad de personal. Sin embargo, puede



Detalle del óleo Batalla de Maipú, Pedro Subercaseaux (ca. 1904). Museo Histórico Nacional (MHN 3-257). Se observa a fuerzas de Infantería chilena al ataque durante la Batalla de Maipú (1818).

afirmarse que mantuvo siempre la esencia del batallón de Infantería, verdadera columna vertebral del Ejército que conquistó la Independencia para Chile, con una destacada participación en todas las batallas que se libraron en un extenso período de guerra, tanto en Chile como en Perú. ·DCHEE

FUENTES DE ARCHIVO E IMPRESAS

Academia de Historia Militar (Editor). 1968. Diario del brigadier D. José Miguel Carrera Verdugo. Santiago: Academia de Historia Militar.

Beauchef, Jorge y Patrick, Puigmal, P. 2005. Memorias de Jorge Beauchef. Santiago: Centro de Investigaciones Barros Arana.

De la Cruz, José María. 1960. Recuerdos de don Bernardo O'Higgins. Santiago: Andrés Bello.

Ordenanza de S.M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus Ejércitos [Ordenanzas de Carlos III]. Madrid, Oficina de Antonio Marín, Impresor de la Secretaría de despacho Universal de la Guerra, 1768.

Ordenanza para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de los ejércitos de la república (1839). Santiago, Imprenta de la librería del Mercurio (3ra. Edición), 1872.

Tupper, Ferdinand. 1972. Memorias del coronel Tupper (1800-1830): diario de campaña y documentos. Santiago de Chile: Francisco de Aguirre.

Varas, José Antonio. 1870. Recopilación de leyes i decretos supremos concernientes al ejército, desde abril de 1812 a abril de 1839. Santiago, Imprenta Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

Barros Arana, Diego. 2002. Historia General de Chile. Tomo IX. Santiago: Editorial Universitaria.

Estado Mayor General del Ejército. 1984. Historia del Ejército de Chile, Tomo II. Santiago: Impresos Vicuña Mackenna.

Gay, Claudio. 2007. Historia física y política de Chile. Tomo 5 y 6. Santiago: Biblioteca Nacional, Centro de Investigaciones Diego

Rodríguez, Juan Agustín. 1975. La Vida Militar de O'Higgins. Santiago: Editorial Gabriela Mistral.

Los prisioneros chilenos de 1866 en la guerra de Chile contra España

MIGUEL AURELIO BARAHONA GUZMÁN

Mayor de Ejército (R)
Investigador

ANTECEDENTES GENERALES DE LA GUERRA

En el desarrollo de los acontecimientos para lograr la consolidación de Chile como república libre y soberana, la nación se vio involucrada en la guerra contra España, acontecida entre 1865 y 1867. España, durante el siglo XIX, concretamente entre 1810 y 1845, se encontraba en una deficiente situación militar, económica y política como consecuencia de las guerras externas en que se había enfrentado. Primeramente, había recibido un fatal golpe en la Batalla de Trafalgar (21 de octubre de 1805) — las flotas unidas de España y Francia fueron derrotadas por la Escuadra Británica, quienes inician con esta victoria naval el proceso de apertura como primera potencia mundial—. Seguidamente, la invasión Napoleónica a su territorio la obligó a enfrentar una guerra con la potente y arrolladora maquinaria bélica francesa, en donde el pueblo en armas, con la voluntad de independencia y de soberanía nacional, logró derrotar a las huestes de Napoleón. En esta circunstancia, España debió enfrentar desgastada la lucha de separación de sus posesiones de ultramar, allende los mares (Ver: García Martínez, 1991, pp. 170-200).

Pese a esto, en las décadas siguientes, España logró un gobierno estable, fortaleció su economía, recobró las relaciones diplomáticas, el Ejército y la Marina recuperaron su valor, se desarrolló las ciencias, mientras la industria junto a las obras públicas avanzaron rápidamente. No obstante, para penetrar el círculo de las primeras potencias mundiales debía lograr abundantes recursos económicos, una cultura común, potentes y eficaces fuerzas armadas y una pujante e impulsiva industria que, unida a rápidos transportes, le permitirán ser una real potencia mundial.



“Bombardement de Valparaíso par la flotte espagnola, dans la matinée du 31 mars 1866”. D’après de M. Enest Charton. Grabado sobre metal coloreado a mano (50x24). En: Purcell, Cedric. 2017. La guerra con España y el bombardeo de Valparaíso. 1865-1866. Santiago, RIL Editores, p. 162.

En este contexto España estableció en 1845 la Estación Naval de Río de La Plata (García, 1991, p. 171), que, junto a sus bases de operaciones en Cuba y Filipinas, buscaba asegurar el tráfico naval mercante y las comunicaciones. En concordancia con esto, urgía la presencia española en el Pacífico, a fin de permitir los desplazamientos marítimos desde Filipinas, al mismo tiempo que para otorgar seguridad a sus connacionales residentes en los países emancipados de América del Sur, especialmente en el Perú (García, 1991, p. 172), nación que no había ratificado el natural tratado de paz y amistad con la antigua monarquía, sin dejar de olvidar el creciente interés económico hispano por la explotación del guano natural depositado en sus costas. Todo ello hacía imperiosa la necesidad de establecer una estación naval en el Pacífico como base permanente y que culminara el proyecto defensivo y asegurara las comunicaciones entre el Atlántico y el Pacífico, junto con permitir la observación a los movimientos de la creciente flota de Estados Unidos de América.

En 1851 España envió a la corbeta Ferrolana a recorrer los océanos, tocando los principales puertos occidentales del Atlántico y los orientales del Pacífico, marcando en ello presencia y seguridad a los súbditos de la Corona, junto con establecer una escuadra naval. En 1862 zarpó desde la península ibérica la Escuadra del Pacífico, al mando del almirante Luis Hernández Pinzón, a los puertos chilenos, oficialmente, en misión de paz y acercamiento, llevando a bordo tropas de línea y una comisión científica, que fondeó en Valparaíso en 1864. Los españoles permanecieron por varios meses al ancla en el puerto



Fragatas españolas Numancia y Blanca en el canal de Abtao (Chiloé). Fuente: www.todoavante.es

chileno en espera de la llegada de los buques que le faltaban para completar su escuadra. Dicha flota naval zarpó de Valparaíso hacia El Callao, en donde se apoderó, el 14 de abril de 1864, de las islas Chinchas (Perú).

Las consecuencias de este acto no se hicieron esperar. En la nota del almirante Hernández Pinzón al ministro de Marina en Madrid del 9 de junio de 1864, escribió “... la excitación pública (por el atentado contra las islas), ha sido mayor en Chile que en el Perú, en donde han renunciado dos ministros del gabinete y reemplazados por otros más ardientes enemigos de España” (Cerdea Catalán, 2000, p. 55). En efecto, el gobierno chileno reaccionó ante estos hechos declarando la guerra a España en defensa del Perú el 25 de septiembre de 1865, formando una escuadra naval unida de ambas naciones. Bolivia y Ecuador se unieron al conflicto como aliados de Chile y el Perú, pero no tendrán ninguna injerencia en el desarrollo de los acontecimientos bélicos.

PRINCIPALES HITOS DE LA GUERRA

En la evolución de los acontecimientos, el almirante José Manuel Parejas aumentó el bloqueo a puertos del litoral chileno, mandando a la corbeta Vencedora a Coquimbo, la fragata Blanca a Caldera y la fragata Resolución a Talcahuano. En el transcurso de las tentativas de arreglo, Chile capturó en el combate de Papudo (26 de noviembre de 1865) el barco aviso español La Virgen de la Covadonga, tomando prisioneros a su tripulación. Ante la pérdida del buque y el fracaso de las negociaciones, el almirante Parejas se suicidó a bordo de la fragata Resolución (Novo y Colson, 1882, pp. 355-362). No obstante, el bloqueo se hizo más severo y la flota española se reforzó por la llegada de la poderosa fragata blindada Numancia, al mando del brigadier Casto Méndez Núñez, quien asumió el mando de la escuadra española.

El nuevo comandante inició la persecución de la flota aliada de Chile y del Perú, que se encontraba en la zona de los canales de Chiloé. En estas circunstancias, Chile movilizó las unidades del Ejército para cubrir los principales puertos y los potenciales lugares de desembarco, junto con reforzar los fuertes de artillería de costa. Luego de una seguidilla de enfrentamientos, que tuvo su cúlmene en el combate de El Callao, la Escuadra Española se retiró del Pacífico hacia Filipinas y a las costas occidentales del Atlántico, terminando con ello las hostilidades activas entre los beligerantes (Vicuña Mackenna, 1883, pp. 272-291).

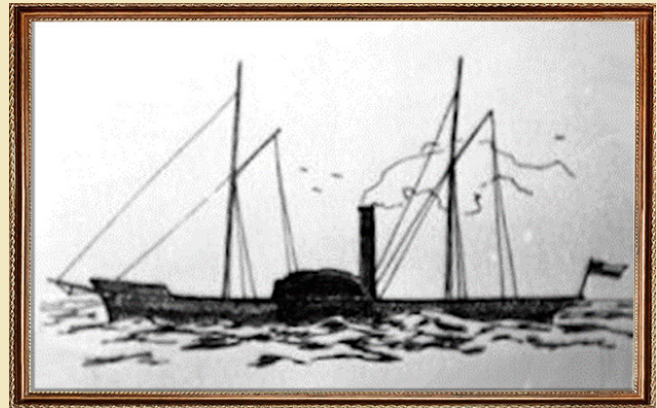


Ilustración del vapor chileno "Paquete del Maule" (Anónimo).
Sitio web: Armada de Chile (www.armada.cl).

ACCIONES DE GUERRA DURANTE LA GUERRA CON ESPAÑA	
Acción de guerra	Fecha
Tiroteo de Playa Ancha	23 de octubre de 1865
Combate de Papudo	26 de noviembre de 1865
Tiroteo de Calderilla	27 de diciembre de 1865
Combate de Abtao	7 de febrero de 1866
Tiroteo de Tubildad	1 de marzo de 1866
Captura del vapor Paquete del Maule	9 de marzo de 1866
Bombardeo de Valparaíso	31 de marzo de 1866
Combate de El Callao	5 de mayo de 1866

LA CAPTURA DEL VAPOR PAQUETE DEL MAULE

Luego del desastroso resultado en el combate naval de Abtao el 7 de febrero de 1866, en donde fueron rechazados por los buques aliados, los españoles regresaron a Valparaíso con considerables daños en sus naves. El brigadier Méndez Núñez, insatisfecho por no lograr la destrucción del enemigo, zarpó nuevamente el 13 de febrero de 1866, con las fragatas Numancia y Blanca en demanda de la flota enemiga en los canales de Chiloé. Lamentablemente para los españoles, los resultados de esta nueva excursión fueron idénticos a la anterior, pues nuevamente la niebla, las lluvias, las mareas, los bancos de arenas y arrecifes de los canales hicieron imposibles la navegación y la

potencial captura de las naves adversarias. Ante esta situación naval, el brigadier Méndez Núñez resolvió, el 7 de marzo, el retorno de ambas fragatas al norte, en demanda del puerto de Lota, para reabastecerse de carbón.

Mientras las fragatas españolas Numancia y Blanca navegaban con rumbo a Lota, las fuerzas aliadas chileno-peruanas esperaban la llegada del monitor blindado Huáscar y de la fragata blindada Independencia, adquiridos por Perú, y que a esa fecha se desplazaban por el océano Atlántico rumbo a Montevideo para incorporarse, luego de cruzar el estrecho de Magallanes, a la flota aliada en el Pacífico.

En consideración a ello, el gobierno chileno envió al vapor Paquete del Maule con marinos y soldados de artillería para reemplazar las dotaciones extranjeras de los nuevos buques (Novo y Colson, *op. cit.*, p. 490), y, al mismo tiempo, reforzar a la guarnición de artillería en Punta Arenas. El 6 de marzo de 1866 zarpó el vapor desde Papudo, al mando del capitán de corbeta Luis Lynch, con rumbo directo al puerto de Lota, en donde debía reabastecerse de carbón y víveres.

Mientras el vapor chileno se desplazaba al sur, los buques españoles lo hacían hacia el norte, arribando ambos a la bahía de



Fragata española Reina Blanca. Detalle de pintura del combate naval de Abtao, Museo Naval del Ministerio de Marina del Reino de España. Obra de Federico Castellón Martínez. En sitio web: www.todoavante.es

Arauco el 9 de marzo de 1866. Al avistarse las naves, el vapor chileno buscó la salida pegada a la costa hacia el sur, intentando engañar al enemigo enarbolando el pabellón británico. La fragata española Blanca realizó los disparos de advertencia y detuvo al vapor. Al abordarlo y al inspeccionar a su tripulación comprueba que son soldados y marinos chilenos, pese a sus vestimentas que los caracterizan como pasajeros europeos. En consecuencia, apresan al vapor Paquete del Maule, dejando cautiva a toda la tripulación. La captura significó para los españoles tomar prisioneros al capitán de corbeta Luis Alfredo Lynch Solo de Zaldívar, a los tenientes de marina José Toribio Lira, M. Miller y C. Staw, al contador José Marín Martínez, un sangrador, un maestro de víveres y la tripulación de 56 marineros, además de la 1ª compañía de la 3ª batería del Regimiento de Artillería del Ejército, al mando del capitán José Manuel 2º Novoa Gormaz, conformada por el teniente Antonio R. González, el alférez Benjamín Blanco Viel, el sargento 1º Ramón Valenzuela, los sargentos 2º José Dinamarca y Juan Gómez, los cabos 1º Matías Cárcamo, Antonio Emilio Latorre y Juan Meneses, el cabo 2º Emilio Antonio Ferreira, el corneta José Antonio López y 59 hombres de tropa. Esto sumaba 130 prisioneros de la Armada y del Ejército de Chile, quienes fueron trasbordados a las fragatas Numancia y Blanca y transportados a Valparaíso, en donde ambos buques arribaron el 14 y 15 de marzo de 1866, respectivamente, para reunirse con el resto de la escuadra española.

En su regreso al puerto de Valparaíso, el brigadier Méndez Núñez procedió a bombardear la ciudad, zarpando, posteriormente, al puerto militar de El Callao, llevando a los prisioneros chilenos embarcados en la fragata Villa de Madrid y al vapor Paquete del Maule empleado como buque auxiliar. Posteriormente, y una vez ejecutado el combate de El Callao, la escuadra española se retira hacia Filipinas. Las fragatas Berenguela, Numancia, Villa de Madrid, Resolución, Blanca y Almansa navegaron rumbo a Río de Janeiro por el Cabo de Hornos, llevando con ellos a los soldados y marinos cautivos (Cerde Catalán, *op. cit.*, p. 235).

CANJE DE PRISIONEROS

La captura del vapor chileno Paquete del Maule y el apresamiento de los marinos y soldados fue recibido con regocijo por el gabinete español, pues se entendió como una posibilidad cierta para el canje por los 119 cautivos españoles del buque Virgen de la Covadonga. Bajo esta premisa, ambos gobiernos buscaron el retorno de sus hombres, para lo cual se dieron los primeros intentos desde el puerto de Valparaíso durante el mes de marzo de 1866.

El almirante Casto Méndez Núñez propuso, a través de la Legación de Gran Bretaña, el “*canje incondicional de prisioneros, todos los prisioneros españoles tomados con La Covadonga por todos los chilenos que se encontraban a bordo de las fragatas*”, lo que fue aceptado de inmediato por el gobierno, por intermedio del ministro de Relaciones Exteriores Álvaro Covarrubias Ortúzar. Sin embargo, el almirante español retiró dicha nota y envió una nueva proposición al intendente de Valparaíso, la que se consideró inadmisibles (Cerde Catalán, *op. cit.*, p. 332). Ante este nuevo escenario, el ministro chileno, en nota de 7 de agosto de 1866, dispone al secretario de la Legación de Chile ante Argentina y Brasil, Guillermo Blest Gana, acelerar las negociaciones de canje por medio de un diplomático neutral, permitiendo que los prisioneros chilenos pudieran ser entregados al comandante de una nave de guerra de un tercer país que se encontrara en ese puerto, haciendo Chile la misma acción con los prisioneros de la Virgen de la Covadonga. Los costos de estas operaciones serían asumidos por los respectivos gobiernos.

Con anterioridad, en nota del 21 de julio de 1866, el secretario Blest Gana había confirmado la presencia de la escuadra española en Río de Janeiro, la que se encontraba en reparaciones en sus diques, además de recuperar la salud de los heridos en el combate de El Callao y de los enfermos de escorbuto, ratificando, también, la cautividad de los prisioneros chilenos. Informó que los soldados y marinos chilenos capturados estaban en una situación aflitiva, carentes de recursos, que sufrían no pocas privaciones, pero a la vez elogiaban el alto nivel de la conducta, moral y dignidad, negándose a recibir dinero a ofrecimiento del comandante de la flota española,

dando con ello ejemplo de virilidad militar, distinción y simpatía los capitanes Lynch y Novoa respectivamente, siendo ambos muy respetados por los oficiales enemigos (Cerde Catalán, p. 332). En la nota se incluye la solicitud del excónsul de Chile en Montevideo, Jaime Cebils, para que se autorice el envío de una mesada a los prisioneros españoles cautivos en Santiago (Cerde Catalán, p. 333).

En nota del 1 de septiembre de 1866, el embajador chileno en Argentina responde al ministro de Relaciones Exteriores de Chile que las gestiones a realizar en favor de la libertad de los prisioneros llegaron tarde, pues temía que las fragatas españolas hayan zarpado de Río de Janeiro hacia la península ibérica. Lo mismo ocurría con la solicitud de intervención mediadora al ministro francés en Brasil ante el almirante español. En otra nota de 26 de septiembre, el embajador confirma la navegación en el Atlántico de la flota española hacia Europa. En esa misma fecha informa que se envió, por medio de un neutral, un proyecto de canje al almirante Méndez Núñez y que este recibió la nota y no la consideró, estimando que dicho intercambio debía ser gestionado en la península por una potencia neutral, debiendo responsabilizarse del traslado de ambos grupos de prisioneros a sus respectivas naciones, al jefe militar de mayor jerarquía de cada agrupación —en los chilenos el capitán de corbeta Luis Lynch, excomandante del vapor Paquete del Maule, y en los españoles, el teniente de navío Luis Ferry, excomandante del buque Virgen de la Covadonga—. Además, informó que en esa misma fecha zarpó la fragata Villa de Madrid llevando los prisioneros chilenos. Por lo que toda gestión de canje propuesta debía desarrollarse en Europa (Cerde Catalán, p. 333).

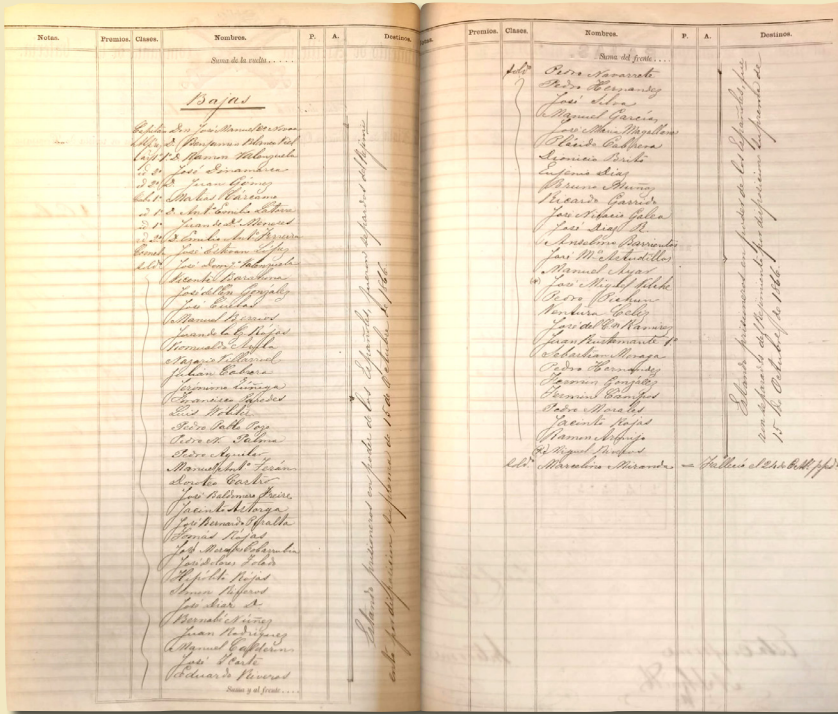
Promos.	Premios.	Clases.	Nombres.	P.	A.	Destinos.
			Teniente D. Diego de la Hoz			A. Con licencia
			Teniente D. Manuel Reyes			S.
			Teniente D. Francisco Jaramilla			S.
			Teniente D. Manuel Reyes			En Santiago

Detalle Lista Revista Comisario de la 1ª Compañía, 3ª Batería del Regimiento de Artillería, noviembre de 1866. En: ARGE, LRC, vol. 64, hoja 1.

Transcurridas las semanas, el 18 de octubre se producen promisorias conversaciones en París, entre el embajador de España y el cónsul general de Chile en Francia, en donde España pide que el canje se efectúe en la ciudad de Colón en Panamá, petición no aceptada por Chile. Pasados varios meses, y en una nueva proposición, exige que el canje se efectúe en Europa, propuesta ratificada por Chile en nota de 4 de julio de 1867, dirigida al embajador hispano, debiendo verificarse la entrega de los prisioneros españoles en el puerto de Le Havre en Francia y los prisioneros chilenos en el puerto de Cádiz en España (MINRE, 1867, pp. 141-149).

Confirmado el acuerdo de canje, los prisioneros españoles de la Virgen de la Covadonga, bajo la responsabilidad del teniente de navío Luis Ferry, zarparon desde Valparaíso el 25 de mayo de 1867 embarcados en la barca francesa Casimir Le Quellec, fletada por el gobierno español a un costo de \$72.682,8 francos; la fragata

arribó a Le Havre el 22 de julio de 1867, en donde fueron trasbordados a la goleta Caridad la noche del 22 de agosto y llevados a Ferrol en España, en donde desembarcaron 119 marinos de dotación del buque aviso Virgen de la Covadonga, que en forma individual eran 1 teniente de navío, 1 alférez de navío, 2 guardiamarinas, 3 ayudantes de sanidad, 1 contra maestre, 4 prácticos de cirugía, 1 maestranza, 3 dependientes de víveres, 2 cocineros de equipaje, 1 maquinista, 2 ayudantes de máquinas, 6 paleadores, 1 condestable, 2 cabos de infantería marina, 9 soldados, 5 cabos de mar, 16 marineros preferentes, 28 marineros de la clase y 22 marineros de 2º; terminando así su cautiverio por espacio de un año y 8 meses (MINRE, 1867, pp. 150-154).



Detalle de la Lista Revista Comisario de la 1ª Compañía de la 3ª Batería del Regimiento de Artillería, noviembre de 1866. Se consigna a los prisioneros chilenos. ARGE, LRC, vol. 64. La observación señala: "Estando prisioneros en poder de los Españoles fueron separados del Regimiento por disposición suprema de 15 de octubre de 1866".

En cuanto a los prisioneros chilenos, cautivos en diferentes castillos de España, fueron embarcados en el navío francés Gaspard en el puerto de Cádiz, zarpando hacia Chile el 29 de agosto de 1867, bajo la responsabilidad del capitán de corbeta Luis Lynch. A bordo del navío iban 126 soldados y marinos, que en forma individual eran 1 capitán de corbeta, 2 tenientes 2º, 1 capitán de artillería, 1 teniente de artillería, 1 alférez de artillería, 1 contador, 1 oficial civil, 1 práctico de cirugía, 3 sargentos, 3 cabos, 1 corneta, 101 soldados, 1 fogonero y 11 marineros. Con ello culminaba su condición de prisioneros de guerra por el tiempo de 1 año y 5 meses (Cerdea Catalán, *op. cit.*, p. 333). No embarcaron los soldados José Dolores y Antonio López, hermanos que quedaron internados enfermos en el hospital de Cádiz, quienes regresaron una vez recuperada su salud, en enero de 1868. Por otra parte, faltaron en el navío el soldado Manuel Álvarez, fallecido el 27 de febrero de 1867 en La Coruña, y el soldado Manuel González quien falleció en Río de Janeiro el 28 de junio de 1866.

ANTECEDENTES BIOGRÁFICOS DE LOS COMANDANTES

Capitán de corbeta Luis Alfredo Lynch Solo de Zaldívar

Nació en 1834. Hijo de Estanislao y de María del Carmen. Tempranamente ingresó a la carrera naval como oficial de la Armada de Chile. Le correspondió desempeñar diferentes puestos en buques y reparticiones, destacando el cargo de director de la Escuela Naval en 1863. Luego mandó el vapor Paquete del Maule hasta su captura por los españoles. Posteriormente, dirigió nuevamente la Escuela Naval entre 1871 y 1875.

Se desempeñó en la Legación de Chile en París, siendo su principal labor durante el desarrollo de la Guerra del Pacífico,

secundar eficazmente al ministro Alberto Blest Gana en las gestiones de supervisión de la construcción de buques para la Escuadra Nacional, junto a la adquisición de armamento, vestuario y equipo para el Ejército y la Escuadra, simultáneamente, para evitar que Perú adquiriese nuevas unidades de guerra.

Su meritoria trayectoria naval y diplomática lo llevaron a ser ascendido a vicealmirante.

Casado con Julia Solar Cañas, con quien tuvo seis hijos. Falleció en París el 3 de diciembre de 1883. (Archivo Histórico Armada de Chile, DGPE. Depto. I).

Capitán de artillería José Manuel 2º Novoa Gormaz

Nació en Santiago en 1830. Hijo de José Manuel y Carmen. Ingresó a la Escuela Militar en 1851, donde se graduó de subteniente en 1856 en el arma de Artillería. Con el grado de capitán, al mando de una compañía del Regimiento de Artillería, le correspondió embarcar en el vapor Paquete del Maule, para conformar la guarnición de los nuevos buques peruanos que navegaban hacia las costas de Chile, circunstancias en las que fue tomado prisionero junto a su unidad.

En 1879, al inicio de la Guerra del Pacífico, con el grado de teniente coronel es nombrado 2º comandante del Regimiento de Artillería Nº 2. Se encontró en el desembarco de Pisagua, en la Batalla de San Francisco, en la Batalla de Tacna, al mando accidental del regimiento. Fue nombrado comandante del Regimiento de Artillería Nº 2 en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Ascendió a coronel en julio de 1881. Posteriormente, participó en la Campaña de la Sierra, en la Expedición a Trujillo y luego fija guarnición en el puerto de El Callao, hasta el final de la guerra. Alcanzó el grado de general de división.

Casado con Virginia Fuentes. Falleció en 1903.

INFORMACIÓN PARA CONSIDERAR DE LOS SOLDADOS Y MARINOS PRISIONEROS

Españoles. Los oficiales y marineros se encontraban custodiados en la prisión de San Isidro en Santiago, bajo el mando del teniente de navío Luis Ferry. Tenían régimen de salida diaria, de a dos oficiales cada día, bajo la designación del más antiguo y los marineros que él designase. Este régimen en principio fue rechazado por los marinos españoles, pero con el transcurrir de los días fueron cumpliéndolo. También recibieron 1.000 pesos fuertes mensuales entregados por la corona española, cifra que posteriormente se redujo a 550 pesos.

Chilenos. Los soldados y marineros fueron llevados a diferentes castillos, de acuerdo con el arribo de los buques a los puertos españoles: los de la fragata Villa de Madrid a Cádiz, los de la fragata Blanca a Ferrol y los de la fragata Resolución a Car-



Retrato de José Manuel 2º Novoa Gormaz. Imagen generada por inteligencia artificial (Gemini) [diciembre 2025], en base al retrato publicado en "La Artillería chilena 1810-1992" (Comité de Artillería, 1992), p. 147.



Ilustración de teniente de Artillería, año 1852.
Corresponde al uniforme vigente en la década de 1860.
Fuente: EMGE. 1985. Nuestros uniformes, p. 121.

tagena. A los oficiales se les permitió residir en Sevilla y La Coruña, sin más custodia que su palabra de honor, a quienes la reina de España les asignó un socorro de 27 pesos fuertes, el cual fue rechazado. A los soldados y marinos se les proporcionó vestuario exterior e interior, tabaco y otros elementos de diario vivir (Ver: Novo y Colson, 1882, pp. 490-493).

De acuerdo con el Decreto Ley de 15 de octubre de 1866, considerando que “conviniendo al mejor servicio que el Regimiento de Artillería complete su fuerza” se decretó lo siguiente: “2° Quedan separados del expresado regimiento los oficiales, clases i demás individuos de tropa, apresados en el vapor mercante Paquete del Maule, quienes continuarán gozando de los mismos sueldos que en el día, con cargo a los gastos de la guerra.” (Varas, 1866, pp. 27-28)

Por Decreto Ley de 29 de enero de 1868, se dispuso la aprobación de “los ajustes formados por la Tesorería Fiscal de Valparaíso a los oficiales i tropa del Regimiento de Artillería que cayeron en poder de los españoles el 9 de marzo de 1866, ascendente a la cantidad de 27,812 pesos 73 centavos, de los cuales se pagarán por la espresada oficina a aquellos individuos la suma de 17,472 pesos 44 centavos, como alcance líquido que resulta a su favor por haberseles pagado la diferencia en España” (Varas, 1866, p. 108).

EL DESTINO DEL VAPOR A RUEDAS PAQUETE DEL MAULE

Luego de ser capturado, fue empleado como buque aviso durante todo el desarrollo del conflicto. Una vez que la Escuadra Española zarpó del puerto de El Callao, fue incendiado y hundido por los españoles en las aguas de la isla San Lorenzo en El Callao (Perú) el 10 de mayo de 1867.^{DCHEE}

FUENTES

Archivo General del Ejército, Fondo Listas de Revista de Comisario, vol. 64
 Archivo Histórico de la Armada de Chile. DGPE. Depto I. Consultado en enero 2025.
 Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Memorias años 1866-1867-1868 presentada al Congreso Nacional. Imprenta Nacional, diciembre 1866, julio 1867 y agosto 1868.
 Varas, José Antonio. 1866. Recopilación de Leyes Ejército. Tomo IV. Santiago, Imprenta Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

Cerda Catalán, Alfonso. 2000. La Guerra entre España y las Repúblicas del Pacífico 1864-1866. Santiago: Editorial Puerto de Palos.
 De Novo y Colson, Pedro. 1882. Historia de la Guerra en el Pacífico. Madrid: Imprenta de Fortanet.
 Edwards Bello, Joaquín. 1965. El bombardeo de Valparaíso y su época. Santiago: Zig-Zag.
 Encina, Francisco. 1950. Historia de Chile, Tomo XIV. Santiago: Editorial Nacimiento.
 García Martínez, José. “España en el Pacífico a mediados del siglo XIX”. Revista de Marina 108, N° 801 (1991).
 Purcell, Cedric. 2017. La guerra con España y el bombardeo a Valparaíso. Santiago: Ril Editores.
 Vicuña Mackenna, Benjamín. 1883. Historia de la Guerra de Chile con España. Santiago: Imprenta Victoria.

SITIO INTERNET

www.armada.cl. Revisado: 4 de diciembre de 2025.
 www.todoavante.es. Revisado: 20 de enero de 2025.

El modelo militar prusiano y su aplicación en el Ejército de Chile (1885-1942)

MAURICIO IBARRA ZOELLNER

Coronel
Doctor en Historia

Los hechos históricos son susceptibles de organizarse en un relato que busca explicar las transformaciones políticas, sociales, culturales, entre otras, por las que atraviesan las sociedades. Si bien estos hechos podrían estudiarse de manera aislada, no sería posible comprender el proceso mediante el cual el Ejército de Chile logró forjar su *ethos* militar – vigente hasta hoy- sin establecer las relaciones que los vinculan.

La finalidad de este artículo es identificar los aspectos más relevantes del proceso de modernización que experimentó el Ejército de Chile entre 1885 y 1942. Dicho proceso se articuló en torno a tres iniciativas de trascendencia: en primer lugar, la contratación de oficiales alemanes que concurrieron a Chile con el propósito de implementar aspectos doctrinarios en reparticiones y unidades militares a lo largo del país; en segundo lugar, la adquisición de material de guerra moderno acorde con los avances de las ciencias militares, específicamente, los relativos a la tecnología militar; en tercer lugar, el envío de oficiales chilenos al Reich alemán, lo que permitió conocer *in situ* la organización, el entrenamiento y la camaradería que caracterizaba el modelo adoptado por nuestro país. Este artículo se centrará en la primera y tercera iniciativa.

EL CONTEXTO DE MODERNIZACIÓN MILITAR EN AMÉRICA LATINA Y CHILE

La aplicación del modelo alemán desde 1885 se arraigó profundamente en el Ejército de Chile. Su introducción implicó cambios gravitantes en lo doctrinario (manuales y reglamentos), docente (formación de su personal en escuelas matrices y escuelas de las Armas y Academia de Guerra) y organizacional. Ello permitió consolidar una unidad de pensamiento en sus oficiales y suboficiales, junto con incorporar nuevas tecnologías bélicas desarrolladas desde mediados del siglo XIX, aplicadas a la estrategia militar y traducidas en renovadas concepciones doctrinarias y tácticas. En la historia militar puede observarse que las transformaciones de los ejércitos no responden necesariamente a causas específicas, sino a procesos de adaptación a la evolución de los tiempos. Mao



Fotografías de oficiales y clases del Regimiento de Artillería a Caballo N° 3, 1905. En el repositorio digital del ARGE se puede encontrar con el código F_MHM-RGA087. En adelante, se señala el código con el que se puede encontrar la versión digital de la fotografía en el Repositorio Digital.

Tse-Tung lo expresó al afirmar que “*las leyes que rigen la guerra cambian en función del tiempo, lugar y carácter que las condiciona pues nada es inmutable, todo evoluciona continua y constantemente*” (1968). La Revolución Industrial del siglo XIX es el mejor ejemplo de ello.

Desde esta perspectiva, debe considerarse que en el siglo XIX las principales potencias militares del mundo se encontraban en Europa. Por ello, los países latinoamericanos, una vez terminados sus procesos de independencia, buscaron estructurar sus ejércitos conforme a modelos europeos. Francia, bajo la influencia de Napoleón Bonaparte y de la Grande Armée, marcó durante las primeras décadas del siglo XIX el desarrollo militar de gran parte de América. Sin embargo, tras la guerra franco-prusiana (1870-1871), el modelo alemán emergió como un nuevo paradigma militar que cambió la forma de concebir y conducir la guerra el que influiría en los ejércitos hasta 1945.

En este contexto, la contratación de misiones militares europeas, especialmente francesas y alemanas, fue un elemento decisivo en la profesionalización de los ejércitos latinoamericanos. Se entendía que el prestigio de un ejército bien organizado y entrenado reflejaba la solidez del propio Estado. No fue casual, por tanto, que entre 1880 y 1920 varias naciones latinoamericanas buscaran instructores en los ejércitos francés y alemán, considerados en ese entonces los más prestigiosos del mundo (Nunn, 1975, pp. 233-234). En la mayoría de los casos, la influencia alemana se introdujo directamente —como ocurrió en Argentina, Bolivia y Chile— o indirectamente, a través de Chile, como

en Colombia, El Salvador, Ecuador y Honduras. Otros países, como Brasil, Perú y Guatemala emplearon misiones de instructores franceses; y algunos, como Bolivia y El Salvador, combinaron instructores de ambas procedencias (Rouquié, 1984, pp. 88-89).

Chile fue uno de los primeros países de América Latina en iniciar su proceso de modernización militar, impulsado principalmente por las lecciones obtenidas en la Guerra del Pacífico (1879-1883). Terminado el conflicto, el estamento político y el militar concluyeron la necesidad de modernizar al Ejército con apoyo de expertos extranjeros, a fin de mejorar su organización y doctrina. La búsqueda se centró en



Batallón de Infantería “Pudeto” en una explanada del Parque Cousiño (actual Parque O’Higgins), Santiago, 1904. Se distingue a la unidad en posición firme con tenida de parada, casco con penacho blanco de crin de caballo, baleras y fusil Mauser. F_MHM-RGA033

el Imperio alemán, tanto por el prestigio adquirido tras las resonantes victorias de la guerra contra Francia como por la actitud favorable hacia Chile durante la Guerra del Pacífico (Arancibia, 2002, p. 52).

La puesta en marcha de dicho proceso comprendió diversas etapas: una fase preparatoria que permitió visualizar el estado del arte, que se extiende, aproximadamente, desde 1882 hasta 1885; posteriormente, una fase de implementación, desde 1885 a 1918; y, finalmente, una fase de actualización, entre 1930 a 1942. Para este trabajo se consideró como inicio del proceso el año 1885, fecha de contratación del capitán Emilio Körner en Alemania, y como cierre 1942, cuando Chile retiró a su agredado militar de Alemania.

Durante este período, la presencia de oficiales alemanes en Chile no fue el único factor transformador del Ejército. También desempeñó un papel fundamental el grupo de oficiales que viajó a Alemania para instruirse en sus regimientos y escuelas militares y que, al regresar, fueron destinados a unidades y escuelas del Ejército, irradiando y acrecentando la doctrina táctica y técnica adquirida. De esta forma, estos mismos oficiales liderarán el proceso de aplicación del modelo comenzado desde 1895, consolidándolo en la primera década del siglo XX, bajo la dirección del general Emilio Körner y con la colaboración de más de cincuenta oficiales alemanes llegados durante el período 1885-1942.

Como resultado, hacia la segunda década del siglo XX el Ejército de Chile exhibía una profunda transformación: además de los cambios doctrinales, había adoptado uniformes y marchas militares alemanas. Su prestigio alcanzó tal nivel que, desde las primeras décadas del siglo XX, varias naciones sudamericanas contrataron misiones militares para modernizar sus ejércitos según el modelo "prusiano" chileno.

LLEGADA DE INSTRUCTORES ALEMANES A CHILE

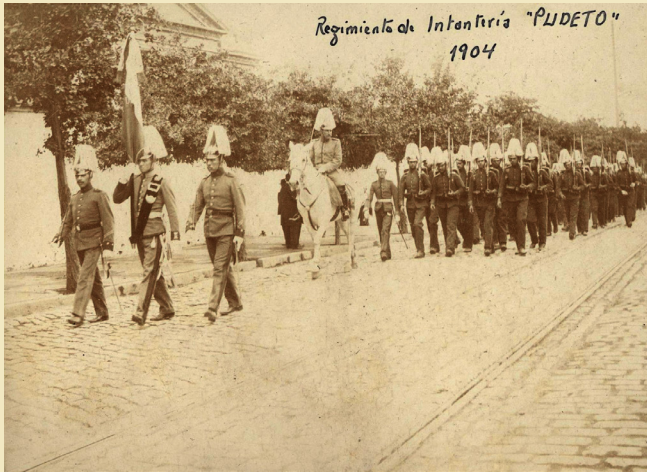
Al finalizar el gobierno del presidente Domingo Santa María (1881-1886), se encargó al entonces director de la Escuela Militar, general Emilio Sotomayor, una misión especial que consistía en la búsqueda y contratación de un oficial alemán que liderara el proceso de modernización del Ejército. El general Sotomayor estableció los contactos con el ministro chileno representante en Berlín, Guillermo Antonio Matta, quien optó por el capitán Emilio Körner Henze (EMGE, p. 325). Sin embargo, en este período fueron solo tres los oficiales alemanes que se desempeñaron en Chile: el mencionado capitán Körner, el capitán Hugo Januskowski —contratado en 1886 como profesor de gimnasia y esgrima en la Escuela Militar—, y el mayor Gustavo Betzhold, quien llega en 1889 como profesor de fortificaciones a la Academia de Guerra (EMGE, 1984, p. 325).



Revista de bridas en la Escuela de Caballería, Providencia, 1904. F_MHM-RGA037



Oficiales chilenos y oficiales de Marina alemanes en una visita protocolar en el cuartel del Batallón de Infantería "Pudeto", Providencia, 1904. Al centro, con guerrera oscura, cuello y gorra blanca, los dos marinos extranjeros. Con sables de doble tiro, levita oscura y casco pickelhaube, los oficiales de la unidad. F_MHM-RGA040.



Compañía del Batallón de Infantería "Pudeto" desfilando por una calle de Santiago, 1904. Los alumnos lucen tenida de formación, casco pickelhaube con penacho blanco, baleras de cuero y fusil Mauser al hombro. F_MHM-RGA042



Revista del Batallón de Infantería N°3 "Yungay", explanada del Parque Cousiño (actual Parque O'Higgins), Santiago, 1905. Los soldados están con tenida de servicio, casaca, mochila, casco pickelhaube y fusil Mauser, modelo 1895. Al fondo, oficiales montados a caballo. F_MHM-RGA057.

A comienzos de 1886, Körner inició su labor en la Escuela Militar, desempeñándose como subdirector. Posteriormente, participó activamente en la organización de la Academia de Guerra, trabajando, especialmente, en la definición de un plan de estudios moderno acorde a los avances tecnológicos de la época. En ambos institutos desarrolló tareas docentes (Maldonado, 1988, p. 131), lo que le permitió identificar deficiencias en la enseñanza de idiomas, ciencias e historia natural, atribuible a la precariedad de los equipos, situación que evidenciaba la necesidad de una reestructuración más profunda del Ejército (Nunn, 1970, pp. 304-305). Es así que, en este orden de ideas, el plan de estudios de la Academia de Guerra del año 1886 incluyó la enseñanza de asignaturas que anteriormente no habían sido parte de la formación de los oficiales chilenos y que eran desconocidas en nuestro país. Era el caso de la historia militar, la balística, el dibujo militar y la construcción de fortificaciones, a lo que se agregó el estudio de idiomas como el inglés y el alemán (Ahumada, 2006, p. XIX). A fines de 1891, Körner fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército y, tres años más tarde, viajó a Alemania para supervisar la producción y envío de las baterías de artillería de costa que estaba construyendo la fábrica Krupp en su planta de Essen. A su regreso a Chile, en 1895, fue ascendido a general de división. Con él arribaron treinta y seis oficiales alemanes, cuya incorporación consolidó de manera definitiva la transformación del Ejército (Nunn, 1970, pp. 302-308).

En total, entre 1885 y 1927, sesenta y ocho oficiales alemanes se integraron, en diferentes condiciones, a trabajar en el Ejército de Chile. Estos oficiales fueron asignados a la mayoría de las unidades de las diferentes Armas, mientras que los más destacados desempeñaron funciones docentes en la Academia de Guerra y en la Escuela Militar. De esta manera se aseguraba la difusión de la doctrina, reforzándola mediante cursos para oficiales activos de la guarnición de Santiago en la Escuela Militar.

La presencia de oficiales alemanes provocó cambios importantes en la vida de cuartel. Se establecieron los casinos de oficiales y suboficiales, que fueron escuelas de urbanidad y camaradería, donde se regulaban las tenidas y formas de comportarse en la mesa. A través de su ejemplo, los instructores alemanes inculcaron en los militares chilenos un profundo espíritu de sacrificio y dedicación al servicio. Los reglamentos fueron traducidos desde el alemán al español y se intentó aplicarlos casi literalmente, lo que provocó resistencias iniciales. Sin embargo, esto trajo consigo la adecuación paulatina a la realidad chilena. Otra innovación relevante fue la incorporación sistemática de la ejecución de maniobras por parte de las unidades militares y también de ejercicios de combate tanto en terreno como en el aula (juegos de guerra). Estos aspectos fueron parte relevante de la preparación regular de la fuerza militar (Télliz, 1949, pp. 47-67).

CONCURRENCIA DE OFICIALES CHILENOS A ALEMANIA

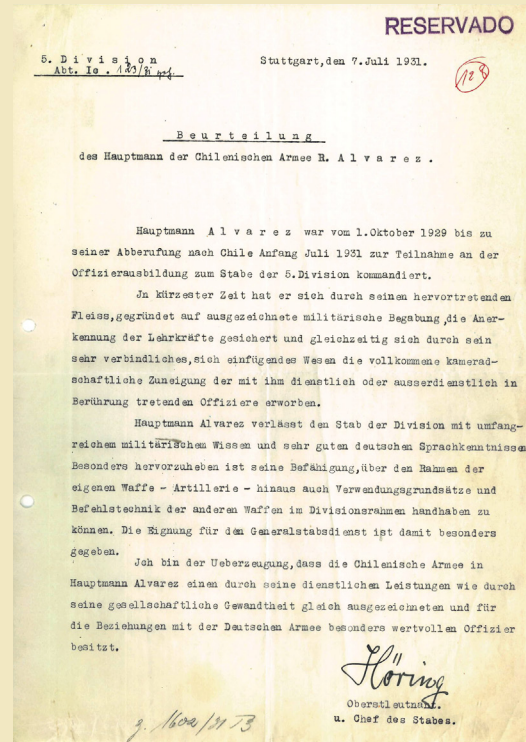
Como se señaló anteriormente, la influencia alemana en la transformación del Ejército de Chile se manifestó no solo a través de los oficiales alemanes en el país, sino también mediante la instrucción de un importante grupo de oficiales chilenos en los diferentes regimientos y escuelas del ejército alemán. Durante su permanencia en el extranjero, estos oficiales realizaron significativos esfuerzos por demostrar la capacidad profesional del oficial chileno ante un ejército de reconocido prestigio internacional. Este desempeño fue reconocido por autoridades y oficiales alemanes, quienes pudieron constatar en su propio país los resultados de la influencia ejercida sobre el Ejército de Chile. Entre los oficiales chilenos destacados en Alemania, se puede mencionar a Tobías Barros, Arturo Ahumada, Bartolomé Blanche, Marmaduke Grove e Indalicio Téllez.

Durante la cronología de estudio, la concurrencia de oficiales chilenos a Alemania consideró tres vías: la primera, como adicto militar; la segunda, como integrante de la comisión militar en Europa (Berlín); y la tercera, como oficial comandado a una unidad del ejército alemán.

El envío de oficiales al extranjero se hacía siguiendo las disposiciones establecidas mediante decretos, circulares y reglamentos, siendo la meritocracia el factor que primaba en la elección de los oficiales. En 1892, en el reglamento de la Academia de Guerra se indicó que los alumnos que obtuviesen nota promedio nueve, al término de los tres semestres que duraban los estudios, tendrían la posibilidad de ser enviados a Europa en viaje de instrucción (Colección de Circulares, Circular N° 1).

Posteriormente, en 1897, considerando la relevancia y magnitud que habían adquirido la concurrencia de oficiales chilenos en comisiones de estudio a Europa, se establecieron algunas normas destinadas a estimular la concurrencia de los oficiales destacados en el cumplimiento de sus deberes y así potenciar el desarrollo de su carrera militar. En estas disposiciones se indicaba con claridad los beneficios de esta política: *“teniendo presente la influencia que ejerce en el mejoramiento de nuestras instituciones militares el estudio en las filas de los ejércitos europeos por jefes i oficiales de nuestro ejército, de los adelantos del arte militar i de las practicas i regímenes de estas instituciones”* (Varas, 1897, p. 552).

El proceso de selección establecía que cada año el jefe de Estado Mayor debía remitir al Ministerio de Guerra, durante la segunda quincena de los meses de mayo y noviembre, una nómina de veinticuatro capitanes, considerando en ella *“6 capitanes de cada uno de los escalafones de Infantería, Artillería, Caballería e Ingenieros Militares”* (Varas, 1897, p. 552). En circunstancias especiales, también podían incluirse algunos sargentos mayores. Respecto a los candidatos propuestos, se

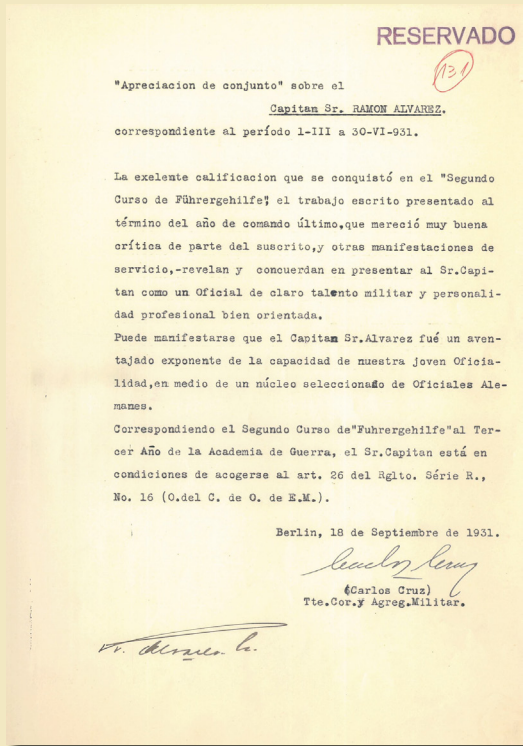


“Calificación del capitán chileno Sr. R. Álvarez”. Informe (en alemán) del teniente coronel Hödwing (jefe de Estado Mayor de la 5ª División). Stuttgart, 7 de julio de 1931. ARGE, Carpeta de Antecedentes Personales (CAP) 122, p. 128.

precisaba que debían ser *“dignos i mejor preparados para prestar sus servicios en las filas de los ejércitos europeos”*.

Las nóminas debían acompañarse con las hojas de servicio de cada oficial, indicándose, además, los méritos y el nivel de conocimiento de idiomas. Una vez recibidos estos antecedentes, el Ministerio de Guerra enviaba la documentación para su estudio a una Junta Consultiva de Guerra, la que tenía quince días para pronunciarse sobre las condiciones de los candidatos, ordenándolos según su mérito y preparación intelectual y militar, además de dejar constancia de los idiomas que dominaban. Si se estimaba necesario, la Junta podía aplicar un examen a los oficiales para asegurar una elección óptima. Finalmente, el Ministerio de Guerra, en virtud del informe de la Junta, debía seleccionar un número igual de oficiales por cada Arma y disponer su envío a Europa.

En el decreto del 27 de octubre de 1897 se establecía que los oficiales nominados debían ingresar a una unidad de su Arma (escalafón) en Europa, lo cual debía ser coordinado previamente por el ministro plenipotenciario de Chile ante la nación correspondiente, con la finalidad de que el oficial iniciase su comando de forma inmediata. Se estipuló que dichos comandos no podían durar más de dos años, debiendo, una vez terminada su estadía, entregar al Estado Mayor General una memoria respecto de los



Apreciación conjunta del capitán Ramón Álvarez Goldsack. Informe del teniente coronel Carlos Cruz (agregado militar de Chile en Alemania). Berlín, 18 de septiembre de 1931. ARGE, CAP 122, p. 131

estudios realizados "i de las innovaciones que convenga introducir en la instrucción, régimen i disciplina de nuestro ejército". Esto permitía, por un lado, corroborar el cumplimiento del objetivo de las comisiones —que el oficial trajera un amplio bagaje cultural y profesional respecto de la realidad de la potencia militar terrestre del mundo como lo era el Imperio alemán— y, por otro lado, el que los oficiales comisionados estuviesen en condiciones de difundir de manera efectiva los conocimientos adquiridos.

En 1904, a través del Diario Oficial del 13 de octubre, se especificaban las obligaciones y normas aplicables a oficiales comisionados en el extranjero. Se reiteraba la exigencia de que los oficiales, hasta el grado de coronel, debían presentar una memoria detallada al jefe del Estado Mayor General dentro de la primera quincena de su regreso al país. La memoria debía considerar "el desarrollo del servicio en que hubiere actuado i las observaciones que el estudio comparativo de los reglamentos vigentes en Chile i en el extranjero les hayan sujerido" (Ejército de Chile, Recopilación de leyes (...), año 1904, p. 303). El incumplimiento de esta obligación implicaba la imposibilidad del oficial para figurar en "terna de méritos" para su ascenso.

Además, se agregó que los oficiales, hasta el grado de sargento mayor, una vez de regreso en Chile, debían ser destinados a ser-

vir en un cuerpo de su Arma, sin poder ser removidos antes de un año, salvo que recibieran un ascenso o que cometieran faltas en el servicio que obligasen a su separación de la institución.

El documento también señala otro aspecto relevante: la asignación de prioridades para su desempeño en las zonas militares del país. El orden era el siguiente:

- I Z. M. (asiento en Iquique, zona jurisdiccional desde Atacama hasta Tacna)
- II Z. M. (asiento en Santiago, zona jurisdiccional desde Coquimbo hasta Talca)
- III Z. M. (asiento en Concepción, zona jurisdiccional desde Linares hasta Victoria)
- IV Z. M. (asiento en Victoria, zona jurisdiccional desde Arauco hasta Valdivia)
- V Z. M. (asiento en Ancud, zona jurisdiccional desde Chiloé hasta la zona austral)

Respecto de los adictos militares, establecía que, cualquiera sea su graduación, junto a los oficiales que se encuentren en comisiones especiales y sirviendo de instructores en otros ejércitos, debían cumplir con el envío de la información que les requiriere el jefe del Estado Mayor General. De no cumplirse esta obligación, el Ministerio de Guerra podría poner término a dicha comisión.

Siguiendo estas normas, entre 1889 y 1942, fueron más de 100 los oficiales que cumplieron destinaciones, de a lo menos dos años, en Alemania, un porcentaje considerable de los oficiales del Ejército de la época. Esto explica, en parte, la relevancia de la influencia alemana. Los oficiales destinados escribían a Chile sobre sus experiencias y se publicaban en la Revista Militar o en el Memorial del Ejército. Entre ellas se cuentan algunas sobre la Academia Técnica Militar en Berlín, la organización del Ejército alemán, la camaradería militar en el Ejército y los nuevos uniformes alemanes. En los artículos proponían libros para comprar, fechas y sistemas de cursos, adelantos técnicos y detalles sobre nuevos métodos de instrucción. En cuanto a la participación de oficiales chilenos en Alemania, el general Carlos Sáez plantea en sus memorias que muy pronto estos empezaron a frecuentar las filas del ejército alemán, quedando de manifiesto una cercanía, que, con breves intermitencias, funcionó hasta 1942. Así comenzó lo que el citado autor denominó germanización del ejército: "Ese fue el origen del calificativo de 'prusianos de Sudamérica' con que nos bautizó la prensa extranjera" (Sáez, 1933, p. 24).

Finalmente, es importante mencionar que la formación recibida abarcó también lo valórico, siendo el concepto de disciplina un elemento fundamental, toda vez que estaba basado en el honor, en la moral, en la responsabilidad, en la lealtad y el mérito. En este sentido, es necesario mencionar lo planteado por el general Roberto Goñi respecto de lo realizado por el capitán Ahumada y sus conocimientos adquiridos en Alemania:

“Considero que este oficial ha aprovechado como tal vez ningún otro el tiempo que permaneció sirviendo en el ejército alemán, habiendo asimilado muchos conocimientos utilísimos para nuestro Ejército, teniendo la particularidad de ser muy práctico en su modo de adaptar estos conocimientos a nuestro modo de ser y a las proporciones de nuestro Ejército; de tal manera que todos los trabajos por él preparados los he encontrado siempre perfectamente adaptables a nuestra institución. Este juicio que de él me he formado, lo encuentro perfectamente justificado por haber podido observarlo bien debido a la circunstancia de que ha servido a mis ordenes por más de dos años” (Ahumada, 2006, p. XXVI).

REFLEXIONES FINALES

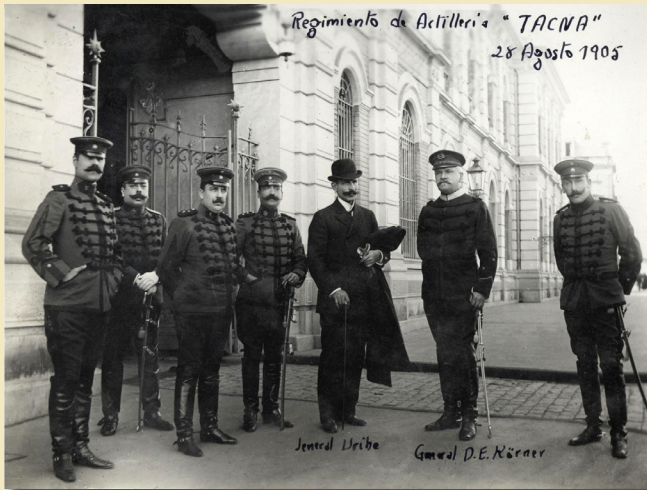
La adopción del modelo militar alemán implicó un cambio completo y profundo para el Ejército. Indalicio Téllez señala en sus memorias que esta transformación partió desde lo hondo de sus raíces: *“lo borrarono todo, para comenzar de nuevo”* (Téllez, 1949, p. 11). Por lo mismo, los primeros pasos no fueron fáciles, pues encontraron la oposición de algunos estamentos que observaban que, pese al estancamiento del Ejército, este había logrado la victoria en la Guerra del Pacífico. De ello surgía, sin embargo, la convicción de algunos de los mandos de la época de que era indispensable modificar lo existente a la luz del avance de la tecnología bélica y la ciencia militar. Era necesario modernizar la organización, el régimen disciplinario y, además, suplir la falta de escuelas técnicas y de aplicación, así como fortalecer el contacto con Europa para mantenerse al día respecto del progreso y de la evolución del arte militar. La Academia de Guerra, que aún tenía pocos años de vida, no había llegado todavía a influir de manera significativa en la cultura militar de la oficialidad. Había algunos oficiales con cierta instrucción teórica, pero carecían de la instrucción práctica, un elemento esencial en la formación militar.

Considerando este contexto, la influencia militar alemana se hizo especialmente visible entre 1885 y 1942. Durante este período existieron más de 200 comisiones de oficiales chilenos realizadas solo al Imperio alemán. Esto demuestra que, durante casi seis décadas, se mantuvo un flujo constante de oficiales a esa nación, lo que adquiere especial relevancia si se consideran los procesos por los cuales atravesó la historia europea y latinoamericana —las dos guerras mundiales y la influencia de la Segunda Revolución Industrial—. Este intercambio consolidó la adopción del modelo prusiano, al permitir un conocimiento directo de la realidad social, económica y cultural del Ejército alemán y la sociedad alemana.

Asimismo, quienes eran seleccionados para estas comisiones correspondían a los oficiales más destacados de la época, generalmente aquellos que ocupan los primeros lugares en la Academia de Guerra o que eran propuestos por sus superiores. Su formación en el extranjero resultaba esencial, pues al regresar



Parada Militar, Santiago, 1905. Inspector general del Ejército Emilio Körner Henze (en tenida de parada, banda cruzada, faja, sable y quepí con pluma) junto a sus ayudantes. Al fondo de la imagen, la banda de guerra de la Escuela Militar. F_MHM-RGA062



Retrato de jefes y oficiales en el frontis del cuartel del Regimiento de Artillería "Tacna". Santiago, 1905. De izquierda a derecha: el ayudante de la Inspección General del Ejército, capitán Eliecer Parada Pacheco; el comandante de la unidad, teniente coronel Vitalicio López Rodríguez; el general colombiano Rafael Uribe Uribe (de civil) y el inspector general del Ejército, general Emilio Körner Henze. F_MHM-RGA053.

al país se convertían en agentes de difusión del conocimiento adquirido, contribuyendo a la modernización institucional del Ejército.

Durante este mismo periodo (1885-1942) se sucedieron dieciocho comandantes en jefe del Ejército —o sus equivalentes según la orgánica vigente—, de los cuales doce (67%) realizaron comisiones en Alemania cuando eran oficiales subalternos. Este dato refleja la trascendencia de dicha experiencia en la proyección de sus carreras y en la consolidación del vínculo doctrinario entre ambos ejércitos.

Las consecuencias de este intercambio trascendieron lo meramente formal, pues se forjaron vínculos de amistad que perduraron en el tiempo. Un ejemplo ilustrativo fue el reencuentro, en 1929, del general Francisco Javier Díaz Valderrama y el comandante en jefe del ejército alemán, general Wilhelm Heye, a quien había conocido más de veinte años antes, cuando Díaz se encontraba comandado en Alemania. DCHEE

FUENTES DE ARCHIVOS E IMPRESAS

Archivo General del Ejército. Fondos: Hojas de servicios, Carpetas de Antecedentes Personales.

Colección de circulares que el Estado Mayor a enviado a los cuerpos del ejército 1891-1893. Circular N°1 Santiago.

José Antonio Varas, Recopilación de leyes y decretos del Ministerio de Guerra.

Ejército de Chile. Recopilación de leyes, DL., DFL., reglamentos y decretos del Ejército, año 1904. Santiago: Salesianos, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

Ahumada Bascuñán, Arturo. 2006. *El Ejército y la Revolución del 5 de septiembre de 1924*. Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario.

Arancibia, Roberto. 2002. *La influencia del Ejército de Chile en América Latina 1900-1950*. Santiago: CESIM.

Estado Mayor General del Ejército. 1982. *Historia del Ejército de Chile*. Tomo VII. Santiago: Impresos Vicuña.

Fischer, Ferenc. 1999. *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile 1885-1945*. Pécs, Hungría: University Press.

Fischer, Ferenc. "La expansión (1885-1918) del modelo militar alemán y su pervivencia (1919-1933) en América Latina." *Revista del CESLA* 11 (2008): pp. 135-60.

Maldonado Prieto, Carlos. "Körner y la intervención alemana: Acerca de la presencia del imperialismo alemán en Chile (1886-1900)." *Revista de Estudios Latinamericanos* 11 (1988), pp. 123-140.

Nunn, Frederick. "Emil Körner and the Prussianization of the Chilean Army: Origins, Process and Consequences, 1885-1920." *Hispanic American Historical Review* 50, (1970), pp. 300-322.

Nunn, Frederick. "European Military Influence in South America: The Origins and Nature of Professional Militarism in Argentina, Brazil, Chile and Peru, 1890-1940." *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 12 (1975): pp. 230-252.

Rinke, Stefan. 2019. *América Latina y la Primera Guerra Mundial. Una historia global*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rouquié, Alain. 1984. *El Estado militar en América Latina*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Sáez Morales, Carlos. 1933. *Recuerdos de un soldado*. Santiago: Biblioteca Ercilla.

Télez, Indalicio. 2005. *Recuerdos militares*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

Tse-Tung, Mao. 1968. *Obras escogidas: Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria china*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

La expedición Cruz del Sur. Una hazaña del Ejército de Chile en el corazón de la Antártica

IVONNE CORTÉS QUINTANA

Historiadora DCHEE
 Doctora en Historia

El 4 de enero de 1996, en el confín más austral del planeta, tres soldados del Ejército de Chile izaron la bandera nacional en el Polo Sur geográfico. Lo hicieron tras recorrer, a pie sobre sus esquís y sin apoyo externo, los 1.250 kilómetros que separan Patriot Hills del Polo. Aquella escena, hoy inmortalizada en registros fotográficos y en la memoria institucional, fue la culminación de una planificación rigurosa, entrenamiento extremo y decisiones sostenidas por una férrea voluntad. En medio del silencio absoluto de la meseta polar, alcanzaron una de las gestas más notables del montañismo militar en el hemisferio sur.

Planificada y organizada por la Escuela de Montaña, la expedición “Cruz del Sur” representó un logro inédito en la historia antártica nacional y en el ámbito militar iberoamericano: llegar al Polo Sur sin recibir asistencia externa. Bajo el principio de autosuficiencia, la patrulla enfrentó un entorno hostil donde el frío no cede, el viento arremete y la soledad pone a prueba incluso al más disciplinado.

Treinta años después, la hazaña sigue viva en el imaginario militar, aunque permanece poco recordada a nivel nacional. Este artículo busca reconstruir, a partir de bibliografía y testimonios, la travesía que nació en 1992 y culminó en 1996, explorando tanto la proeza épica como las motivaciones, desafíos y lecciones que dejó para la historia militar chilena y la identidad de sus tropas de montaña.



Sargento 1° Patricio Moya en una zona de sastrugi. Fuente: Museo Escuela de Montaña.

UNA IDEA EN LA CUMBRE: LOS ORÍGENES DEL SUEÑO

Todo comenzó en abril de 1992, durante una reunión del Comité de Montaña del Ejército en el Regimiento “Yungay” de San Felipe. Allí, el entonces director de la Escuela de Montaña, coronel Mariano Peppi Onetto, propuso un desafío inédito: con-

quitar el Polo Sur sin apoyo externo, confiando únicamente en la preparación, la disciplina y el temple de una patrulla militar chilena (Julio, 1996, p. 129).

La propuesta no surgió de improviso. Tras ella había años de experiencia y una convicción personal. El coronel Peppi, oficial de carrera con estrecho vínculo con la montaña, había conocido desde niño la vida en la cordillera debido a problemas de salud que lo llevaron a pasar largas temporadas en altura. Esa temprana afinidad se transformó posteriormente en vocación militar.

En 1975 integró la dotación de la Base O'Higgins como oficial explorador. Allí, enfrentado a la inmensidad del continente blanco, comenzó a leer sobre las expediciones de Scott y Amundsen. Aquellas historias sembraron en él la certeza de que, algún día, el Ejército de Chile debía intentar una gesta semejante. Como señalaría más tarde: *"Desde que estuve en la Antártica por primera vez, supe que debíamos llegar al Polo Sur por nuestros propios medios. No era un capricho, era una necesidad institucional"*.

Ya en 1986, como secretario de estudios en la Escuela de Montaña, el coronel Peppi empezó a dar forma a esa idea. Algunos episodios motivaron más la idea de una gesta de esta magnitud, como, por ejemplo, cuando fue testigo de una frustrante retirada del equipo del Ejército de Chile para alcanzar la cumbre del Everest pese a disponer de un cupo otorgado. Para el coronel Peppi, aquel revés fue una señal: *"No haber subido al Everest fue doloroso, pero también nos dejó una convicción: debíamos trazar nuestro propio camino"*.

El proyecto comenzó a consolidarse tras un encuentro fortuito en 1990 con el montañista Alejo Contreras Steding, primer chileno en marchar al Polo Sur dentro de una expedición internacional, quien además era miembro de la empresa Adventure Network International (A.N.I.), especializada en logística polar. A través de Contreras, la Escuela de Montaña obtuvo acceso a valiosa información sobre el terreno, las rutas y las exigencias físicas y psicológicas que implicaba la travesía, y así, prontamente, se comenzó a coordinar la concurrencia de grupos de exploración a colaborar en las expediciones de A.N.I. Estas expediciones permitirían al equipo militar chileno adquirir experiencia sobre el territorio, la aclimatación, las necesidades técnicas, físicas y psicológicas que implicaban desarrollar una misión de esas características.

Gracias a esa relación, entre 1992 y 1995 se organizaron tres expediciones exploratorias. En la primera (1992-1993), el teniente Humberto Julio Schweitzer y el sargento 2º Domingo Maldonado Seguel realizaron labores de reconocimiento en los montes Ellsworth y Patriot Hills. En la segunda (1993-1994), los tenientes Rafael Mesa Feres y Juan Marisio Vega, junto al

sargento 1º Patricio Moya Rivera, alcanzaron la cumbre del monte Vinson (4.897 m), una de las "siete cumbres" del montañismo mundial. En esa ocasión, el sargento primero Moya, como enfermero, salvó la vida de un accidentado en Patriot Hills, acción que reforzó notablemente la confianza y colaboración del equipo chileno con A.N.I.

La tercera expedición (1994-1995) tuvo como protagonista al teniente Eduardo Cereceda Truan en el mar de Weddell, donde permaneció diez días en completa soledad, enfrentando condiciones extremas que le aportaron experiencia invaluable en supervivencia y logística.

Con más de tres años de preparación técnica, entrenamientos intensivos y tres misiones de reconocimiento en terreno, quedó trazada la base para la futura Expedición Cruz del Sur. Ese esfuerzo sistemático permitió evaluar *in situ* equipos, estudiar la meteorología, reconocer la geografía del trayecto y diseñar un plan logístico realista que haría posible, en 1995-1996, llevar a cabo una de las más notables gestas militares en la historia antártica chilena (Julio, 1996, pp. 131-134).

LA PLANIFICACIÓN DEL IMPOSIBLE

La misión era tan clara como desafiante: marchar desde los montes Ellsworth–Patriot Hills– hasta el Polo Sur, recorriendo sobre esquís 1.250 kilómetros sin ningún tipo de apoyo externo. Se trataba de un objetivo que exigía una preparación minuciosa, capaz de anticipar cada variable del entorno antártico: desde la temperatura y los vientos, hasta la densidad cambiante de la nieve.

El territorio imponía las condiciones más extremas para la supervivencia. En la región se habían registrado temperaturas mínimas de hasta -89,2 °C, vientos de hasta 320 km/h y sensaciones térmicas promedio de -50 °C. En semejante escenario, sobrevivir sin apoyo logístico externo era imposible; de ahí que cada detalle de la planificación se convirtiera en un factor decisivo para la vida de los expedicionarios.

Uno de los pilares de esa planificación fue el transporte de la carga. Cada integrante debía arrastrar un trineo con un peso máximo de 150 kilos, sin incluir el peso del propio trineo. En ellos se distribuía todo lo necesario para la supervivencia durante el período que duraba la expedición: alimentos deshidratados de alto valor calórico—unas 5.000 calorías diarias por persona—, combustible, indumentaria térmica de alta resistencia, carpas capaces de resistir las inclemencias de la Antártica, botiquines médicos, repuestos técnicos y material de comunicaciones (Julio, 1996, pp. 132-133).

La alimentación era uno de los aspectos más delicados. Se diseñaron tres menús diarios ricos en grasas, proteínas y car-

bohidratos, incluían principalmente carnes y masas, esenciales para sostener el esfuerzo físico. Sin embargo, cada ración debía ser medida con precisión milimétrica. No habría reabastecimiento en ruta y un error de cálculo podía significar tanto la falta de energía como una sobrecarga en los trineos que pusiera en riesgo la expedición (Villalón, 2013, p. 225). La autonomía absoluta era, a la vez, el gran objetivo y la principal amenaza.

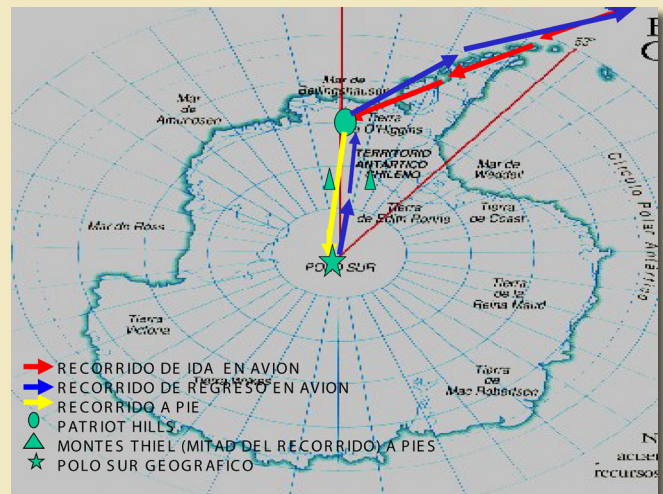
Los aspectos técnicos exigían una atención igual de rigurosa. Tras numerosas pruebas, se optó por una combinación de tecnología noruega —en trineos, botas y carpas— y equipamiento militar adquirido en Estados Unidos. La indumentaria debía resistir ráfagas de 150 km/h y temperaturas cercanas a los -50 °C, por lo que se confeccionó con lona y fieltro, priorizando la capacidad de aislamiento por sobre cualquier sofisticación.

La creatividad técnica también jugó un papel clave. Las máscaras utilizadas provenían originalmente del motocross, pero fueron adaptadas por el propio coronel Peppi, ya que su experiencia le indicaba que estas garantizarían una protección eficaz contra la ventisca y la congelación facial. Para la orientación, en lugar de instrumentos sofisticados, se recurrió a brújulas de embarcación, que se fijaron al cuerpo con arneses improvisados.

Otro recurso crítico para la supervivencia de la patrulla era el combustible, en forma de bencina blanca, ya que era indispensable para la calefacción, preparación de alimentos y derretir nieve para la obtención de agua potable. El cálculo debía ser exacto: un litro diario por cordada, sin reservas ni posibilidad de reabastecimiento, lo que convertía la administración del combustible en un ejercicio de disciplina y supervivencia (Julio, 1996, pp. 132-133).

La preparación combinó esfuerzo militar, planificación técnica y el apoyo de la comunidad de Los Andes, que colaboró y siguió de cerca cada etapa del proyecto. Destacaron aportes como el de la Panadería Moderna, de la familia Jorquera Salgado, quienes desarrollaron un pan especial capaz de resistir las condiciones extremas y mantenerse crujiente al calentarlo en las cocinillas. Asimismo, Cecinas Omeñaca fabricó embutidos de alto valor calórico, fáciles de digerir y manipular, mientras que Nestlé colaboró con alimentos específicos que complementaban la dieta de los expedicionarios

A pesar del apoyo recibido y de que la planificación iba marchando de acuerdo con lo previsto, surgió un obstáculo que hizo peligrar la misión. La empresa encargada de la logística polar exigía la emisión de una póliza de seguro para operar en la Antártica, en caso de tener que realizar un operativo de rescate. Ninguna aseguradora cubría los 150.000 USD solicitados. El tiempo avanzaba y no conseguían la contratación del seguro y el sueño de la expedición parecía diluirse por una piedra de tope que jamás habían imaginado. Estando a solo dos días del cierre del plazo para presentar la póliza, ocurrió un giro inesperado:



Itinerario de la expedición. Fuente: Museo Escuela de Montaña.



Expedicionarios en el campamento de descanso. Fuente: Archivo personal del general Mariano Peppi Onetto.



Botas y sistema de aislamiento térmico empleado por los expedicionarios.
Fuente: Archivo personal del general Mariano Peppi Onetto.

“Una señora —Eliana Montenegro—, nos llamó a la Escuela de Montaña al enterarse que necesitábamos un seguro para emprender la expedición. Era agente de seguros y ofreció gestionar contactos”. Tras una conversación por teléfono con el coronel Peppi, se coordinó una reunión en Valparaíso. El coronel se trasladó rápidamente y ante la sorpresa de todos, después de esta reunión, la aseguradora aceptó emitir la póliza, por lo que la expedición se podría ejecutar. Como detalle cargado de simbolismo, la compañía llevaba por nombre Cruz del Sur.

Como vemos, la planificación estuvo marcada por decisiones operativas críticas y soluciones logísticas inusuales. Una de ellas fue la estructuración de la marcha en tres patrullas de tres hombres cada una, escalonadas en el tiempo. Esta fórmula surgió tras una conversación entre el coronel Peppi y la gerente de la empresa A.N.I. Ella le comentó que, si bien la expedición al Polo Sur podía llevarse a cabo utilizando los vuelos de A.N.I, no podían ser trasladados los nueve expedicionarios juntos a la vez, sino que debían ser transportados en grupos de tres, en distintos momentos.

Con toda la tramitación y los aspectos técnicos coordinándose, se emitió formalmente la Orden de Comando (O/C), firmada el 10 de julio de 1995, en la que se dispuso la conquista del Polo Sur geográfico entre el 1 de noviembre de 1995 y el 30 de enero de 1996.

Una vez que la logística estaba en marcha y la estructura operativa había sido definida, restaba seleccionar al equipo de hombres definitivo. Para esta tarea, el coronel Peppi optó por una fórmula inusual, que los candidatos fueran quienes conformaran sus patrullas privilegiando la cohesión sobre la imposición jerárquica, pues era fundamental que los expedicionarios confiaran plenamente en su equipo. Así se conformaron tres grupos: el Grupo de Avanzada, tendría la misión de preparar el equipo antes de iniciar la marcha; el Grupo de Apoyo, encargado de transportar los víveres, quedó compuesto por el subteniente Eduardo Cereceda Truan, sargento 1º José Jeldes Pasten y el sargento 2º Javier Muñoz Valenzuela; finalmente, el Grupo Expedicionario lo constituyeron el mayor Sergio Flores Delgado, el sargento 1º Patricio Moya Riveros y el sargento 2º Domingo Maldonado Seguel (Julio, 2000, p. 136).

Con logística, equipos y vuelos definidos, la expedición estaba lista para dejar de ser proyecto y transformarse en acción.

LA EJECUCIÓN DE LA TRAVESÍA

El 12 de noviembre de 1995, a las 23:30 horas, la expedición Cruz del Sur aterrizó en Patriot Hills a bordo de un Hércules C-130 de A.N.I. La temperatura era de -28 °C y la luz del verano antártico iluminaba un paisaje sobrecogedor.

En los primeros días, el equipo revisó su equipamiento, ajustó trineos y realizó salidas de aclimatación en medio de tempera-

turas entre $-30\text{ }^{\circ}\text{C}$ y $-40\text{ }^{\circ}\text{C}$, vientos cortantes y cambios bruscos de visibilidad. El aislamiento era total: solo contaban con su entrenamiento y un enlace satelital con el campamento base.

El 14 de noviembre iniciaron la marcha hacia el Polo Sur, despedidos con gran entusiasmo y emoción por miembros del Instituto Antártico Chileno, del Ejército y de la Fuerza Aérea. Desde entonces, la travesía quedaba en manos de la voluntad de los hombres, de la disciplina del grupo y de la firmeza de su objetivo.

El inicio resultó particularmente duro: marchaban sobre los esquíes ocho horas al día y apenas avanzaban diez kilómetros debido al hielo resbaladizo y al peso de los trineos de 150 kilos. El terreno, alterado por el viento, estaba lleno de montículos imprevistos. Al quinto día comprendieron que su ritmo—10 km diarios—era muy inferior a los 25 km planificados, poniendo en riesgo el cumplimiento del objetivo (Guajardo, Quiroz y Maldonado, 1996, p. 152).

La nieve compacta, el viento de frente y la altitud ofrecían resistencia en cada paso. Los trineos se volcaban repetidamente obligando a los hombres a doblar la espalda para poder avanzar y, en un territorio sin mapas confiables ni hitos visuales, el desplazamiento se convertía en un desafío constante.

Poco después de iniciar la marcha, el Grupo de Apoyo en Patriot Hills y la Escuela de Montaña, que monitoreaban la misión, detectaron que los expedicionarios se habían desviado de la ruta trazada hacia el Polo. El uso de la brújula marina, que no consideraba la declinación magnética de la zona, los había arrastrado fuera del curso previsto. Aunque una vez detectado el desvío, los patrulleros lograron encausar el rumbo, habían consumido más combustible y alimentos de lo previsto.

El combustible se transformó en un problema crítico: de un litro diario por persona previsto, debieron usar hasta el triple para descongelar ropa, cocinar y obtener agua. Si continuaban con ese nivel de consumo, con suerte alcanzarían los montes Thiel. Por otro lado, las cocinillas canadienses demostraron ser confiables y las comunicaciones, sostenidas con paneles solares, mantenían el contacto con el Grupo de Apoyo y la Escuela de Montaña, que seguía el avance en un mapa mural.

Las jornadas comenzaban a las 06:00 con desayunos hipercalóricos, desmontaban el campamento, cargaban los trineos y marchaban entre 8 a 10 horas con pausas medidas para hidratarse y comer. El ritmo era invariable: levantarse, marchar, armar campamento y dormir.

Con el correr de los días, el desgaste se hizo sentir con congelaciones superficiales, calambres, fatiga e insomnio. A la exigencia física se sumaba la presión psicológica del aislamiento, el



Expedicionarios en ruta al Polo Sur. Fuente: Museo Escuela de Montaña.



Fuente: Archivo personal del general Mariano Peppi Onetto.

riesgo constante y la monotonía del paisaje, donde solo podían enfrentarse con camaradería y la convicción de estar cumpliendo una misión histórica.

El 23 de noviembre, al décimo día de marcha, las heridas en los pies de dos expedicionarios amenazaron el avance. Gracias al sargento 1° Patricio Moya, enfermero de montaña con más de dos décadas de experiencia, fue posible mantenerlos en ruta mediante curaciones diarias (Guajardo, Quiroz y Maldonado, 1996, p. 153).

Al cumplirse doce días de expedición, se realizó un balance del rendimiento. Los números fueron desalentadores y en el resultado obtenido, pesaban los primeros días de bajo rendimiento y el desvío sufrido: de los 300 kilómetros planificados para esa altura, solo llevaban recorridos 168. Ante esta situación, la decisión fue drástica, ampliar las jornadas de marcha de 8 a 11 horas diarias, aunque suponía un mayor consumo de alimento y combustible, pero era la única forma de acercarse al objetivo de llegar al vuelo de retorno el 15 de enero de 1996.



Fuente: Archivo personal del general Mariano Peppi Onetto.

El mayor Sergio Flores, jefe de patrulla, contaba con la confianza absoluta del grupo: su experiencia en alta montaña —incluyendo formación en la Escuela de Alta Montaña de Jaca en España—, junto a su temple y liderazgo resultaban fundamentales para mantener elevada la moral del grupo.

El avance estaba empezando a mejorar cuando, la noche del 27 al 28 de noviembre, una tormenta los sorprendió: el viento arrancó la antena y quedaron incomunicados por un día, hasta el 29, cuando las condiciones climáticas permitieron reparar la antena y retomar el avance (Guajardo, Quiroz y Maldonado, 1996, p. 153).

El 3 de diciembre, a veinte días de marcha, se confirmó lo que ya intuían: aquel era el verano antártico más duro en una década. La nieve densa, el frío extremo y los trineos pesados hacían cada jornada más exigente. Sin embargo, aun con todas las dificultades, a medida que avanzaban en el recorrido comenzaba a renacer la convicción en el grupo. Asimismo, el 6 de diciembre el sobrevuelo de un Twin Otter, que confirmó su posición cercana a los montes Thiel, renovó los ánimos, pues confirmaba que iban en el camino correcto y con el viento en calma, alcanzaron un rendimiento de 25 km diarios.

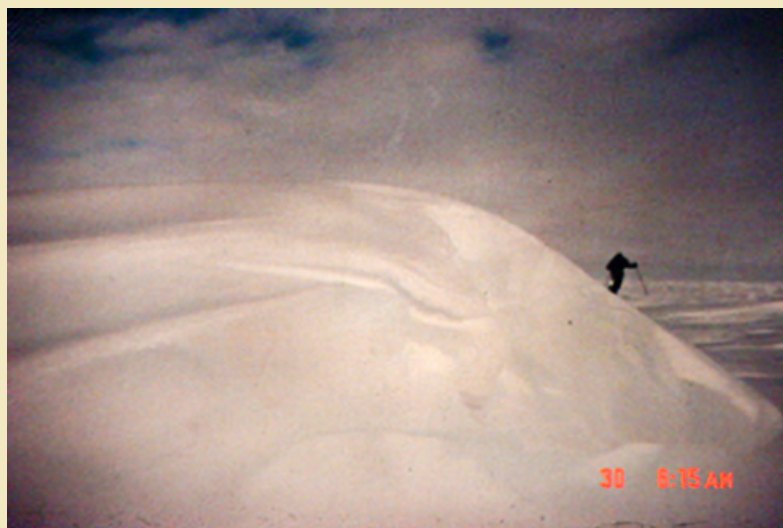
La radio solar era su único contacto con el exterior. Cada noche, a las 21 horas, se comunicaban con Patriot Hills, compartiendo datos y también anécdotas y bromas, gracias al ingenio del

soldado Domingo Maldonado, encargado de comunicaciones y reconocido por su fortaleza y solidaridad; más de alguna vez se le había visto cargar a un compañero o llevar el fusil o la mochila de algún soldado cuando este decaía (Guajardo, Quiroz y Maldonado, 1996, p. 154).

El 14 de diciembre, tras 31 días de marcha, en un día radiante y con plena visibilidad alcanzaron los montes Thiel en el paralelo 85° sur, considerado el objetivo intermedio de la misión. Finalmente, el 22 de diciembre, ingresaron al plateau polar, una planicie blanca e infinita, donde la visibilidad nula convertía cada paso en un ejercicio de voluntad. Allí no había horizonte, ni referencias, solo una extensión interminable de hielo y viento. Al día siguiente, tras haber recorrido 300 kilómetros, enfrentaron una crisis inesperada: se habían agotado los víveres del desayuno. Era una situación alarmante que amenazaba un posible fracaso, ya que surgió la disyuntiva de: ¿aceptar un rescate aéreo, quebrando el principio de autonomía que había dado sentido a la travesía y recurrir al seguro contratado? o bien, optar por el camino más duro y riesgoso: ¿racionar aún más los alimentos, a costa de comprometer su fuerza física y la supervivencia? Optar por esta última alternativa implicaba reducir la dieta de las 5.000 calorías diarias necesarias para sostener el esfuerzo, a apenas 3.000, lo que significaba vivir en el límite del agotamiento.

Tras recibir la noticia, el Grupo de Apoyo contactó a la Escuela de Montaña para informar la situación. A las 03:00 de la mañana el coronel Peppi, quien monitoreaba en todo momento el desarrollo de la expedición, fue alertado sobre la tesitura por el capitán Parra desde Patriot Hills. La reacción fue inmediata: el coronel prontamente comenzó a organizar un envío de víveres de subsistencia, pues lo primero para él, era mantener a salvo a los expedicionarios. Pero antes de ejecutarlo, los expedicionarios comunicaron que habían decidido continuar la marcha y racionar los alimentos. La noticia conmovió profundamente a quienes seguían la travesía y comenzó en la Escuela de Montaña una verdadera vigilia junto a la imagen de la Virgen de las Nieves, donde instructores y soldados se reunían para rezar por la fortaleza de los expedicionarios (Guajardo, Quiroz y Maldonado, 1996).

Se acercaba la Navidad y era un aspecto que preocupaba al jefe de la patrulla, pues sabía que era un punto sensible que podía afectar el ánimo de los patrulleros. Efectivamente, esa noche fue silenciosa y austera, con raciones reducidas a 3.000 calorías diarias. El Año Nuevo resultó aún más sobrio; comida deshidratada y un café irlandés sellaron la jornada antes de retomar la marcha. Ya no quedaban chocolates, azúcar ni carnes; solo



Fuente: Archivo personal del general Mariano Peppi Onetto.

raciones básicas de pan, paté, salchichón, nueces y combustible justo para secar el vestuario y producir agua.

El 2 de enero lograron una de sus mejores jornadas: avanzaron casi 32 km y alcanzaron los 89° 35'. Al día siguiente, el 3 de enero, divisaron a lo lejos la base Amundsen-Scott, la meta estaba cerca. La emoción fue incontenible: se abrazaron, saltaron con los esquís puestos y gritaron “¡Viva Chile!” y “¡Gracias a Dios!”. Sabían que restaban aún 23 km, pero sin dudarlo

emprendieron una última marcha ininterrumpida durante la noche polar. Esa jornada se convirtió en un acto de pura voluntad: recorrieron 47 km en 22 horas, hasta alcanzar el Polo Sur.



Expedición en el Polo Sur ceremonial. Fuente: Archivo personal del general Mariano Peppi Onetto.

El 4 de enero de 1996, a las 15:57 horas de Chile, los tres expedicionarios alcanzaron el Polo Sur geográfico, sin apoyo externo, convirtiéndose en la primera expedición militar iberoamericana en lograrlo. Habían recorrido 1.250 km paso a paso, a 2.900 metros sobre el nivel del mar, enfrentando viento constante y un terreno en ascenso, con la sola fuerza de su voluntad y disciplina. Frente a la base Amundsen-Scott alzaron el pabellón nacional, gesto simbólico que ratificaba la preparación y capacidad profesional del Ejército de Chile (Villalón, 2013, p. 227).

El momento quedó registrado en fotos y transmisiones radiales que llevaron la noticia a todo el país. En la base estadounidense fueron recibidos con afecto, disfrutaron de una primera ducha caliente tras semanas de marcha y se alimentaron en tres turnos seguidos. La revisión médica constató el desgaste: tendinitis, heridas por roce, un diente quebrado y 13 kilos menos en promedio por cada expedicionario.

EL REGRESO AL CONTINENTE

El 4 de enero los expedicionarios abordaron un avión Cessna de A.N.I. que, tras más de cuatro horas de vuelo sobre la desolación helada, los devolvió a Patriot Hills. Allí pudieron comunicarse con sus familias que se encontraban en la Escuela de Montaña y en la Escuela de Telecomunicaciones en Santiago, enviando un mensaje que fue al mismo tiempo parte de éxito y alivio.

El 5 de enero llegaron a Punta Arenas donde fueron recibidos con honores y emoción. Más tarde, en Santiago, fueron reconocidos por el ministro de Defensa, parlamentarios, la Comisión de Defensa, colegios y clubes de montaña (Guajardo *et al.*, 1996; Peppi, 1996). Pero quizá el mayor homenaje no se celebró en lo público, sino en lo íntimo con la satisfacción del

deber cumplido y el orgullo de haber hecho realidad un sueño que parecía imposible.

El Ejército de Chile, el gobierno y la ciudadanía recibieron la noticia con legítimo orgullo. No se trataba solo de una victoria deportiva o simbólica: era una afirmación de soberanía, una muestra concreta de las capacidades operativas del Ejército en condiciones extremas, y un homenaje implícito a todos los exploradores chilenos que, desde el siglo XX, han contribuido al conocimiento y presencia nacional en la Antártica.

LEGADO DE UNA HAZAÑA

La Expedición Cruz del Sur dejó una huella indeleble en la memoria institucional del Ejército de Chile y en la historia antártica nacional. Fue la primera ocasión en que una patrulla militar latinoamericana alcanzó el Polo Sur a pie, sin apoyo externo, en una demostración de autosuficiencia operacional y disciplina comparable solo a las grandes travesías polares del siglo XIX. En una época en que las expediciones tienden a depender de medios tecnológicos avanzados y apoyo logístico externo, esta misión demostró que la preparación física, el liderazgo y el espíritu de cuerpo siguen siendo herramientas esenciales para conquistar lo aparentemente imposible.

Pero más allá del logro histórico, la Expedición Cruz del Sur constituyó un hito formativo para la Escuela de Montaña y una inspiración para nuevas generaciones de militares y civiles. El proyecto permitió fortalecer vínculos con organizaciones científicas, ayudó a optimizar el equipamiento nacional para ambientes extremos y reafirmó el compromiso de Chile con la preservación, investigación y presencia efectiva en el territorio antártico. Fue, en definitiva, una declaración de principios: que el espíritu de exploración y superación personal permanece vivo en el Ejército de Chile. Representó la continuidad de una tradición de exploradores australes y montañistas andinos que, entre la roca, la nieve y el hielo forjaron una identidad militar profundamente ligada al territorio y sus extremos. El legado de estos tres hombres –Flores, Moya y Maldonado– permanece vivo como una enseñanza de valor, humildad ante la naturaleza y compromiso con la patria. DCHEE

ENTREVISTA

Entrevista al General (R) Mariano Peppi Onetto, realizada el 13 de junio de 2025.

BIBLIOGRAFÍA

- Julio Reyes, Humberto. *La especialidad de montaña y las tropas andinas*. Comité de Montaña del Ejército de Chile, 2000.
- Guajardo, Juan, Jorge Quiróz y Domingo Maldonado. "Expedición Militar Cruz del Sur 1995-1996." *III Encuentro de Historiadores Antárticos Latinoamericanos*, (2006), pp. 152-156, Punta Arenas.
- Villalón Rojas, Eduardo. "El Ejército de Chile camino al Polo Sur." *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* 4, N° 3 (2013); pp. 12–33.



Expedicionarios en conferencia de prensa. Fuente: Escuela de Montaña

La heráldica militar: insignias

GUILLERMO O'RYAN MUNDIGO

Coronel de Artillería (R)
Jefe Secc. de Historia y Patrimonio del DCHEE

INTRODUCCIÓN

La heráldica es la disciplina encargada de estudiar, describir y diseñar los escudos de armas. Nació en la Edad Media como una forma de identificar a los caballeros durante los torneos, ya que, al tener la cara cubierta por la celada, los espectadores no podían diferenciarlos. Posteriormente, los símbolos se utilizaron para distinguir a determinadas familias de la nobleza, en una época donde muy pocos sabían escribir. Los escudos, a través de dibujos y colores, expresaban identidad, linaje y virtudes.

La práctica se extendió rápidamente y los escudos comenzaron a representarse en piedra, madera, tela, documentos y cuero. Podían ser pintados o monocromáticos, pero siempre tenían la misma finalidad: identificar a personas o linajes mediante símbolos y atributos de virtudes.

Con el tiempo, la heráldica se aplicó a escudos de países, ciudades y unidades militares. En este último ámbito, los emblemas representan los logros en batalla, el prestigio adquirido por servicios especiales al monarca o, simplemente, su origen y características propias de cada regimiento o batallón.

En el ámbito militar, la heráldica se complementa con disciplinas afines que complementan su lenguaje simbólico. Entre ellas destacan la falerística, ciencia auxiliar de la historia que estudia las medallas y condecoraciones; y la vexilología, dedicada al estudio de banderas, estandartes y pendones, elementos profundamente ligados a la tradición militar.

En Chile, la heráldica militar tiene raíces profundas: ya estaba presente en 1603, con la creación del primer ejército (considerado también el primero de América). En aquella época los ejércitos carecían de uniformes y distintivos, por lo que las unidades se identificaban mediante banderas asociadas a sus comandantes. Cabe hacer presente que en los ejércitos de "las Españas", el único elemento común era el color rojo, que se usaba en pañuelos, plumas del sombrero, una camisa u otra prenda visible. Era costumbre que el capitán general portara una banda roja, tradición que se mantuvo entre los oficiales generales de nuestro país hasta hace menos de una década.

La heráldica militar, como sistema de identificación visual militar, cobró mayor relevancia durante el siglo XVIII, cuando los sol-



"Retrato de Don Alonso de Rivera". Atribuido a Domingo Mesa (1873). Museo Histórico y Nacional.



Reglamento de Vestuario del Ejército (1925).

dados comenzaron a usar uniformes de vivos colores en el campo de batalla. Ello permitió identificar visualmente a las distintas unidades, facilitando el mando y la conducción de la maniobra.

Desde 1810, las primeras unidades organizadas por la Junta de Gobierno contaban con elementos identificatorios de su respectiva Arma, mediante colores e insignias en los morriones y uniformes.

En la actualidad, la heráldica militar continúa utilizando insignias para identificar a las unidades, combinando figuras, números y colores. Forman parte del uniforme de nuestro Ejército en los parches de cuello y distintivo del Arma o servicio en la tenuta de salida (Nº 2), o en el cubrecabeza, parches de armas, especialidades o cursos dentro de la tenuta de instrucción (Nº 4).

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LAS INSIGNIAS MILITARES

Toda insignia militar parte de una regla básica: utilizar símbolos para representar un Arma, servicio o unidad. Por ello, el armamento o equipo en uso queda descartado de cualquier diseño heráldico bien concebido, al igual que las siglas o textos explicativos, que solo se admiten en el caso de lemas o divisas. Una buena insignia debe “hablar por sí misma”, sin necesidad de una explicación escrita.

Armas blancas

El arma blanca es uno de los elementos más tradicionales de la heráldica militar y, como tal, tiene diferentes categorías y significados.

- El sable es empleado principalmente por unidades de Artillería y Caballería, aludiendo a su origen montado.
- La espada representa a la Infantería y a los Ingenieros, ya que es un arma propia del combate a pie.
- El florete identifica a los cuarteles generales, servicios logísticos y administrativos, aludiendo a su carácter más simbólico que funcional al combate.
- La bayoneta y el yatagán (véase sección ¿Sabía Ud. que...?, pág. 86) son las armas por excelencia del soldado de Infantería, cuyas victorias históricas están directamente vinculadas a este tipo de armas. Por lo mismo se trata de un emblema de valentía, fortaleza física y sólida moral. También figuran en divisiones de la Fuerza Terrestre, como símbolo de la acción directa frente al adversario, por ello, su uso en otras unidades se considera inapropiado, pues abandona su significado original, transformándolo en un elemento genérico.
- El machete, empleado por la Artillería, alude a la preparación de las posiciones de fuego y a su defensa inmediata.



Suboficial del Regimiento Cazadores de la Escolta Directorial, 1817. En: EMGE, 1985, Nuestros uniformes, p. 51.



Distintivo del Regimiento Nº 8 Exploradores (1949).



Insignia del arma de Infantería (2002).



Distintivo de las unidades de ingenieros (1949).



Distintivo de la División de Caballería (1939).



Distintivo del Servicio de Material de Guerra (2022).

- El hacha de combate simboliza al Arma de Ingenieros, ya que era utilizada por los zapadores que, en sus orígenes, combatían en primera línea como parte del batallón de Infantería, siendo su principal misión la destrucción de obstáculos.
- El corvo, arma popular de los mineros y peones chilenos, fue incorporada oficialmente al Ejército en la década de 1960, y actualmente es el distintivo de la especialidad secundaria de Comandos. Representa el arrojo y la destreza del soldado, como también las victorias alcanzadas mediante el combate cuerpo a cuerpo.
- La lanza, arma blanca enastada, representa a la Caballería, especialmente a la caballería ligera.

En su representación heráldica, las armas blancas deben seguir ciertas convenciones:

- En Armas y unidades de combate, debe mostrarse desenvainada, en señal de acción, y con la punta hacia arriba, en señal de victoria.
- En unidades sin misión de combate, como los servicios logísticos y administrativos, que no se despliegan físicamente en terreno para ejercer su función de apoyo, el arma se representa envainada, con la empuñadura hacia arriba, expresión de preparación militar permanente, ya sea en niveles directivos o ejecutivos, y en apoyo a la fuerza.

Armas de fuego y proyectiles

Las armas de fuego y proyectiles deben representarse apuntado hacia arriba y su diseño debe ser clásico, preferiblemente en pares para favorecer la simetría. Los fusiles más utilizados son:

- El Mauser modelo 1895, símbolo de la mayor modernización institucional de la historia del Ejército, con la adopción de la doctrina alemana.
- El Comblain modelo 1873, utilizado por la Infantería de línea durante la Guerra del Pacífico.
- El fusil de chispa, de la época de la independencia.

Estas armas se representan sin bayoneta y se emplean generalmente para evocar el origen histórico de la unidad o en homenaje a sus glorias.

Los cañones de Artillería se representan como piezas clásicas de avancarga en bronce, con todos sus elementos esenciales: cascabel, culata, fajas, muñones, caña y brocal.

Las granadas se dividen en dos categorías:

- Granadas de mano, símbolo de las antiguas compañías de granaderos de los batallones de Infantería y, posteriormente, de los granaderos a caballo. Se representan con una flama abundante, muchas veces, mayor que la propia granada.

- Las granadas de Artillería representan el impacto y poder de esta arma. En Chile, se han usado para identificar a unidades de combate de artillería (grupo). Se distingue por el brocal metálico (círculo metálico) entre la granada y la flama, que corresponde al alojamiento de la espoleta (véase Revista de Historia Militar Nº 21, pág. 70). También figura en el distintivo de Servicio de Material de Guerra y en el distintivo de Control de Fuego, usado por el personal que aprueba el Curso Avanzado de Suboficiales, pero con un diseño diferente.



Distintivo boina, Arma de Caballería Blindada (2002).

Las unidades de cohetes o misiles deben representarse con diseños neutros o genéricos: los cohetes con aletas estabilizadoras de cola y los misiles, además, con las aletas auxiliares de ojiva.

La bomba simboliza el proyectil clásico de los morteros, usado por la Artillería entre los siglos XVIII y XIX: una esfera de fierro fundido rellena de pólvora con oído y, alrededor de este, el brocal. Además, se caracterizan por sus asas o argollas de carguío. Las bombas de morteros modernos, con aletas estabilizadoras, pertenecen al ámbito de la Infantería. Se representan hacia arriba cuando aparecen en pares como elemento secundario de un diseño heráldico y apuntando hacia abajo cuando se ocupa como elemento central en el escudo o insignia. Este elemento es empleado generalmente a nivel de compañía.



Insignia 1ª Brigada Acorazada "Coraceros" (2022).

Vehículos

La representación de vehículos en heráldica militar debe limitarse a esquemas genéricos del tipo de vehículo que se desea simbolizar. Su uso se justifica únicamente cuando ese medio constituye el elemento de combate principal de la unidad.

Vestuario y equipo

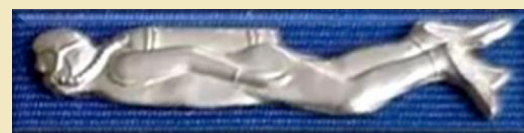
En heráldica, los elementos de vestuario y equipo se restringen, por lo general, a los de protección personal, como el casco para la infantería y la coraza para la caballería (actualmente, Caballería Blindada). Excepcionalmente se usa un cubrecabeza emblemático, como el quepí utilizado durante la Guerra del Pacífico.



Insignia del Regimiento Húsares (2022)

Elementos de la naturaleza

- Humanos. Pueden representar partes del cuerpo humano para expresar una habilidad o característica específica. También se emplean osamentas para representación simbólica (por ejemplo, la muerte).
- Topográficos. Los elementos geográficos más frecuente son montañas, volcanes, peñones y, eventualmente, ríos. Estos elementos se usan para indicar una capacidad o para recordar glorias de antaño. También se usa el orbe para distinguir a unidades o especialidades vinculadas con la geografía.



Distintivo Buzo Táctico (2022).



Insignia 1º Cuerpo de Ejército (1949).



Observador Aéreo de Tiro de Artillería (2022).



Distintivo Batallón de Ferrocarrileros (1939).



Distintivo Tropa de Tren (Acarreo) (1939).

- Climáticos. Los rayos representan el poder destructor que actúa violenta e inadvertidamente con un gran ruido. Las estrellas tienen dos significados: por un lado, representan la bandera y, por ende, la patria; por otro, los cuerpos celestes y constelaciones, asociados a seres mitológicos, leyendas o referencias de orientaciones geográficas.
- Fauna. Es común el uso de animales carnívoros –felinos o aves de presa–, aunque también se emplean especies que destacan por su fuerza, valor o sagacidad.

Los animales pueden representarse de dos formas: solo su cabeza, dibujada normalmente de frente; cuerpo entero, debiendo orientarse hacia la derecha, idealmente de pie en actitud de ataque, con el hocico abierto y las garras visibles. El cóndor, ave nacional de Chile, aparece representado en numerosas insignias, especialmente en las unidades de montaña y de aviación. Además, es empleado en el extremo del asta de la bandera nacional, posado sobre una esfera (bala de cañón) que representa el poder militar de la nación.

Las alas tienen un lugar destacado y varían según su uso, aunque generalmente están asociadas a elementos aéreos o a funciones que representan movilidad y velocidad. Las unidades que emplean aeronaves o para los pilotos, suelen utilizar dos alas. Por su parte, las especialidades que se sirven de medios aéreos como transporte para cumplir su misión, deberían usar solo una. Existen, además, alas para medios ferroviarios y otras relacionadas a unidades de transporte y, por lo tanto, asociadas a un tren (columna) de abastecimiento que cumple su misión con celeridad.

- Flora. Los elementos florales han estado presentes en la heráldica desde sus orígenes. En Chile, se emplean con frecuencia especies nativas tanto en escudos como en condecoraciones, bordados en uniformes y respectivos cubre cabeza. Como norma general, se emplean los laureles y la palma como símbolos de la victoria, el roble para representar la fuerza y resistencia, y el copihue como expresión de la esencia de la nacionalidad chilena.

Elementos arquitectónicos

Las edificaciones de carácter militar, como torres, almenas, puertas reforzadas y troneras, se emplean para representar fuertes, depósitos de armamento o especialidades vinculadas a la ingeniería y construcción militar.

Elementos mecánicos

Durante el siglo XX fue habitual el uso de engranajes, ruedas, motores, radiadores, aspas y otros componentes para simbolizar capacidades mecánicas asociadas a nuevas tecnologías. Estos motivos se vinculan con unidades o especialidades logísticas de fabricación, reparación, transporte y acarreo.

Elementos musicales

El corno es el símbolo tradicional de las unidades de cazadores. En Chile, las bandas de guerra utilizan la corneta, mientras que las bandas instrumentales adoptan la lira, pese a tratarse de un instrumento de cuerdas, ajeno a las bandas militares.

Elementos quiméricos

Las criaturas fantásticas —que combinan partes de diferentes animales— se usan para destacar cualidades o características de unidades según su misión, capacidades o denominación. Entre las más comunes en la heráldica militar se encuentra el dragón, el grifo y el centauro.

Otros elementos

También es posible encontrar símbolos de una actividad o especialización: el libro representa la docencia; la cruz simétrica roja a la enfermería, la cruz azul, la veterinaria; la tea, a la especialidad de inteligencia; el *bulldozer*, a los operadores de maquinaria pesada; los electrones al mecánico de telecomunicaciones y el cuchillo de medialuna es el distintivo de los talabarteros.

Caricaturas

Los dibujos heráldicos modernos surgieron durante la Primera Guerra Mundial, especialmente en los servicios aéreos de los países en conflicto, como medio de identificación de los aviones de combate. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Fuerza Área de Estados Unidos popularizó caricaturas y motivos festivos, sobre todo en los bombarderos, extendiendo luego esta práctica a los uniformes de las tripulaciones.

En Chile, esta tendencia fue adoptada por la Brigada de Aviación del Ejército (BAVE). Actualmente, los parches de las tenidas de servicio y combate lucen coloridas caricaturas alusivas a diferentes unidades y especialidades dentro de la BAVE.

COLORES

El color (esmalte) es un elemento esencial de la heráldica, pues comunica valores y características. Los colores tradicionales, y su respectiva representación, son:

- Rojo (gules): fortaleza, intrepidez, dominio y victoria.
- Negro (sable): prudencia, sabiduría, ciencia, modestia y muerte.
- Azul (azur): justicia, obediencia, inteligencia y lealtad.
- Verde (sinople): respeto, grandeza, servicio y esperanza.

A ellos se suman los metales:

- Amarillo (oro): nobleza, riqueza y caballerosidad.
- Blanco (plata): pureza, hermosura y elocuencia.



Laureles bordados en gorra y uniforme de Oficial General (2022).



Insignia Arsenales de Guerra (1939).



Insignia Regimiento de Caballería Nº 6 "Dragones" (1939).



Nuestros uniformes. p. 241. "Parche de Zapadores". Mejorado con Gemini, versión 3 Flash, Google, 26 nov. 2025, gemini.google.com



Nuestros uniformes. p. 241. "Parche del Regimiento de Artillería Velázquez Nº 5". Mejorado con Gemini, versión 3 Flash, Google, 26 nov. 2025, gemini.google.com



Nuestros uniformes. p. 241. "Parche Regimiento de Caballería Nº 6". Mejorado con Gemini, versión 3 Flash, Google, 26 nov. 2025, gemini.google.com



Nuestros uniformes. p. 241. "Parche Regimiento de Infantería Nº 16 Chiloé". Mejorado con Gemini, versión 3 Flash, Google, 26 nov. 2025, gemini.google.com

Como norma básica, nunca debe aplicarse color sobre color ni metal sobre metal.

Desde su creación, el Ejército de Chile ha empleado ciertos colores para identificar a unidades:

- Rojo para los granaderos de Infantería.
- Verde para los cazadores de Infantería y Caballería.
- Amarillo para los Dragones.

Por otra parte, cabe mencionar que los oficiales de los estados mayores usaban faja blanca, color que aún identifica a la especialidad de Estado Mayor e Ingeniero Politécnico Militar en la cinta de sus medallas.

Durante el siglo XX, con el proceso de modernización según el modelo alemán, se asignaron colores específicos a cada Arma. En el Reglamento de Uniformes para Jefes y Oficiales de Ejército de 1906 se dispuso lo siguiente para los parches de las tenidas:

- Estado Mayor General: paño carmesí y escudos blancos.
- Infantería: paño rojo (en el Reglamento de 1919 aparece con color garance).
- Artillería: terciopelo negro (en 1919, rojo para la artillería de campaña y negro para la de montaña).
- Caballería: paño azul celeste.
- Ingenieros y ferrocarrileros: paño azul Prusia.

El 1972 se publica el último Reglamento de Vestuario y Equipos que contiene información de los colores de Armas y servicios, según el siguiente detalle:

- Infantería: rojo.
- Artillería: negro.
- Caballería: celeste.
- Ingenieros: azul Prusia.
- Telecomunicaciones: blanco.
- Brindados: amarillo oro.
- Servicio de Material de Guerra: verde oliva.
- Transporte: café.
- Servicios (Sanidad, Justicia, Religioso, Banda y otros): gris verde.
- Escuela militar: negro con vivo amarillo.
- Escuela de suboficiales: azul con vivo amarillo.

El equilibrio cromático es fundamental en la composición del uniforme militar. De esta forma, el color de los botones es la guía para insignias, distintivos, medallas, hebillas, chapas, cazoleta del sable y demás elementos metálicos que componen el uniforme, incluidas las hebillas del atalaje y los instrumentos de las bandas. En las unidades montadas, el mandil o cubre silla debe coincidir con el color del uniforme (guerrera), con un vivo grueso del color institucional y el respectivo distintivo de la unidad en el ángulo inferior trasero.

DISCORDANCIAS EN EL DISEÑO DE INSIGNIAS Y OTROS ELEMENTOS DISTINTIVOS

La evolución institucional, impulsada por los avances tecnológicos, ha permitido desarrollar nuevas soluciones tácticas y operativas para el quehacer del Ejército, lo que a su vez conlleva cambios en la estructura orgánica y, en consecuencia, la creación o transformación de unidades. Este proceso suele implicar el diseño de nuevos distintivos o símbolos representativos, parte esencial de la identidad militar.

En esta dinámica, es posible que se produzcan ciertas discrepancias o inconsistencias en los diseños, dado que la heráldica militar chilena se ha sustentado principalmente en la costumbre, careciendo de doctrina escrita plenamente sistematizada. Esta situación la hace susceptible a interpretaciones diversas o a errores formales, especialmente cuando no se consideran los principios heráldicos tradicionales.

Como resultado, algunos distintivos institucionales presentan elementos que no siempre se ajustan con precisión a la misión, origen o jerarquía de la unidad, los cuales, con el paso del tiempo, tienden a consolidarse, dificultando su posterior corrección.

Con la finalidad de preservar la coherencia heráldica y simbólica en el diseño de distintivos, insignias, escudos y otros emblemas militares, el Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército (DCHEE), dependiente del Estado Mayor General del Ejército, cuenta con el personal especializado en

materias heráldicas, quienes conforman el Comité de Heráldica del Ejército. La labor de este comité es asesorar a las unidades institucionales que lo requieran en la creación o actualización de sus símbolos distintivos, velando por su correcta adecuación a la tradición militar y normativa vigente. Para ello, basta establecer contacto a través del canal técnico correspondiente, lo que permite un trabajo colaborativo y orientado a la formulación de propuestas heráldicas correctas, asegurando además su aprobación por parte del jefe del Estado Mayor General del Ejército, autoridad máxima en materias históricas, patrimoniales y culturales dentro de la institución.

CONCLUSIONES

La heráldica militar, expresada en las insignias de Armas, unidades y especialidades, cumple una función esencial al fortalecer la identidad, la cohesión y el sentido de pertenencia, valores fundamentales de toda fuerza militar.

Su diseño, preservación y uso adecuado requiere conocimiento técnico, rigurosidad histórica y profundo respeto por la tradición, del mismo modo que el personal debe comprender y valorar el significado de los símbolos que porta.

Estas insignias, herederas de un pasado glorioso, constituyen los cimientos intangibles de cada unidad militar, reflejando su historial, su espíritu y su vocación de servicio. En ellas se sintetiza el legado y desempeño, proyectando hacia el futuro los principios y valores que han guiado al Ejército de Chile a lo largo de su desarrollo histórico. DCHEE

FUENTES

Reglamento de Vestuario del Ejército, 1906; 1925; 1939; 1949; 1972; 2002; 2022.

BIBLIOGRAFÍA

De Almorza Valenzuela, Francisco Javier. 2009. Manual de heráldica, genealogía y nobiliaria militar. Santiago: Academia de Guerra, División Escuelas, Ejército de Chile.

De Armengol y de Pereyra, Alejandro. 1933. Heráldica. Barcelona: Labor.

Messia de la Cerda -y- Pita, Luis. 1990. Heráldica española: El diseño heráldico. Madrid: Aldaba Ediciones.

Rönnebeck, Harold T. 1985. Banderas: Enciclopedia vexilológica. Asunción: Ministerio de Educación y Culto del Paraguay.

ENTREVISTAS

Entrevista con el brigadier (R) Patricio O’Ryan Munita. Realizada por Guillermo O’Ryan Mundigo, [2025], Santiago.

Entrevista con el teniente coronel (R) Pedro Edo. Hormazábal Espinoza. Realizada por Guillermo O’Ryan Mundigo, [2023], Santiago.

Entrevista con el mayor Rodrigo Arredondo Vicuña. Realizada por Guillermo O’Ryan Mundigo, [2024], Santiago.

Banderas y estandartes de unidades militares chilenas 1843-1892

GUILLERMO O'RYAN MUNDIGO

Coronel de Artillería (R)

Jefe Secc. de Historia y Patrimonio del DCHEE

INTRODUCCIÓN

La bandera está presente en los ejércitos occidentales desde la Edad Media. En aquella época, cuando los señores feudales estaban al mando de tropas, era necesario hacer visible su presencia en una acción de guerra. Esta práctica, originada en la necesidad de identidad y representación, se consolidó durante las cruzadas, afirmando la costumbre de su uso.

En consideración de estos orígenes, las banderas han tenido una doble dimensión. Por un lado, tenían un sentido práctico: permitían identificar a una unidad militar, sirviendo como punto de referencia para que sus integrantes se mantuvieran agrupados y ejecutaran maniobras. Asimismo, indicaba la ubicación del jefe en el campo de batalla. Pero más allá de esta utilidad práctica, la bandera encerraba un profundo valor simbólico que se mantiene hasta el día de hoy: representa la historia, el alma y tradiciones de una unidad; fomentan el sentido de pertenencia y el espíritu de cuerpo, y representan a todos sus integrantes, sin importar el grado, antigüedad o condición de activo o retiro. Para el soldado, la bandera es emblema de la patria y expresión del más alto deber en favor del bien común.

La bandera es la unidad misma, independiente del lugar o la misión que se cumpla. Es historia y tradición vivas; por ello, durante las batallas se le defendía con la vida, ya que su captura representaba un trofeo supremo para el adversario.

En el caso de nuestro Ejército —el primero de América, creado en 1603—, se usaron enseñas españolas hasta 1812, cuando el proceso emancipador dio origen a los primeros símbolos propios. Cabe hacer presente que, durante la mayor parte del siglo XIX, los ejércitos no solían usar las enseñas nacionales, sino enseñas particulares que identificaban a cada unidad. Ejemplo de ello son el diseño de la bandera del Ejército de Los Andes y la bandera empleada por el Ejército Libertador del Perú. Esta práctica se mantuvo durante la Guerra del Pacífico, época en que la enseña nacional solo estaba presente en los cuarteles y buques.



Estandarte del Regimiento Granaderos a Caballo.
En: Museo Histórico y Militar (MHM).

LAS BANDERAS DE BATALLONES Y REGIMIENTOS A PARTIR DE 1843

El título del presente trabajo contiene dos conceptos —banderas y estandartes— que podrían parecer sinónimos, pero que son, en realidad, dos tipos de enseñas militares. Las banderas eran utilizadas por las unidades a pie y son de mayores dimensiones, siendo portada por un abanderado y su escolta. Los estandartes, en cambio, eran empleados por unidades montadas, por lo tanto, eran de menor tamaño y su responsabilidad recae en el porta estandarte de cada unidad.

En la introducción del decreto del 7 de agosto de 1843, que reguló el uso de las enseñas por parte de las unidades del Ejército, se mencionan a los cuerpos de Infantería y Caballería que debían portarlas, tanto de línea como cívicos, pero no se incluye a la Artillería. En esa época, existía un único cuerpo de Artillería, formado por numerosas compañías (baterías) distribuidas a lo largo del país, que cumplían principalmente funciones de defensa de costa en castillos, fuertes y baterías. Por ello, la artillería a pie no requería una bandera, mientras que la artillería de a caballo o escuadrón de artillería, al ser una unidad a nivel compañía era fácilmente identificable y, en consecuencia, tampoco necesitaba estandarte. Recién en el 1858 se organizó el Regimiento de Artillería, a base del Cuerpo de Artillería, incorporándose a un abanderado, aunque sus unidades continuaron dispersas en el territorio nacional.

Colores y diseño

Las disposiciones de 1843 establecieron que las banderas y estandartes de las unidades de línea serían de color rojo, con una estrella bordada en sobrerrelieve con hilo de plata. Alrededor de ella se inscribirían el nombre de la unidad, bordado en hilo de oro para la Infantería y plata para la Caballería.

Las banderas y estandartes de las unidades cívicas debían tener el mismo diseño, pero con paño azul turquí.

Dimensiones

Las banderas debían medir “siete cuartas en cuadro” (1,4 x 1,4 m) con mástil de 8 pies y 6 pulgadas (2,6 m), incluyendo regatón y moharra, esta última con forma de alabarda. La estrella debía tener treinta y dos pulgadas de diámetro (81,28 cm) y las letras en estilo versalilla de 2 pulgadas de alto (5 cm) sin adornos.

Los estandartes, en tanto, debían medir “tres cuartas en cuadro” (60 x 60 cm), con la estrella de trece pulgadas, con ocho líneas de diáme-



Bandera del Batallón Rengo N° 2 (1880). En: Museo Histórico y Militar (MHM).



Bandera del Batallón Movilizado Nº 2 Atacama.



Bandera del Batallón Chillán 8º de Línea. En: Museo Histórico y Militar (MHM).

tro (33 cm) y las letras del mismo estilo y tamaño que las banderas. El decreto no especificaba las dimensiones del asta correspondiente.

Uso y variaciones durante la Guerra del Pacífico

El punto 9º del decreto dispuso que *“los cuerpos de infantería y caballería del ejército i guardias cívicas podrán usar hasta que se les acaben, las banderas i estandartes que actualmente tienen”*. Ello sugiere que ya existían banderas y que el cambio a los nuevos diseños fue paulatino.

Las disposiciones del decreto de 1843 continuaron vigentes durante toda la Guerra Pacífico (1879-1884), tanto para las unidades de línea como para las movilizadas de las tres Armas. No obstante, muchas de las enseñas utilizadas durante la campaña no cumplían estrictamente con las especificaciones reglamentarias.

Entre los ejemplos más notables se pueden mencionar:

- El Regimiento Esmeralda, cuya bandera incorporaba en el centro de la estrella una piedra de esmeralda.
- El Regimiento de Artillería de Marina (Infantería) tenía bordado en sus cuatro extremos el escudo de la unidad.
- El Regimiento de Artillería Nº 1, el Batallón Cívico de Marina (Infantería) y el Batallón Cívico Movilizado Curicó, que reemplazaron la estrella por el escudo nacional bordado en hilo de oro.
- El Batallón Atacama, que usó un género de color morado en vez del azul, por ser lo único disponible al momento de su confección.
- El Batallón Movilizado Bulnes, que sustituyó la estrella por el escudo de Santiago.
- El Batallón Atacama Nº 2, que utilizó la bandera nacional, añadiendo laureles y el nombre de la unidad bordados alrededor de la estrella.
- El Regimiento Cazadores, que bordó nombres de batallas de la independencia.
- El Regimiento Santiago 5º de Línea, cuya enseña difería completamente del diseño original, aunque respetaba los símbolos y nombre de la unidad,
- El Regimiento 4º de Línea bordó una estrella plana con interior fulgurante.

Estas variaciones se debieron a las condiciones para la confección de las enseñas. Cada unidad buscaba la forma de materializar su enseña, en un contexto en el que existía poca disponibilidad de materiales. Además, solían tener un carácter artesanal, puesto que la elaboración en muchas ocasiones estuvo a cargo de mujeres que trabajaban voluntariamente para dotar a las unidades cívicas (locales) de su bandera.

Durante la guerra se consolidó la costumbre de bordar los nombres de las batallas en las banderas de batallones y regimientos, así como la práctica simbólica de bordar una estrella alrededor de cada orificio de bala que impactaba la bandera durante el combate.

Las enseñas tras la Guerra Civil de 1891

Durante la Guerra Civil de 1891, la coexistencia de unidades con igual numeración y/o denominación generó confusión respecto al uso de banderas. Por ello, en 1892, una vez concluido el conflicto, se dispuso que cada batallón o regimiento utilizara la bandera nacional, orden que coincidió con la transformación de las técnicas de combate. Al dejar de utilizarse las formaciones de orden cerrado, la bandera perdió su función práctica como punto de referencia o guía en los cambios de formación y evoluciones que se realizaban antes y durante el combate.

Réplicas de banderas

Más de un siglo después del reemplazo de las banderas rojas y azules, estas regresaron al Ejército mediante Orden de Comando del 25 de noviembre de 1996. Dicho documento dispuso que veinte unidades “gloriosas” —aquellas con participación en hechos de armas— usaran réplicas de sus estandartes históricos en las formaciones en que participara el total de la unidad.

Esta tradición se mantiene hasta hoy, como una forma de representar el orgullo por la historia y la identidad de las unidades que combatieron durante la Guerra del Pacífico.

CONCLUSIONES

En el campo de batalla, las unidades militares necesitaban un elemento de identificación, tanto desde el punto de vista práctico —para marcar su ubicación en el terreno— como simbólico, al representar cohesión, tradición y espíritu de cuerpo. Esta necesidad explica el origen y la permanencia de las enseñas en el ámbito castrense.

En el caso nacional, el decreto de 1843 estableció las normas que uniformaron las banderas y estandartes de unidades militares, los que se utilizaron durante casi medio siglo, incluidas las campañas de la Guerra del Pacífico, acompañando a las unidades victoriosas y a sus soldados. Su uso se interrumpió tras la Guerra Civil de 1891, con la adopción de la bandera nacional como enseña única.

En 1996, como una forma de reconocer la herencia histórica de las unidades gloriosas, se dispuso el uso ceremonial de réplicas de aquellas banderas y estandartes empleados durante la Guerra del Pacífico. Esta práctica se mantiene hasta el presente como símbolo de continuidad, orgullo y respeto por los sacrificios realizados por aquellos soldados que no solo defendieron la patria, sino que la hicieron crecer y afianzaron el prestigio del Ejército de Chile en el ámbito internacional. DCHEE



Oficiales del Regimiento Coquimbo con la bandera de la unidad. Fuente: Bisama, José Antonio. 1909. Album gráfico militar de Chile. Campaña del Pacífico: 1879-1884. Santiago: Universo.

Combate de La Concepción, Louis Boudat Ducollier

La pintura representa uno de los episodios más dramáticos y simbólicos de la Guerra del Pacífico: el Combate de La Concepción, desarrollado el 9 y 10 de julio de 1882 en la sierra central de Perú. La escena plasma uno de los ataques de las fuerzas peruanas contra la guarnición chilena conformada por al 4ª Compañía del Batallón Chacabuco 6º de Línea, destacando tanto la violencia del combate como el aislamiento geográfico que caracterizó este enfrentamiento. La guarnición chilena, al mando del teniente Ignacio Carrera Pinto y compuesta por 77 hombres, fue completamente rodeada por fuerzas enemigas muy superior en número. Los defensores, que rechazaron reiteradamente rendirse, enfrentaron un combate encarnizado que se prolongó por 17 horas, hasta la caída del último soldado chileno.

En cuanto a la composición, la escena está organizada en una amplia perspectiva horizontal, con la plaza del pueblo como escenario del combate. El punto de vista ligeramente elevado permite apreciar simultáneamente la acción de la plaza y los movimientos en altura. Predominan los tonos ocres, blancos, verdes apagados y azulados, que refuerzan el dramatismo, la crudeza y la atmósfera gélida del entorno cordillerano.

El paisaje ocupa una parte sustantiva de la composición y sitúa la acción en el marco geográfico de la sierra peruana. En el fondo, grandes cerros dominan el horizonte. Destaca el cerro central, el más elevado de la escena, conocido como “El León”, por cuyas laderas desciende una larga columna de figuras: corresponde al contingente peruano que se aproxima al pueblo para reforzar el asalto. La iluminación es suave e irregular, con un cielo nublado que transmite la frialdad y tensión propias de la altitud del poblado de La Concepción. La luz tenue acentúa el contraste entre los tonos marrones y ocres de los cerros y el blanco de los edificios del pueblo.

Una parte de la pintura está ocupada por las construcciones de fachada continua que delimitan uno de los costados de la plaza. En el centro se erige la iglesia del pueblo, de estilo neoclásico, con fachada blanca y dos torres campanario simétricas. Su arquitectura sobria y sólida, con muros gruesos y vanos rectangulares, la convierte en un punto visual dominante. A la izquierda de la iglesia se observan dos edificaciones de adobe con techos de tejas rojas. La primera corresponde al edificio del curato, utilizado como cuartel por la guarnición chilena, representado en pleno incendio mientras aún flamea la bandera chilena en su parte frontal. La segunda es una casa de dos pisos con un balcón de madera en planta superior, propiedad de Ambrosio Salazar y Márquez, quien meses antes del combate había sido nombrado por el general Andrés Avelino Cáceres, comandante militar de la plaza de Comas, cargo desde el que organizó las guerrillas y montoneras que operaron en la sierra peruana.

A la derecha de la iglesia, cruzando la calle se aprecia la casa de un presbítero francés residente en el pueblo. Más abajo se observa

una estructura con arcos de piedras, correspondiente a un portal en construcción para el funcionamiento de la feria libre. En su interior se distinguen combatientes peruanos parapetados tras las columnas y tablonés, aprovechando la solidez del edificio como posición de asalto.

En el espacio central está la plaza del pueblo, donde se muestra una acción intensa. Soldados chilenos combaten en las afueras de la entrada principal del cuartel, enfrentándose a fuerzas peruanas compuestas por soldados regulares que avanzan desde el frente —portando bandera peruana— y desde los costados de la plaza. La escena está iluminada por la luz de día y el cuartel aparece en llamas, lo que indica que la escena corresponde a un momento de la mañana del 10 de julio: durante la madrugada, las fuerzas peruanas habían logrado incendiar el edificio —que se extendió hasta el final del combate— para forzar la salida de los chilenos que aún resistían. Tanto en la plaza como en los alrededores de la iglesia, se observan cuerpos de los combatientes caídos, enfatizando la violencia del asalto.

Los uniformes chilenos pueden identificarse claramente: blusa azul, pantalón y quepí rojo. Están armados con fusil Gras con bayoneta, que a esas alturas constituía prácticamente su único recurso, debido al agotamiento de las municiones. Por su parte, los combatientes peruanos están armados con sables y fusiles con bayoneta. Visten indumentarias diversas: algunos llevan uniforme militar de color oscuro, pero la mayoría aparece con ropa civil (sombreros y camisas claras). Esta variedad refleja la presencia de montoneras locales, grupos irregulares formados por habitantes peruanos e indígenas de la sierra que se sumaron al cerco del pueblo en el marco de la campaña de la Sierra.

Datos de la pintura

La obra es de Louis Boudat Ducollier, pintor y fotógrafo de ascendencia francesa nacido en La Habana (Cuba), en donde inició su carrera. Tras un período de trabajo en Estados Unidos y Puerto Rico, se asentó en Iquique durante la década de 1880, ciudad en la que instaló un estudio fotográfico y taller de pintura, destacándose por retratos y fotografías de paisajes. El Combate de La Concepción es la única pintura con temática histórica conocida en Chile atribuida al artista.

La pintura perteneció a la familia Campo Mohr y fue donada al Museo Histórico y Militar por el general Manuel Campo Rencoret en mayo de 1999, con fecha oficial de donación registrada el 10 de julio de ese año. Posteriormente fue restaurada por el personal técnico del MHM. En 2010 se realizaron nuevos tratamientos de conservación del óleo, junto con tratamientos de conservación y restauración del marco (Fuente: Pinacoteca Ejército de Chile. (2021). Combate de La Concepción.)-DCHEE



Conservación de armas blancas antiguas

GUILLERMO O'RYAN MUNDIGO

Coronel de Artillería (R)
Jefe Secc. de Historia y Patrimonio del DCHEE

Las armas blancas constituyen una parte esencial de nuestra historia militar, pues fueron elementos decisivos para la obtención, mediante el combate cuerpo a cuerpo, de nuestras victorias durante el siglo XIX. Hoy continúan presentes como elemento patrimonial, de colección, ceremonial, simbólico y, en ciertos casos, de combate.

Existen diversas categorías de armas blancas; para efectos de este artículo, se catalogarán en cuatro tipos principales:

- Armas cortas: contemplan cuchillos de diferentes categorías y las bayonetas del siglo XX.
- Armas medias: considera a los sables cortos (briquet), bayonetas y yataganes del siglo XIX, además de machetes.
- Armas largas: abarcan sables, espadas, floretes y otras armas similares.
 - Armas enastadas: compuestas de lanzas, alabardas, picas, chuzos, hachas, mazas y otras.



Corvo con empuñadura de secciones de madera y cacho, separadas por anillos de bronce, todo alrededor de una espiga de acero remachado.

Las armas blancas están fabricadas básicamente de acero en sus

diferentes variantes, comple-

mentado con maderas duras, cuero, hueso, polímeros, otros metales como el cobre y aluminio, o aleaciones metálicas, siendo el bronce la más utilizada debido a su resistencia a la herrumbre y sus posibilidades ornamentales mediante diferentes técnicas. Cabe tener presente que, por lo general, las armas blancas poseen vainas tanto para su protección como para su complemento decorativo, pudiendo ser de madera, cuero, acero, polímeros, tela gruesa o una combinación de diferentes materiales.

CONDICIONES PARA EL ALMACENAMIENTO Y EXHIBICIÓN

Al hablar de almacenamiento de un elemento patrimonial, nos referimos a una condición de largo plazo, con riesgo de un deterioro inadvertido producto de las condiciones ambientales,

como humedad relativa (HR), temperatura, presencia de insectos o animales.

La exhibición, por su parte, puede implicar riesgos adicionales, derivados principalmente de la exposición a la luz —especialmente la solar directa (rayos UV) — o la iluminación artificial inadecuada. Otro aspecto que considerar es la manera de exhibir, ya que el contacto de una superficie inadecuada, la sujeción con elementos metálicos y el fácil acceso a la pieza podrían dañar la pátina del arma.

Si bien es cierto que las condiciones ambientales son fundamentales en la conservación de cualquier pieza patrimonial, las armas blancas presentan una complejidad especial, sobre todo cuando son antiguas y tienen componentes metálicos y elementos orgánicos como cuero, madera, hueso y fibras vegetales, que requieren condiciones ambientales distintas, especialmente de humedad. Por ello, la conservación demanda procedimientos de preservación y mantención para cada elemento, a fin de asegurar su estabilidad y prolongar su duración.

El almacenamiento debe realizarse en cajas o en estantes, con las piezas envueltas en Tivek o Etaton, polímeros neutros que no absorben humedad, y correctamente etiquetadas.

En exhibición, el arma debe estar fuera del alcance del público, ya sea en altura o en vitrina con ventilación e iluminación led, evitando luces que generen calor. Los soportes de madera y metal se aíslan de la pieza mediante un elemento inerte entre ambos, que impide el traspaso de humedad o un efecto galvánico que genere deterioro a la pieza.

ELEMENTOS AMBIENTALES

Temperatura: afecta mayormente a los elementos orgánicos. Si es escasa, genera resecamiento y quebraduras (friabilidad), causando un daño irreparable especialmente en el cuero. De lo contrario, si es excesiva, genera biodeterioro producto del crecimiento de hongos y bacterias. También son dañinos los cambios de temperatura violentos y repetidos en ciclos diarios (especialmente por efecto de la calefacción), debido a que genera dilataciones y contracciones en el arma blanca, ya que sus diferentes materiales reaccionan de distintas maneras, causando desgaste en los elementos de menor resistencia, como desvencijamiento en las empuñaduras y componentes de las vainas.

Humedad: la humedad moderada es necesaria para la conservación de los elementos de origen animal y vegetal, pero cuando es excesiva, provoca pudrición debido a la generación de bacterias; cuando es muy baja causa que el cuero y la madera se resquebrajen. Además, la acumulación de partículas de suciedad ambiente absorbe humedad, generando daño al metal.



Sable con empuñadura de madera, forrada en piel de lija (tiburón), afianzada internamente por una espiga de acero y exteriormente por una monterilla de bronce remachada.

Luz solar directa: los rayos UV decoloran cueros, textiles y maderas, como también exceso de temperatura en las piezas expuesta a él, lo que favorece el resecamiento de sus componentes. Este efecto se intensifica si la luz solar es amplificada por vidrios de ventanas y techo.

Roedores e insectos: los componentes de origen orgánico, especialmente los de origen animal, son susceptibles a los roedores y las polillas, así como los de origen vegetal son vulnerables a termitas y carcoma.

PREVENCIÓN DEL DETERIORO DE LAS ARMAS BLANCAS

El metal requiere de ambientes secos, con entre 40 y 50% HR y una temperatura entre 18 y 25 °C para evitar la oxidación. Previamente necesita ser limpiado con agentes desoxidantes, para luego recibir una delgada capa de aceite mineral que lo mantenga aislado del aire, evitando con ello el proceso de oxidación. El aseo es fundamental para evitar la acumulación de polvo y con ello la retención de humedad. Los elementos ornamentales que poseen algunos sables y espadas, como figuras humanas, de animales y florales, deben limpiarse con un cepillo sintético suave y seco para extraer de sus intersticios la suciedad acu-



Corvo con empuñadura de madera, afianzada mediante espiga de acero interior y entre guarda y pomo de acero remachado, con funda y fiador de cuero.

mulada, cuidando evitar la contaminación de otros materiales del arma.

La madera, dependiendo de su origen, necesita temperatura entre 15 y 30 °C y humedad entre 40 y 50% HR. Debe contar con una efectiva protección frente a insectos, especialmente termitas, carcoma y polillas. La madera suele estar protegida por barnices o aceites: los primeros son una protección externa que la defiende de la humedad y los segundos consisten en óleos que penetran las fibras y permiten que la madera “respire”. Ambos productos tienen ventajas y desventajas, pero es fundamental que uno de ellos, idealmente aceite de teca, esté presente en las maderas que se requiere conservar.

El cuero, como elemento orgánico a base de colágeno, necesita un mayor cuidado, especialmente frente al deterioro por resequedad. La temperatura, idealmente, debe mantenerse entre 15 y 21 °C y a una humedad entre 60 y 70%. Los cueros necesitan humectación permanente, para lo cual se les puede aplicar vaselina o Klucel G, previa eliminación del polvo con un trapo de algodón.

El mantenimiento indicado para metales, maderas y cuero se debe realizar cada seis meses, ya sea en condiciones de almacenamiento como de exhibición. Los tratamientos de conservación no pueden ser abrasivos ni emplear químicos; el ideal es emplear elementos naturales y las aplicaciones realizarlas con paño limpio de algodón sin teñir, de uso exclusivo.

La manipulación de estos elementos debe realizarse con guantes de nitrilo, que evitan que la grasitud natural de las manos dañe la superficie del elemento a custodiar.

CONCLUSIONES

Las armas blancas patrimoniales representan un legado histórico en custodia, cuya preservación para futuras generaciones es una responsabilidad de la actual generación.

Su conservación requiere aseo periódico, mantenimiento cada seis meses y un control riguroso de las condiciones ambientales: temperatura entre 16 y 20 °C, una humedad entre 35 a 45 % HR, que estén protegidos de la luz directa del sol y que la iluminación artificial esté entre los rangos de 150 a 200 lux con una radiación inferior a 75 w/lumen. Además, los elementos de limpieza deben ser exclusivos para esta actividad, con la finalidad de no contaminar las piezas.

Solo mediante un manejo cuidadoso y sistemático será posible garantizar que estas piezas –testimonios materiales de nuestra historia militar– se conserven para las futuras generaciones. DCHCE

El monumento al General Manuel Baquedano: historia de un hito urbano

MARÍA PAZ LÓPEZ PARRA

Historiadora DCHEE

Magíster en Historia

El artículo tiene por objetivo ofrecer una perspectiva histórica sobre la creación del monumento al general Manuel Baquedano y la transformación de la plaza que lleva su nombre. A través de un recorrido que abarca desde la planificación inicial de este espacio hasta sus modificaciones contemporáneas, se busca mostrar cómo la figura de Baquedano y el lugar en que estuvo emplazado su monumento se insertan en la historia de Santiago, reflejando los procesos de modernización, expansión y cambio social de la ciudad. Esto permite destacar cómo su presencia en el espacio público respondió a los intereses y reconocimientos de la sociedad de su época, y cómo estos se entrelazan con la evolución urbana y formas de representación de la ciudad.

PLAZA BAQUEDANO ANTES DE BAQUEDANO (1875-1928): LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA CENTRALIDAD URBANA

La actual Plaza Baquedano —que por más de noventa años albergó el monumento al general del mismo nombre— surgió en el marco del ambicioso plan de modernización urbana impulsado por el intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, entre 1872-1875. Originalmente, se pensó como uno de los vértices de su “Camino de Cintura” —una circunvalación proyectada a ordenar el crecimiento de la ciudad—, inaugurándose en 1875 con el nombre de Plaza de La Serena.

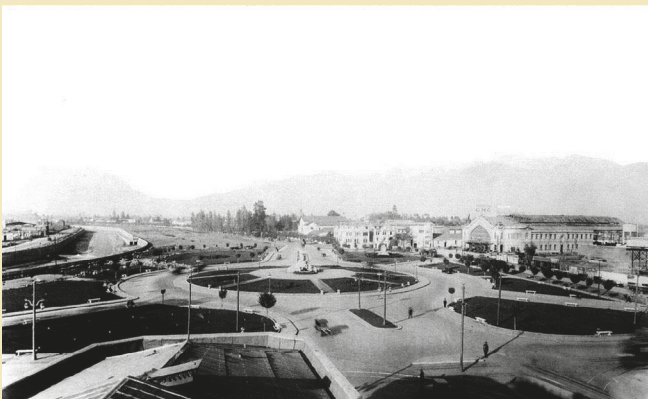
Su denominación cambiaría en las décadas siguientes: en 1892, con motivo del cuarto centenario del arribo de Cristóbal Colón a América, pasó a llamarse Plaza Colón; y en 1910, al instalarse allí el monumento Genio de la Libertad, donado por el gobierno italiano para las celebraciones del centenario de la independencia de Chile, recibió el nombre de Plaza Italia.



Vista de la Plaza Italia hacia el oriente desde la Alameda. Se observan las vías del tranvía aún en construcción. 7 de enero de 1926. Fuente: Grupo Enersis. 2001. Luces de modernidad. Archivo Fotográfico de Chilectra. Santiago: Larreap, p. 66.



Trabajos de adecuación de las líneas del tranvía frente a la estación Pirque (Bustamante con Providencia), en el contexto de remodelación de Plaza Italia, 7 de diciembre de 1927. Fuente: Grupo Enersis. 2001. Luces de modernidad. Archivo Fotográfico de Chilectra. Santiago: Larreap, p. 38.



Plaza Baquedano a fines de la década de 1920 (vista hacia el oriente). Fuente: Lehman, 1982.

Durante sus primeros años de funcionamiento, este espacio reflejó la expansión y modernización de Santiago. La construcción de obras sanitarias, viales y de transportes convirtió a la plaza en un nuevo nodo urbano. Uno de los hitos más significativos fue la inauguración de la Estación de Ferrocarril del Llano del Maipo (estación Pirque) en 1891, que la transformó en un punto de conexión clave para pasajeros y mercancías, al vincularlo con el recorrido de circunvalación de Ferrocarriles del Estado (estación Providencia). Como plantean los historiadores Simón Castillo y Marcelo Mardones, la trayectoria de la plaza evidencia el paso de un “límite territorial” a “un nodo estratégico” de la ciudad (Castillo y Mardones, 2025, p. 57). En otras palabras, un espacio originalmente periférico terminó consolidándose como una nueva centralidad urbana.

En este contexto, el crecimiento de Santiago hacia el oriente planteó tempranamente la necesidad de remodelar el espacio de Plaza Italia. Luego de su inauguración en 1910, surgieron propuestas que coincidían en darle forma de rotonda, con el fin de ordenar el tránsito que confluía desde la Alameda, Vicuña Mackenna y Merced. Sin embargo, los cambios se concretarían recién en la segunda mitad de la década de 1920, cuando el intendente Manuel Salas Rodríguez impulsó un ambicioso plan de reformas urbanas.

En 1927 se prolongó la canalización del río Mapocho desde el sector de Pío Nono hacia el oriente —la primera parte se había iniciado en 1888—, ampliando notablemente su explanada sur. Ese mismo año se convocó un concurso para rediseñar la plaza, que incluía la incorporación del monumento al general Manuel Baquedano, que se encontraba en construcción. El concurso fue adjudicado a los arquitectos Carlos Swinburn y Alberto Velis, cuya propuesta contaba con un prado central de forma circular, emplazado un poco más al oriente respecto al punto original de Plaza Italia, en cuyo centro se ubicaba el nuevo monumento. Además, estaría rodeado por vías de circulación vehicular, complementado con plazoletas laterales “que, además de cortarse para dar paso al eje Alameda Providencia, eran cruzadas en sus diagonales por calles que daban acceso al resto de las Avenidas que confluían en el sector” (Lillo et al., 1997, p. 69).

Según esta descripción, la Plaza Baquedano era un espacio mucho más amplio que el óvalo central del monumento. Sin embargo, las vías para el tránsito vehicular generaban un efecto de división que, con el paso de años y el aumento del tráfico, solo iría acentuando. No obstante, desde el punto de vista arquitectónico, el diseño original de la Plaza Baquedano fue reconocido como un “ejemplo de lo que es un espacio libre con perspectiva”, siendo “la única que merece el calificativo de plaza. Con sus verdes prados, el deslizamiento silencioso de sus lujosos automóviles, las perspecti-

vas de grandes avenidas, y su tela de fondo incomparable de la cordillera, es el panorama más hermoso de Santiago” (Swing, 1929, p. 133).

Al terminar los trabajos de construcción de la plaza, el monumento de la comunidad italiana fue trasladado a una explanada frente de la estación Pirque, lugar donde se mantuvo durante casi seis décadas. Esta permanencia, sumado a la progresiva pérdida de la percepción de los diferentes espacios de la plaza como una unidad, es un factor que puede explicar tanto la pervivencia como la simultaneidad del uso de los nombres Plaza Italia y Plaza Baquedano.

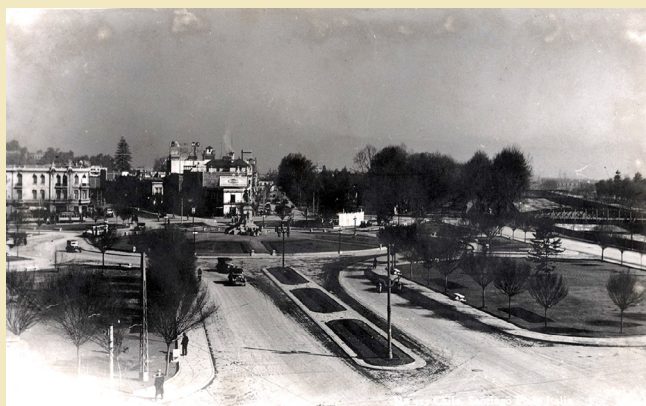
INICIATIVA PÚBLICA DEL MONUMENTO AL GENERAL BAQUEDANO

Para la década de 1920, el recuerdo de la figura del general Manuel Baquedano estaba arraigado en la sociedad chilena, como lo evidencian las numerosas calles que llevaban su nombre en diferentes ciudades del país y los homenajes que se le realizaban en actos cívicos. Su fallecimiento en 1897 causó un profundo impacto en la sociedad capitalina, siendo miles las personas que acompañaron su funeral. En este contexto, el Estado costó la construcción de su mausoleo en el Cementerio General, acción que reflejó un consenso social amplio en torno a su papel histórico.

Estos gestos daban cuenta de una memoria activa y extendida, que expresaba reconocimiento tanto institucional como popular. En este sentido, la iniciativa de levantar un monumento al general Manuel Baquedano se hizo pública en 1922, durante la ceremonia de colocación de la primera piedra del Monumento a los Héroes de La Concepción. En este acto, el jefe del Estado Mayor General del Ejército, general Luis Brieva, expresó ante el presidente Arturo Alessandri Palma que era necesario saldar una deuda con quien había conducido a la victoria chilena en la Guerra del Pacífico. Textualmente, señalaba que, antes de terminar su mandato, tuviera a bien “satisfacer una aspiración nacional: la del alzar en el bronce de los inmortales, la estatua que la patria adeuda al Comandante en Jefe del Ejército, don Manuel Baquedano” (El Mercurio, 8 de junio de 1922).

La petición tuvo una rápida acogida. A las pocas semanas, un decreto supremo organizó una comisión encargada de reunir fondos y dirigir el proyecto. El propio texto legal enfatizaba que el monumento respondía a “una aspiración nacional desde largo tiempo sentida” (Decreto C. Nº 1394, 26 de julio de 1922).

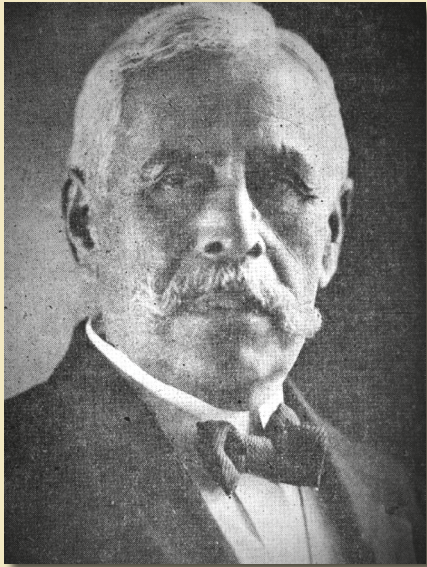
El Congreso Nacional trató el proyecto al año siguiente. En abril de 1923 el Senado lo aprobó sin mayor dificultad, autorizando al Ejecutivo a erigir el monumento mediante



Plaza Baquedano, c. 1950 (vista hacia el poniente). Fuente: Cultura Digital Diego Portales, Fondo Enrique Morra Forraz, FB-005630 (<https://culturadigital.udp.cl/index.php/fotografia/chile-santiago-plaza-italia/>)



Estampilla del Comité Pro Monumento General Baquedano. Donación de 20 centavos.



Virgilio Arias (escultor).
Fuente: Museo Nacional de Bellas Artes.



Juan Guillard (jefe del taller de Fundición de la Escuela de Artes y Oficios).
Fuente: Renacimiento, Nº 19, Santiago, 5 de octubre de 1928, p. 1.

suscripción popular. La Comisión del Gobierno encargada de analizar la propuesta se pronunció en junio en la Cámara de Diputados, destacando que era *“un deber de la República honrar y perpetuar su memoria erigiendo en su honor un monumento en la capital del país”*.

No obstante, la iniciativa quedó en suspenso hasta 1926, cuando la discusión se reanudó en la Cámara de Diputados. Allí se expresaron reparos que son reflejo del clima político y cultural de la época. Algunos parlamentarios consideraban que un monumento personalista era inadecuado, puesto que una sola persona no podía representar al amplio espectro de héroes nacionales. Otros señalaban que estos homenajes reforzaban un perfil bélico de la historia de Chile. Un tercer grupo criticaba el financiamiento, ya que la supuesta “erogación popular” significaba descuentos obligatorios en los sueldos de militares o presionar a escolares para realizar colectas públicas (Acta Sesión 3º extraordinaria, 6 de octubre de 1926).

Pese a estas objeciones, el proyecto fue aprobado por amplia mayoría (59 contra 8). Se introdujo solo una modificación, propuesta por el diputado Enrique Matta Figueroa: que el Consejo de Bellas Artes emitiera un informe sobre el valor artístico de la obra. Con ello quedaron definidos todos los elementos de la ley, promulgada un año y medio más tarde —Ley Nº 4328 del 27 de marzo de 1928, publicada oficialmente el 11 de abril.

Respecto al financiamiento del monumento, cabe mencionar que, pocos días antes, otro decreto había autorizado recursos fiscales para los gastos que demandase su construcción, por un monto superior a los 114 mil pesos (Decreto Nº 712 del 21 de marzo de 1928). No encontramos, de momento, antecedentes que expliquen la asignación de recursos extraordinarios con cargo al presupuesto nacional ni los ítems específicos a los que se destinaron dichos fondos. Sin embargo, existen referencias que indican que la Comisión trabajó en la recaudación de fondos, logrando reunir, ya en 1922 (primer año de su funcionamiento), 80 mil pesos, monto que *“activó los trabajos artísticos en una forma que ha faltado un débil impulso para convertirse en una realidad de justicia histórica”* (Figueroa, 1928, p. 261).

Proceso creativo del monumento: elaboración y simbolismo

El dato anterior coincide con otros antecedentes que indican que el diseño del monumento podría remontarse a 1924 (Lehman, 1982, p. 27), cuando el escultor Virgilio Arias recibió el encargo de estudiar la figura de Baquedano a partir de fotografías y uniformes utilizado por él (Hernández, p. 183). Se decidió representar al general Baquedano en una escultura ecuestre, montando

a su caballo preferido, Diamante, en el instante simbólico de regresar victorioso por la Alameda de Santiago tras la Guerra del Pacífico. (La Nación, 19 de septiembre de 1928, p. 13).

Según el académico Pedro Zamorano, la obra *“fue realizada originalmente en materiales blandos (arcilla), para luego ser escalada a su tamaño definitivo y fundida en bronce”* en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios (EAO). Allí, alumnos y operarios, bajo la supervisión del jefe del Taller de Fundición, Juan Guillard, trabajaban en el vaciado de los moldes. A través de *Renacimiento*, periódico de la EAO, expresaban en noviembre de 1927 el orgullo estudiantil por estar *“dando forma a una obra de arte que, en plazo no lejano, será el más significativo y atrayente adorno de una gran ciudad”* (Renacimiento, 1928, N° 8, p. 2).

La importancia pública que se le atribuía al monumento quedó reflejada durante el proceso de fundición. En abril de 1928, el mismo periódico daba cuenta de la visita del presidente de la república, Carlos Ibáñez del Campo, a la EAO. En la narración se consignaba que el presidente pasó al taller de fundición *“donde se está ejecutando la estatua ecuestre del general Baquedano, que se colocará en la Plaza Italia”* y donde tuvo la oportunidad de ver el trabajo de los fundidores (Renacimiento, 2, N° 8, de 1928, p. 3).

En la inauguración del monumento se destacó que el material utilizado era el denominado “bronce Keller”, proporcionado por las Fábricas y Maestranzas del Ejército a partir de cañones. Esta aleación, muy rica en cobre, con pequeñas proporciones de zinc, plomo y estaños, aseguraba resistencia y estabilidad en el tiempo.

El monumento no fue concebido como una estatua aislada, sino como un conjunto escultórico. Al pie del general se dispusieron dos figuras complementarias: una mujer que sostiene una guirnalda de copihues y un soldado que representaba a todos los combatientes anónimos. A ellos se suman dos relieves en bronce que evocan escenas de la Guerra del Pacífico: la toma del Morro Solar y la carga del Regimiento Granaderos en la batalla de Chorrillos, inspirados, muy probablemente en las pinturas del artista Juan Mochi.

El arquitecto Gustavo García del Postigo, también responsable de la Biblioteca Nacional, diseñó el basamento: un plinto rectangular en piedra verde, sobre una plataforma circular accesible desde cuatro escalinatas. En el lado poniente de la base, bajo la figura de la Gloria, se esculpió la leyenda: *“El pueblo chileno al General Baquedano”*.

El simbolismo del conjunto se explicitó en los discursos inaugurales. La figura femenina fue descrita como encarnación de la *“mujer chilena, bondadosa, esforzada y patriota”*



Equipo de trabajo del taller de fundición EAO, junto a la estatua ecuestre de Baquedano y a las estatuas de la figura de la gloria y el soldado.
 Fuente: Renacimiento, N°19. Santiago, 15 de octubre de 1928, p. 3.



Ceremonia de inauguración. Fuente: La Nación, portada del 19 de septiembre de 1928.



Anverso y reverso de medalla conmemorativa del acto de inauguración del monumento al general Baquedano. Fuente: Colección particular T.cl. (R) Pedro Edo. Hormazábal Espinosa.

[...] agradecida al guerrero bajo cuyas órdenes sus hermanos, sus padres, sus hijos supieron vencer o morir, mujer de raza espartana no se retrae ante su dolor por los ausentes inmolados en aras de la patria idolatrada". El copihue, como flor nacional, se presentaba como una ofrenda genuinamente chilena. El soldado, en tanto, representaba a todos los soldados "dignos todos del bronce de los inmortales, simbolizando al soldado que guardará las espaldas de la patria, en cumplimiento de su deber, pues así lo hemos jurado y lo jurarán en su turno, de generación en generación" (La Nación, *Ibid.*), lo que se refuerza con el fusil gras que porta, arma empleada por los batallones cívicos movilizadas durante la guerra. Finalmente, las escenas escogidas para los relieves de Chorrillos y Miraflores querían destacar la "unión indisoluble que debe reinar entre el Ejército y la Armada Nacional" (Id.).

Así, el monumento al general Baquedano fue mucho más que una estatua ecuestre: se constituyó en un programa simbólico que buscaba condensar en piedra y bronce una memoria heroica de Chile en un punto nodal de la capital.

DEVELACIÓN DEL MONUMENTO

La inauguración de la plaza y la develación del monumento al general Baquedano se llevaron a cabo el 18 de septiembre de 1928, en una ceremonia que combinó solemnidad, espectáculo público y un marcado sentido nacionalista. Asistieron el presidente de la República, ministros de Estado, representantes diplomáticos, autoridades del Ejército y de la Armada, veteranos del 79, además de un masivo público ciudadano.

El acto se organizó como un gran despliegue simbólico. Frente al monumento se formó una guardia de honor de cuatro soldados del Regimiento Cazadores a Caballo —unidad de destinación, por varios años, del general Baquedano—, mientras que a su alrededor estaban los Veteranos del 79, portando los viejos estandartes de la Guerra del Pacífico. Más atrás, formaban las tropas de todos los regimientos de la guarnición con sus bandas de músicos y, a continuación, se ubicaron brigadas de scouts, escuelas públicas, Cruz Roja de las Mujeres de Chile y otras organizaciones civiles, creando un ceremonial que mezclaba memoria militar, escolar y cívica (La Nación, 19 de septiembre de 1928).

La develación estuvo a cargo del coronel Juan Carlos Pérez, presidente de la Comisión y quien había comenzado como secretario desde su organización en 1922. Tras la retirada del velo, se pronunciaron discursos oficiales que exaltaban la figura heroica de Baquedano, mientras un desfile militar impecable recorrió la plaza, consolidando el monumento como símbolo de identidad y orgullo nacional.

TRANSFORMACIONES DE LA PLAZA BAQUEDANO (1928-2025)

El monumento al general Baquedano fue el elemento de continuidad en un espacio que, a lo largo del siglo XX y las primeras décadas del XXI, sufrió múltiples transformaciones.

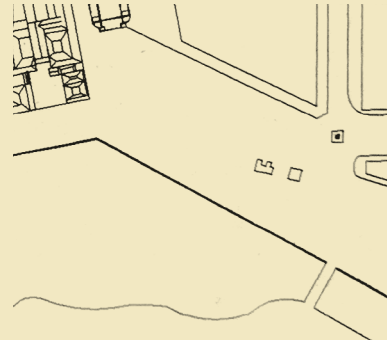
Hacia 1930 se rellenaron los antiguos fosos en las riberas del Mapocho, producto de las canalizaciones realizadas hacia el oriente de la Plaza Baquedano, conectando la plaza con el nuevo parque (actual Parque Balmaceda). Con el crecimiento de la ciudad y los problemas de tránsito, durante la década de 1940 se dismanteló la línea del Ferrocarril de Circunvalación, y en 1945 se demolió la histórica estación Pirque para dar paso a la inauguración del Parque Bustamante.

Los edificios alrededor de la plaza también transformaron su paisaje. Hacia el suroriente se construyeron las torres Turri (1930), uno de los edificios más emblemáticos del sector, que albergaron el Teatro Baquedano; más al oriente, hacia fines del siglo XX, se levantó la Torre Telefónica. Por su parte, en la confluencia de la Alameda y Merced, en 1956 se completó un edificio de 12 pisos, mientras que en 1969 se inició la primera etapa del proyecto CORMU, que dio lugar al edificio Plaza Baquedano, en la esquina de las avenidas Vicuña Mackenna y Alameda.

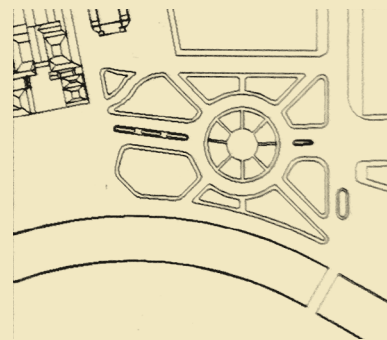
Los cambios más significativos al diseño de la plaza se produjeron con la extensión de la Línea 1 del Metro hacia el oriente, desde la estación Universidad de Chile hasta Salvador, iniciada en 1977. Entre los trabajos, se realizaron los recortes de los bordes sur y norte del prado circular del monumento, a fin de dar mayor fluidez al tránsito, mientras que el Genio de la Libertad se trasladó a su actual ubicación, en un prado del extremo norponiente. En los años 90, la construcción de la Línea 5 implicó la creación de una estación de combinación para el sector, consolidando la plaza como un punto neurálgico del transporte urbano.

Pese a estas transformaciones, Plaza Baquedano se mantuvo como un lugar de confluencia. Más allá de su función vial, los jardines sirvieron como punto de encuentro para vecinos y visitantes, escenario de celebraciones públicas, actos religiosos y protestas. Con el tiempo, sin embargo, el aumento del tráfico y los cambios en las áreas verdes fueron modificando el sentido original de la plaza como espacio abierto y de interacción directa con el monumento, al que se comenzó a contemplar desde la distancia.

A lo largo de siglo XX, el conjunto escultórico propiamente tal tuvo leves modificaciones. En 1931, a los pies del monu-



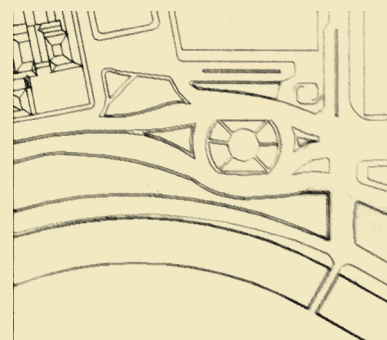
Plaza Italia, 1920.



Plaza Baquedano, 1928.



Plaza Baquedano, 1979.



Plaza Baquedano, 1997.

Fuente: Blanco, Carlos, *et al.* Op. cit.



Vista área de la Plaza Baquedano hacia el oriente (1934). Se aprecia el diseño original de la plaza, con los prados y los árboles originales. A su alrededor se aprecian las torres Turri (que tenían distintas alturas) y la Estación Pirque; al frente de la Estación se ubicaba el Genio de la Libertad. Fuente: Junta de vecinos. 1934. Memorándum sobre Proyecto de Transformación Definitiva. Comuna de Providencia. Obsequio de su Junta de Vecinos. Santiago: Imp. Universo. 1934, p. 3.



La Plaza Baquedano en los años 60. Aún mantiene el diseño original, pero se aprecia el crecimiento de los árboles y la incorporación de flores ornamentales en las diferentes explanadas. También se constata la transformación de las edificaciones circundantes. Fuente: Archivo Enterreno [Diapositiva Riefschneider] <https://www.enterreno.com/moments/baquedano-en-los-anos-60s>. (by-nc)

mento, fue enterrado el cuerpo de un soldado desconocido caído en la batalla de Tacna (26 de mayo de 1880), ampliando el simbolismo del conjunto escultórico. En la placa se inscribió: “Aquí descansa uno de los soldados con que el General Baquedano forjó los triunfos del heroísmo chileno”. En la década de 1940 se instaló, a los pies de la escultura de la mujer, una placa de homenaje con el siguiente mensaje: “Homenaje de la caballería en servicio activo, en retiro y de reserva. 1943” (Voionmaa, 2004, p. 25).

A partir de las manifestaciones sociales iniciadas en octubre del 2019, la Plaza Baquedano adquirió un protagonismo sin precedentes en la memoria urbana reciente, al convertirse en el escenario simbólico de protesta. El monumento al general Baquedano fue objeto de constantes intervenciones –incluyendo rayados e intentos de derribamientos– que atentaron contra su estado de conservación. Con el fin de resguardar su integridad, en marzo de 2021 fue retirado temporalmente, decisión autorizada por el Consejo de Monumentos Nacionales. El proceso de restauración, a cargo de la Fundación Montes y financiado por la Delegación Presidencial, incluyó acciones de limpieza, reparación y refuerzo, específicamente en las patas del caballo. De manera temporal, la estatua ecuestre fue instalada en el patio del Museo Histórico y Militar del Ejército, a la espera de la decisión que disponga su ubicación definitiva.

En este contexto, se anunció el proyecto Nueva Alameda-Providencia, una propuesta de reconfiguración urbana que busca transformar la explanada en un espacio que enfatice el carácter peatonal, con áreas verdes y de encuentro. Esta modificación estructural del espacio incorporaría, de este modo, las huellas de un lugar que, por más de un siglo, condensó la historia de la ciudad. Según las informaciones publicadas, el monumento al general Baquedano volverá a instalarse en el espacio público remodelado, en diálogo con otros monumentos ya existentes en el sector (del presidente José Manuel Balmaceda, Manuel Rodríguez, el Genio de la Libertad y la Fuente Alemana), además del proyecto de monumento a Gabriela Mistral.

Baquedano, monumento y memoria social

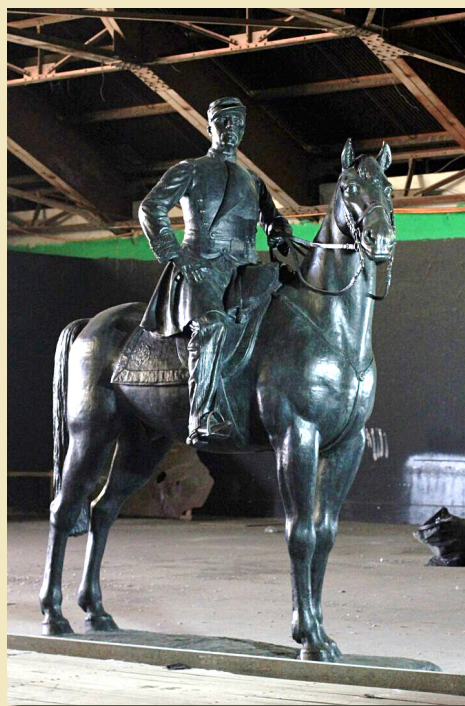
A la luz de estos antecedentes, es importante considerar que la valoración de la figura del general Manuel Baquedano no puede limitarse a los debates actuales sobre su pertinencia en el espacio público. En su tiempo, su recuerdo estuvo profundamente arraigado en la sociedad chilena, teniendo presencia no solo en la memoria de aquellos con quienes habían compartido en las campañas militares, sino que también en el espacio público, tanto por reconocimiento institucional como popular.

El progresivo desvanecimiento de su figura a lo largo del siglo XX responde a un proceso histórico común en la transformación de las memorias nacionales, donde ciertos personajes pierden visibilidad al compás de los cambios sociales y culturales.

Así, cuando en la década de 1920 se planteó públicamente la idea de erigirle un monumento, su imagen seguía presente en la memoria colectiva. Para muchos, aquel monumento no era una expresión elitista, sino la materialización de un sentido homenaje hacia quien había comandado al Ejército en campaña durante buena parte de la Guerra del Pacífico.

En este sentido, la plaza y su monumento trascendieron su condición de símbolo militar o urbano, para convertirse en un espacio que condesó la memoria y vida ciudadana, un punto donde se articularon historia, homenaje y vida cotidiana. Desde su inauguración, el conjunto monumental fue parte de la identidad de Santiago, reflejando cómo los espacios públicos pueden actuar como escenarios de reconocimiento, encuentro y transformación de la memoria social.

·DCHEE



Estatua ecuestre luego del proceso de restauración.
 Fuente: Sitio oficial del Servicio Nacional del Patrimonio.

FUENTES

Actas de sesiones parlamentarias, años 1924, 1926, 1928.

Archivo digital Enterreno.

Diario El Mercurio, año 1928.

Diario La Nación, año 1928.

Periódico Renacimiento [Escuela de Artes y Oficios].

BIBLIOGRAFÍA

Blanco, Carlos; Valiente, Patricio; Salinas, Ignacio & Universidad de Chile. Departamento de Historia y Teoría de la Arquitectura. 1997. *Plaza Baquedano: historia y evolución. Seminario (arquitecto), Universidad de Chile.*

Castillo, Simón y Mardones, Marcelo. "La conformación de Plaza Baquedano como nueva centralidad en Santiago de Chile. Infraestructuras, cambios urbanísticos y modernización, 1890-1945". *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia*, Vol. IX, N°1, (2025): pp. 56-111.

Figueroa, Virgilio. 1928. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile, Tomo II.* Santiago: Bacells & Co.

Hernández Ponce, Roberto. *Los monumentos de Santiago.* Santiago: Universidad Católica de Chile, [s.f.]. 2 v.

Lillo, Constanza; Lagos, Miguel y Miranda, Francisco. 2012. *Plaza Italia / Plaza Baquedano. Memoria y celebración en la ciudad de Santiago.* Santiago: Mosquito Comunicaciones.

Lehman de Izquierdo, Antonia [comp.]; Méndez, Ramón Alfonso. 1982. *La ciudad y sus arquitectos. Concurso de anteproyectos Plaza Baquedano.* Santiago: Ilustre Municipalidad de Providencia.

Noticia: "Virginio Arias: las manos campesinas tras la estatua de Baquedano". *El Mercurio*. 25 de octubre de 2020.

Noticia: "Historias alrededor de la plaza". *El Mercurio*. 20 de marzo de 2021.

Swing. "Faltan espacios libres en Santiago". *Arquitectura y Arte Decorativo* 4 (1929): pp. 132-134.

Voionmaa, Liisa. 2004. *Escultura pública: de los monumentos conmemorativos a la escultura urbana. Santiago, 1792-2004. Guía para el visitante.* Santiago: Ocho Libros Editores.

Galería Histórica



Carga de Caballería, de H. K. Ekwall.

Óleo sobre tela. Pintura de estilo realista, que capta a un escuadrón de caballería. Los jinetes, con uniformes de la década de 1940, armados de carabinas M-1895, sables M-98 y lanzas, con vizcacheras y rollo trasero, galopan levantando una nube de polvo que crea un ambiente brumoso. Los caballos, atalajados con cabezada, pretal y sillas Reinhard, se distinguen por su fuerza y dinamismo; al fondo se observa la cordillera de los Andes, difuminada por la bruma. La paleta de colores es terrosa, dando la sensación de aridez y polvo. La luz proviene de la parte superior, iluminando las figuras en un claroscuro suave. En conjunto, la obra transmite fuerza, determinación y acción militar en un entorno natural y desafiante. La obra es parte de la colección del Círculo de Oficiales en Retiro, Palacio Campino.



Pontoneros, Anónimo

Óleo sobre tela. Se observa a una sección trabajando en un puente de pontones daneses que cruza el río Rahue hacia 1936. La maniobra es la instalación de un medio de paso anfíbio sobre las aguas, que consiste en la ubicación consecutiva de una serie de pontones de orilla a orilla del río, sobre los cuales se ubican travesaños y superficies de madera que permiten el tránsito peatonal o vehicular. Sobre el costado izquierdo de los pontones se distingue el cable fiador, que no solo mantiene la estructura estable y en su sitio, sino que, además, permite inferir la dirección de la corriente. La composición guía la vista en perspectiva hacia el fondo, donde se distinguen dos estructuras de madera con techos rojizos, rodeados de un paisaje brumoso. La paleta de colores es dominada por matices ocres, sienas y grises, que confieren a la obra un aire nostálgico y tranquilo. La obra es parte de la colección del Batallón de Ingenieros N° 4 "Arauco" y se encuentra en dependencias del Cuartel N° 2 del Destacamento de Montaña N° 9 "Arauco", en La Unión. -DCHEE

Héroes del recuerdo



**TENIENTE CORONEL
EMILIO ANINAT**

Ingresó al Ejército en octubre de 1878 como soldado del Batallón 4º de Línea. Alcanzó el grado de sargento 1º en mayo de 1879, mismo año que participó en los bombardeos de Antofagasta (mayo y agosto), en el asalto y toma de Pisagua (1 de noviembre) y en la Batalla de San Francisco (19 de noviembre).

En 1880 ascendió a subteniente abanderado, encontrándose en la Batalla de Tacna (26 de mayo) y en el asalto y toma del Morro de Arica (7 de junio). Durante la Campaña de Lima, combatió en las batallas de Chorrillos y Miraflores (13 y 15 de enero de 1881, respectivamente), siendo ascendido a teniente en junio de ese año. Entre diciembre de 1881 y octubre de 1883, participó en la campaña de la Sierra, integrando la expedición al valle de Cañete y la expedición a la ciudad de Arequipa.

Finalizada la guerra, continuó en el Batallón 4º de Línea. Ascendió a capitán en 1887, a sargento mayor en 1890 y a teniente coronel en febrero de 1891. Tras la derrota de las fuerzas gobiernistas en la Guerra Civil de 1891, fue borrado del escalafón. En marzo de 1895 se le concedió retiro absoluto, reconociéndosele 12 años y 10 meses de servicio.



**TENIENTE
ROBERTO POLHAMMER**

Ingresó al Ejército durante la Guerra del Pacífico, siendo nombrado alférez de la 2ª Compañía del III Escuadrón del Regimiento Granaderos a Caballo, el 1º de abril de 1879, unidad en la que permanecerá durante toda su carrera militar.

Durante 1880 participó en el combate de Los Ángeles (22 de marzo) y en la Batalla de Tacna (26 de mayo). Posteriormente, formó parte de la expedición al mando de Patricio Lynch, desarrollada entre el 4 de septiembre y el 9 de noviembre de 1880, en cuyo contexto tomó parte en las operaciones militares en los departamentos de Piura, Chiclayo, Aneachi, Libertad y la provincia de Camaná.

Durante la campaña de Lima, formó parte de las fuerzas que marcharon de Pisco a Lurín a fines de 1880. Posteriormente, en 1881, se encontró en la Batalla de Chorrillos (13 de enero) y Miraflores (15 de enero). Ascendió a teniente el 20 de junio de ese año, reconociéndosele la antigüedad desde enero de ese año. Permaneció en la misma unidad hasta el 27 de septiembre de 1882, fecha en la que se le concedió la separación absoluta del servicio.



**SARGENTO MAYOR
EDUARDO RAMÍREZ**

Ingresó al Regimiento Buin 1º de Línea como aspirante en mayo de 1879. Participó en la campaña de Tarapacá, encontrándose en el asalto y toma de Pisagua (1 de noviembre) y en la Batalla de San Francisco (19 de noviembre). Durante 1880 participó en la Batalla de Tacna (26 de mayo), en el asalto y toma del Morro de Arica (7 de junio) y en la expedición de Lynch. En enero de 1881 se encontró en las batallas de Chorrillos y Miraflores, ascendiendo a teniente en julio de ese año. Posteriormente, fue parte de la campaña de la Sierra hasta el final de las operaciones en el territorio peruano.

En febrero de 1884 fue destinado a la Asamblea de Santiago, siendo agregado a la Oficina de Tramitación en mayo de ese año. Ascendió a capitán en junio de 1887 y, en diciembre, fue incorporado al Cuerpo de Inválidos de Santiago. En mayo de 1888 fue nombrado ayudante de dicho cuerpo y, en octubre, pasó a desempeñarse nuevamente a la Oficina de Tramitación.

En enero de 1891, en el marco de la Guerra Civil, fue destinado como ayudante de campo de la División Angol, siendo ascendido a sargento mayor de Ejército en agosto de ese año. Finalizada la Guerra Civil de 1891, fue borrado del escalafón, concediéndosele retiro absoluto en abril de 1895.



**TENIENTE CORONEL
FRANCISCO ANTONIO
MACHUCA**

Nació en Ovalle en 1853. Su carrera militar se inició durante la Guerra del Pacífico, al incorporarse como teniente agregado al Batallón Movilizado Coquimbo N° 1 en abril de 1880, unidad en la que permaneció durante todo el conflicto. Participó en la Batalla de Tacna (26 de mayo) y, posteriormente, en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Fue ascendido a capitán en febrero de 1881, grado con el que fue parte de la campaña de la Sierra, participando en diferentes acciones de armas.

Finalizada la guerra, fue destinado en diferentes unidades cívicas del Elqui y de Illapel. En 1889 fue destinado al Batallón Buin N° 1 de Línea, siendo ascendido a sargento mayor de Ejército en julio de 1890.

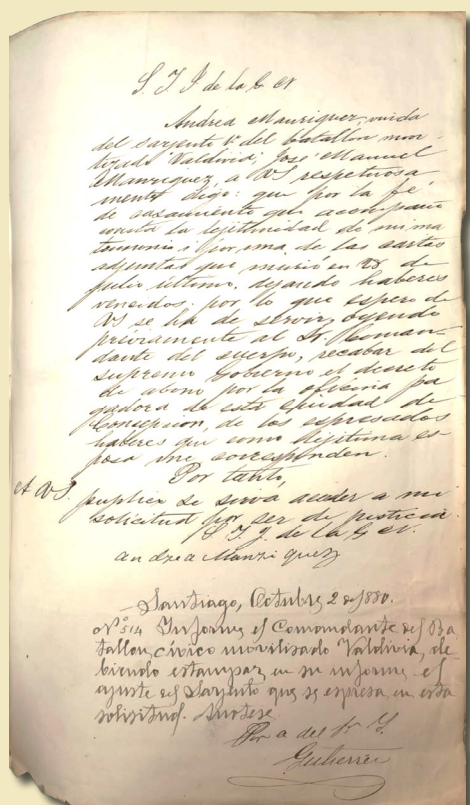
Durante la Guerra Civil de 1891 ascendió a teniente coronel de guardias nacionales movilizadas, siendo nombrado comandante del Batallón Cívico Movilizado "Exploradores del Desierto". Tras la derrota del bando presidencial, fue borrado del escalafón, concediéndole retiro absoluto del Ejército en septiembre de 1895.

Radicado en Viña del Mar, hacia fines de la década de 1920 publicó su monumental obra Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico, una serie de cuatro tomos que ofrecen un detallado recorrido por las operaciones y hechos de armas del conflicto. ·DCHEE

Anunciando la muerte. Comunicación epistolar durante la Guerra del Pacífico

MARÍA PAZ LÓPEZ PARRA

Historiadora DCHCE
Magíster en Historia



Solicitud de Andrea Manríquez por haberes vencidos de su esposo fallecido, 1880.
Fuente: ARGE, Fondo Correspondencia, vol. 249 (Sin foja)

En los últimos años, los estudios sobre la Guerra del Pacífico han revalorizado fuentes documentales no oficiales, como cartas y testimonios personales escritos por los propios combatientes durante y después del conflicto. Este tipo de registros ha permitido iluminar dimensiones de la experiencia bélica que habían sido poco explorados, como la vida cotidiana en los campamentos o las emociones que experimentaban los soldados durante el desarrollo de las campañas militares, permitiendo una comprensión más integral de la guerra como fenómeno histórico, más allá de sus aspectos tácticos y estratégicos.

Específicamente, a partir de la década de 1990 comenzaron a publicarse ediciones y estudios centrados en este tipo de documentación —como los testimonios de Marchant Pereira, las cartas de los hermanos Luis y Patricio Larráin Alcalde o las misivas de Máximo Lira Donoso—, registros que destacan por su prosa cuidada, su estructura clara y el correcto uso del lenguaje, signo del alto nivel educacional de sus autores.

Un aporte significativo a esta línea de investigación es el trabajo de Mauricio Pelayo y Claudio Tapia, publicado con el título “*Cartas desde el campamento: vida y muerte durante la Guerra del Pacífico*”, donde se amplía el espectro de epístolas, al incluir aquellas escritas por combatientes de diversa graduación. Muchas de estas cartas, conservadas en expedientes del fondo del Ministerio de Guerra del Archivo Nacional, fueron escritas con la intención de mantener el vínculo con seres queridos. Sin embargo, su función trascendió lo afectivo: en el contexto posterior a la muerte del remitente, específicamente en los procesos de solicitud de beneficios pecuniarios, ya sea de los haberes impagos o de montepíos, se convirtieron en documentos clave para acreditar relaciones familiares y la participación del autor de la misiva en el conflicto.

En los fondos documentales del Archivo General del Ejército (ARGE) también es posible encontrar este tipo de correspondencia, tanto en expedientes de montepíos y pensión como en la documentación administrativa de unidades. Este último es el caso de las cartas que se presentan a continuación, halladas entre los documentos del Batallón Movilizado “Concepción”.

Más allá de su origen administrativo, estas misivas revelan aspectos íntimos de la experiencia de guerra: la rutina del campamento, las percepciones sobre la campaña, las motivaciones personales y los costos emocionales que le significaban la participación en el conflicto.

LA NOTICIA DE LA MUERTE

Durante la Guerra del Pacífico no existía en el Ejército una oficina centralizada encargada de comunicar oficialmente el fallecimiento de los soldados. En su defecto, eran los propios compañeros o parientes que también se encontraban en campaña quienes asumían la tarea de anunciar la pérdida (Pelayo y Tapia, 2021, p. 80). Este es el contexto de las dos cartas que aquí se transcriben.

Ambas están vinculadas a la muerte de José Manuel Manríquez, sargento 2° de la 1ª Compañía del Batallón Movilizado “Valdivia”, y fueron anexadas a la solicitud de su viuda, quien aparece consignada con el nombre “Andrea Manríquez”. La primera carta, redactada por José Manuel, sirvió para acreditar su vínculo matrimonial y confirmar su pertenencia a la unidad cívica movilizada “Valdivia”. Con un tono fervorosamente patriótico, expresa su vocación de servicio al país en tiempos de guerra y anima a sus cercanos a unirse a la contienda y así “gozar de las glorias de la patria”. Sus palabras dan cuenta de un estado de ánimo esperanzador, fundamentado por los avances de las fuerzas chilenas y por la expectativa de un pronto retorno al hogar. Sin embargo, el destino interrumpió la materialización de ese reencuentro.

La segunda carta fue escrita por el sargento 2° José del Carmen Valenzuela, compañero de armas de Manríquez en el Batallón Movilizado “Valdivia”. A través del envío de la carta cumplía con el compromiso que ambos habían hecho: informar a la familia en caso de que aconteciera la muerte. Sin rodeos, Valenzuela le comunica a la esposa la noticia del fallecimiento e indica las acciones a realizar para solicitar el pago de los haberes correspondientes. Los registros oficiales de la lista de revista de comisario confirman la trayectoria de Valenzuela desde cabo 1° hasta sargento 2°, grado que mantuvo hasta la disolución de la unidad en marzo de 1883.

LAS CARTAS

Carta 1.

José Manuel Manríquez a su esposa. Fecha el 9 de enero de 1880, en el Desierto de Atacama.

¡Viva Chile!!

Gloria a nuestro Ejército en Campaña

“Desierto de Atacama” Enero 9 de 1880.

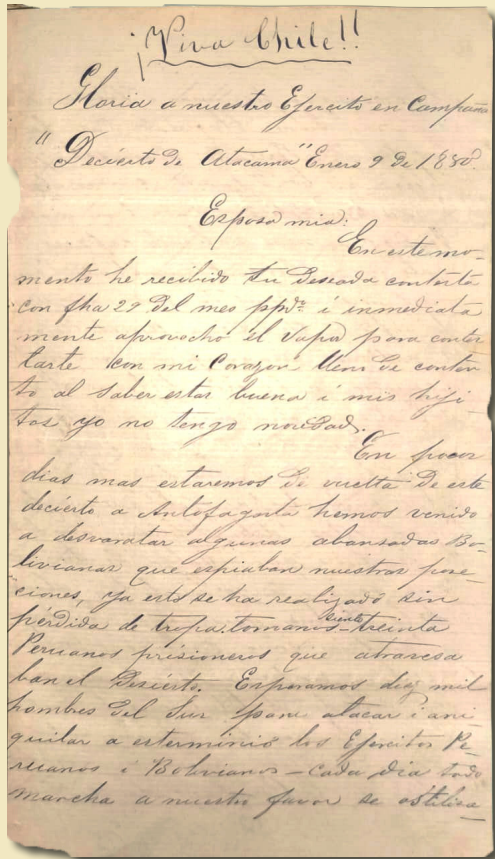
Esposa mia:

En este momento he recibido tu deseada contestación de fha. 19 del mes ppdo. í inmediatamente aprovecho el Vapor para contestarte con mi corazón lleno de contento al saber estar buena i mis hijitos, yo no tengo novedad.

En pocos dias mas estaremos de vuelta de este desierto a Antofagasta hemos venido a desvaratar algunas abansadas Bolivianas que espiaban nuestras posesiones [sic], ya esto se ha realizado sin pérdida de tropa tomamos siento treinta peruanos prisioneros que atravesaban el Desierto. Esperamos diez mil hombres del Sur para atacar i aniquilar a esterminio los Ejércitos Peruano i Bolivianos- Cada día todo marcha a nuestro favor se ostilisa [sic] [vuelta] al enemigo por mar i tierra. La escuadra tiene bloqueado casi todos los puertos peruanos i nosotros por tierra no le dejamos recurso algunos i nuestros soldados cada dia mas instruidos i mas valientes capaces de batirse en toda circunstancia. Tomamos municiones de mas ricas armas de rifletería artillería ametralladores cavallería [sic] magnificas invensible Escuadra i vivires de todas clases- solo el agua es lo único que estrañamos. Casi es probable que venga Pascual i Juvenal como tu me dices pues se necesita mucha tropa ojala que me junten con ellos dile al primo Juan de nuestro comprade que salga de hai i que se venga a gozar de las glorias de la patria que venga a aprender[?] a sufrir como ciudadano activo y venga a empuñar las armas i que si no le des el título de cobarde en circunstancia tan apremiantes i sagradas que venga a acompañarme a la Campaña donde su querida patria lo llama.

Espero en dios querida hijita que la guerra se termine luego para ir a entregarme a tus brazos i contarte cuando he sufrido i sufro no teniendote cerca de mí. Ami hijita que me guarde su manesita i su patita i que se concerbe buena para verla i llevarle algun regalito.

Tus cartas las he recibido todas se me olvidó decirte en la que te escribí con fecha 3 del presente te mando también un papelito como señal que no me olvido de mi hijita. No te aflijo



Primera hoja de la carta de José Manuel Manríquez a su esposa
Fuente: Id.

por mi sufre con paciencia yo quiero que vivas para reunirme a ti. No me atrevo a mandarte dinero porque temo que se pierda estoi biendo el modo de hacerlo pues por jiro postal también es algo difícil por tan larga distancia no pienses por un momento que yo me olvide de ti sos mi esposa i la mujer más querida del mundo para mi. [Vuelta] ruega a tus devotos que me den salud para irme a tu seno i hacerte mil cariños i hacerte ver que en mi penosa i venturosa ausente mi corazón ha sabido acoger el cariño enteramente puro i entrañable que nos une i en señal que es así recibe de mi un beso i un abrazo que esta carta lo lleva de tu.-

Manuel

Cuida mis hijitos y tu conserva tu fiel honradez i formalidades!!
[sic]

(PD) Un fino recuerdo a Dn. R i familia a Aniceto i todos los de la casa.

Pone el sobre a tu carta asi como esta última que en contestes

Batallón Valdivia
Ejército del Norte

No necesita estampado ponle = Correspondencia militar

Carta 2.

José del Carmen Valenzuela a la esposa de José Manuel Manríquez (nombre sin identificar). Fechada el 7 de agosto de 1880 en Ilo.

Ilo Agosto 7 de 1880

Cuan triste me es anunciarle la hora fatal de Mi Compañero José Manuel Manríquez pero yo como estaba comprometido a poner en conocimiento a su familia, cuando nos vinimos a Iquique que nos comprometimos á anunciar a casa el día que muriésemos en la Campaña. Tocó la desgracia que murió el primero ([borrado]) precisamente tenía que cumplir con lo prometido.

La enfermedad fue primera terciana en seguida le resultó una fiebre que la boca se le hizo pedaso: Se fue [sic] al hospital el 2 de julio i murió el 28 del mismo mes asi es que con la espresada fecha se dio de baja, no se con seguridad cuantas son las revistas que tiene en ca[cortado] no bajan de cuatro, asi es que Ud. le puede escribir al comandante del cuerpo a que pertenece;

[vuelta] el nombre del comandante Lucio Martinez valgacé de algun hombre que entienda las cosas; mi Comandante es mui bueno, estoi seguro que no le costará mucho.

Dispence que su nombre no puedo recordar no le escribo mas por que el Vapor ya está de marcha. En otra le anunciaré mas largo.

Disponga de

José del Cam. Valenzuela

Yó soi el que fue asu casa con su Marido, constesteme. -DCHEE

FUENTES

Archivo General del Ejército, Fondo Correspondencia, vol. 249.

BIBLIOGRAFÍA

Claro Tocornal, Regina. "Cartas de don Máximo R. Lira a doña Isabel Errázuriz desde los campamentos chilenos durante la Guerra del Pacífico (1879-1881)". *Historia* 36 (2003): pp. 61-88.

Larraín Mira, Paz. "Dos cartas de soldados chilenos durante la Guerra del Pacífico". *Cuadernos de Historia* 20, (2000): pp. 169-193.

Pelayo, Mauricio y Claudio Tapia. 2021. *Cartas desde el campamento. Vida y muerte durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: LEGATUM Editores.

Orla del Regimiento de Artillería Montado N° 5 Gral. Velásquez



La orla reúne los retratos de 24 oficiales de la unidad para el año 1929, según el siguiente detalle (filas de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha): **1ª fila:** subteniente Óscar Avendaño Sepúlveda (6ª Batería), subteniente Alfredo Carrasco Alvarado (4ª Batería), subteniente Edmundo Dupouy Ortiz (6ª Batería), subteniente Ramón Díaz Araneda (6ª Batería). **2ª fila:** subteniente Leopoldo Hanies Hanies (3ª Batería), capitán Miguel Varas Calvo (6ª Batería), mayor Luis Figueroa Gómez (4ª Batería), capitán Miguel Quezada Calvo (3ª Batería), subteniente Manuel Sotomayor Eberhard (1ª Batería). **3ª fila:** teniente Romeo Barrientos Rosas (1ª Batería), capitán Antonio del Pedregal Herrera (4ª Batería), teniente coronel Régulo Larrañaga Morales (1ª Batería), capitán Lisandro Saavedra Aguirre (1ª Batería), teniente Jorge Armas Cruz (4ª Batería). **4ª fila:** subteniente Orozimbo Barbosa López (6ª Batería), capitán de Veterinario Domingo Bascuñán Sepúlveda (3ª Batería), subteniente Osvaldo Muñoz González, capitán Contador Humberto Valenzuela Carvacho (1ª Batería), subteniente Francisco Armas Cancino (3ª Batería). **5ª fila:** subteniente Julio Quevedo Oddo (1ª Batería), subteniente Jorge Vio Valdivieso (4ª Batería), teniente Alfredo Luco Torrealba (4ª Batería) [sin fotografía], subteniente [cirujano] Carlos Saavedra Aguirre (6ª Batería), subteniente [dentista] Ramón Clavería Cortéz (6ª Batería).

La unidad fue creada mediante Decreto Supremo N° 83 de 16 de enero de 1912, con la denominación de Regimiento de Artillería N° 6 "Velásquez", con asiento en Tacna, guarnición que mantuvo hasta 1926. Ese año se dispuso, por Decreto Supremo N° 1133 de 13 de abril, su traslado a la ciudad de Arica. Durante la década de 1920, el regimiento se transformó en una unidad de artillería montada, cambiando, posteriormente al N° 5. En la ciudad de Arica, se construyó un nuevo cuartel que actualmente es usado por la 4ª Brigada Motorizada "Rancagua". En 1930, la unidad fue reorganizada por Decreto Supremo N° 835 de 19 de marzo. Según lo dispuesto, la Banda Instrumental y una Batería de Combate pasaron a integrar el Grupo de Artillería de Montaña N° 1, con guarnición en Calama., mientras que el resto de la unidad adoptó la denominación de Grupo de Artillería del Regimiento N° 2 "Arica", con guarnición en Antofagasta. DCHEE

Práctica de Tiro del Batallón de Infantería N° 3 “Yungay”, 1905

La fotografía registra una sesión de instrucción y práctica de tiro de una pieza de ametralladora realizada en 1905 por un grupo de soldados del Batallón de Infantería N° 3 Yungay. Captada en terreno abierto, la escena da cuenta del entrenamiento técnico del personal en el manejo de armamento moderno para la época, reflejando el proceso de profesionalización y modernización del Ejército de Chile a principios del siglo XX.

Descripción técnica de la ametralladora

En el centro de la imagen, se observa una ametralladora Maxim modelo 1902, pieza de origen alemán, fabricada en el Arsenal Spandau DWM (Deutsche Waffen und Munitions Fabriken), Berlín. El arma tenía un calibre de 7,92 mm, una cadencia de tiro teórica de 400 a 500 disparos por minuto y un alcance de 1.600 metros. Su alimentación se realizaba mediante cintas de tela con separadores metálicos de 250 cartuchos y sistema de refrigeración por agua. Para la estabilización durante el tiro, la pieza se montaba sobre un afuste de cuatro apoyos.



El servicio de la ametralladora estaba integrado por cinco soldados, además de cuatro conductores y tenedores de caballo, ya que el traslado de la pieza —parcialmente desarmada— se hacía sobre albardones transportados a lomo de caballos.

Este material fue incorporado a las compañías de ametralladoras en la Infantería del Ejército de Chile en 1902, manteniéndose en servicio hasta aproximadamente 1940.

Descripción de la práctica

En primer plano se distinguen oficiales instructores junto a los sirvientes encargados de operar la pieza. Los oficiales de la unidad usan casco pickelhaube, al igual que los soldados. Los oficiales que presencian el tiro (posible revista) usan tenida de servicio con gorra. Dentro del grupo de los oficiales, se encuentra uno que sostiene binoculares, siguiendo con atención la ejecución del tiro.

En el extremo derecho de la imagen se aprecia a uno de los sirvientes junto a las cajas de munición dispuesto en el suelo. Al fondo se distingue la figura de un civil que parece observar el desarrollo del ejercicio militar. Se distingue que los oficiales usan el caso pickelhaube —característico del período de influencia alemana en el Ejército de Chile— con barboquejo de bronce, mientras que los sirvientes lo usan de cuero.



La fotografía pertenece a la colección de fotografías del Archivo General del Ejército (ARGE), donada en formato digital por don Rafael González Amaral. En el repositorio web del ARGE, se puede encontrar con el código F_MHM-RGA093.^{DCHEE}



¿Qué sucedió en 1925?

El Mundo

20 de enero. Se firmó un tratado entre Japón y la Unión Soviética por el que los japoneses retiraron sus tropas de la mitad norte de la isla de Sajalín en favor de la Unión Soviética, a cambio de concesiones económicas (derechos de explotación de recursos naturales en la región). El tratado fue firmado por Lev Mikhailovich Karakhan de la Unión Soviética y Kenkichi Yoshizawa de Japón.



28 de abril. Se inauguró en París la Exposición Internacional de Artes Decorativas e Industrias Modernas, organizada por el gobierno francés para promover un estilo de diseño enteramente moderno. Con más de 15.000 expositores de alrededor de veinte países y más de 16 millones de visitantes en seis meses, el evento impulsó lo que luego sería conocido como estilo Art déco.



17 de mayo. En la Ciudad del Vaticano, el papa Pío XI canonizó a la carmelita francesa Teresa de Lisieux, nacida con el nombre de María Francisca Teresa Martin y conocida más tarde como Santa Teresa del Niño Jesús. Posteriormente, en 1997, fue proclamada Doctora de la Iglesia por el papa Juan Pablo II, título honorífico en reconocimiento por su enseñanza espiritual profunda.



Chile

23 de enero. El entonces presidente de la Junta de Gobierno general Luis Altamirano Talavera, quien había llegado al poder tras el golpe del 11 de septiembre de 1924, fue depuesto tras un golpe de estado y reemplazado por una junta de gobierno cívico militar temporal, presidida por Emilio Bello Codesido y conformada, entre otros, por el general Pedro Pablo Dartnell y el almirante Carlos Ward.



25 de marzo. Retornó desde Europa el presidente Arturo Alessandri Palma, quien fue convocado para restablecer su mandato luego del derrocamiento de la Junta Militar liderada por el coronel Carlos Ibáñez del Campo. Su retorno marcó el inicio del proceso para la redacción y promulgación de una nueva constitución que modernizaría el sistema político chileno.



22 de agosto. Se fundó el Banco Central de Chile. Esta institución, de carácter técnica, autónoma y de rango constitucional, fue dotada de personalidad jurídica y patrimonio propio, con la misión de velar por la estabilidad de la moneda, el régimen de pagos internos y externos en Chile, teniendo para ello diversas atribuciones en materias monetarias, financieras, crediticias y de cambios internacionales.



Ejército de Chile

19 de febrero. Mediante Decreto I.G.E. N° 493 se aprobó el Reglamento Orgánico de la Escuela de Artillería, que fijó sus objetivos, organización, las obligaciones y atribuciones de su personal, además de los requisitos para el desarrollo de los estudios. Meses después, el Decreto N° 1.556 de 14 de mayo, ordenó su traslado desde El Culeñar (Talca) a Linares, donde permanece hasta hoy.



4 de marzo. Se promulgó el Decreto Ley N° 291 que asignó al personal dentista del Ejército el grado de oficiales de sanidad, fijando la planta desde el grado de subteniente al de mayor. Esta norma elevó la condición profesional de los dentistas militares, integrándolos al escalafón oficial y estipulando sus sueldos y escalas jerárquicas.



28 de abril. Por Decreto Supremo N° 1.390, el Departamento del Personal pasó a depender de la Inspección General del Ejército. Hasta ese entonces, y desde su fundación, había dependido del Ministerio de la Guerra. Esta reorganización institucional buscó centralizar la administración del personal militar bajo mando operativo directo.



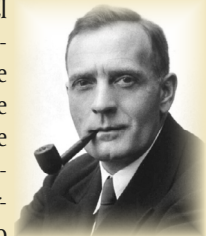
17 de junio. Fue suscrito en Ginebra el Protocolo de Ginebra, oficialmente llamado Protocolo relativo a la prohibición del empleo en la guerra de gases asfixiantes o tóxicos o similares y de medios bacteriológicos. Este tratado internacional prohibió en los conflictos armados internacionales el uso de armas químicas y biológicas, en respuesta a los horrores de la Primera Guerra Mundial (1914-1918).



18 de octubre. En el sector de Demir Kapia (frontera entre Grecia y Bulgaria) se produjo el conocido Incidente de Pétrich, también llamado Guerra del Perro Extraviado. Según los relatos, un soldado griego, al perseguir a su perro que había cruzado a territorio búlgaro, fue abatido por centinelas búlgaros. A raíz de ello, Grecia invadió brevemente la ciudad búlgara de Pétrich.



23 de noviembre. El astrónomo estadounidense Edwin Hubble demostró, mediante sus observaciones, que la nebulosa de Andrómeda no era una formación gaseosa dentro de nuestra galaxia, sino que formaba parte de otra galaxia fuera de la Vía Láctea. Este hito cambió radicalmente la concepción del universo al demostrar que existen múltiples galaxias, y marcó el inicio de la astronomía extragaláctica.



18 de septiembre. Se promulgó la Constitución Política de la República de Chile, conocida como la Constitución de 1925, que reemplazó la Carta de 1833 y puso fin al régimen parlamentario. Esta nueva Constitución fortaleció el poder Ejecutivo, estableció la separación entre Iglesia y Estado y consolidó derechos sociales, marcando un hito en la institucionalidad chilena. Estuvo vigente hasta 1980.



17 de octubre. Se promulgó el Decreto Ley Nº 651 que creó el Consejo de Monumentos Nacionales como organismo técnico del Estado chileno encargado de la protección del patrimonio monumental. Esta institución recibió atribuciones para registrar, conservar y expropiar edificios, ruinas y objetos históricos, sentando las bases de la política de patrimonio en Chile.



24 de octubre. Se realizó la primera elección presidencial de voto directo, consagrada por la Constitución de 1925. En ella resultó electo el candidato de consenso, don Emiliano Figueroa Larraín, iniciándose un nuevo ciclo político. Su mandato comenzó el 23 de diciembre de 1925 y se extendió hasta el 9 de mayo de 1927.



10 de septiembre. Con motivo de la visita del Príncipe Eduardo de Gales al país —quien llegó tras cruzar la cordillera en tren— el Regimiento de Infantería Nº 3 “Yungay” se trasladó a la ciudad de Santiago para participar de una revista militar en su honor. Este despliegue simbolizó la importancia diplomática de la visita.



17 de octubre. Se creó el Destacamento Magallanes, siendo su primer comandante el coronel Javier Palacios Hurtado, quien más tarde sería intendente de Magallanes. Esta nueva unidad militar fortaleció presencia del Estado en la zona austral y constituyó un paso en el despliegue regional del Ejército.



24 de diciembre. Por el Decreto Ley Nº 807 se estableció que todo el personal del Ejército, de Carabineros y de la Policía, tenía la obligación, a partir del 1 de enero de 1926, de tener un seguro de vida que podía ser contratado en una entidad mutualista, incluyendo expresamente la “Sección Seguro de Vida del Club Militar”. .DCHEE



¿Sabía Ud. que...?

Expedición militar al Río de La Plata.

La primera expedición militar chilena en apoyo a las Provincias Unidas del Río de La Plata cruzó la cordillera en 1811, durante la Patria Vieja. Fue dirigida por el coronel Andrés de Alcázar, partiendo desde Valparaíso a Buenos Aires el 5 de abril, en respuesta a la amenaza española contra la naciente república trasandina. Su regreso ocurrió dos años después, al estallar la invasión del brigadier Pareja en Chile.



¿Cinturón o fornitura? Ambos elementos difieren en su uso. El cinturón integra la tenida y puede ir oculto o a la vista, pero sin portar accesorios, salvo en ocasiones con tiros de sable. La fornitura, en cambio, se lleva siempre visible y está destinada a portar accesorios militares como cartucheras, tahalí, caramayola (cantimplora) u otros de campaña. Por su funcionalidad, se usaba diariamente, tanto dentro como fuera del cuartel.



Cadetes en los cuerpos del Ejército.

Durante las pausas de funcionamiento de la Academia Militar, los futuros oficiales se formaban en los cuerpos del Ejército. Se autorizaba un cadete por compañía, quien era instruido durante dos años por un oficial destacado, rindiendo luego un examen sobre los deberes de soldados, cabos, sargentos y subtenientes. Durante este proceso usaban uniforme de soldado, distinguiéndose por un cordón blanco en el hombro izquierdo, símbolo que los identificaba durante su período de formación.



Granada vertical y horizontal de los grupos de artillería.

A principios del siglo XX, la artillería de campaña se dividió en artillería montada, destinada a apoyar divisiones de Infantería, y artillería a caballo, encuadrada en las divisiones de Caballería. Para diferenciarlas, los grupos montados adoptaron como insignia una granada vertical con flama redondeada, mientras que los grupos a caballo usaban una granada horizontal con flama alargada. Esta simbología se mantiene hasta la actualidad, constituyéndose en una tradición dentro del Arma de Artillería.



Bandas de guerra. La estructura actual de la banda de guerra tiene su origen en el batallón de Infantería del siglo XIX. Cada compañía de granaderos y fusileros contaba con tambores y pitos para transmitir órdenes, mientras que la compañía de cazadores usaba cornetas. En la plana mayor del batallón figuraba el tambor mayor, quien tomaba el mando de los músicos de las compañías en contexto de combate o marcha del batallón completo.



¿Yatagán o bayoneta? La diferencia técnica entre yatagán y bayoneta radica en el diseño de la hoja. La bayoneta, usada desde la creación del Ejército, tiene hoja recta y servía para acoplarse al fusil, ampliando su capacidad ofensiva. El yatagán, en cambio, se caracterizaba por su hoja de filo cóncavo y convexo, moda militar del siglo XIX. Su ejemplar más representativo fue el yatagán del fusil Comblain, utilizado por las tropas chilenas durante la Guerra del Pacífico.



Banderas y estandartes. Las enseñas militares se dividen en banderas, destinadas a las unidades de origen a pie, y estandartes, usados por unidades montadas. Las banderas poseen mayores dimensiones, pues los estandartes debían ser manejados a caballo. Entre 1843 y 1891, las banderas eran rojas para unidades de línea y azules para las movilizadas. Posteriormente, ambos tipos de enseña adoptaron el diseño de la bandera nacional, distinción que se mantiene vigente hasta nuestros días.



Sables y espadas. Aunque suelen confundirse, espada y sable presentan diferencias. La espada es de hoja recta y doble filo, diseñada principalmente para su empleo mediante la estocada de punta. El sable, en cambio, tiene hoja curva y solo un filo. Aunque existen algunos sables de hoja recta para caballería pesada, se diferencian por tener solo un filo y un lomo que le otorga resistencia para soportar los fuertes golpes del combate. DCHBE



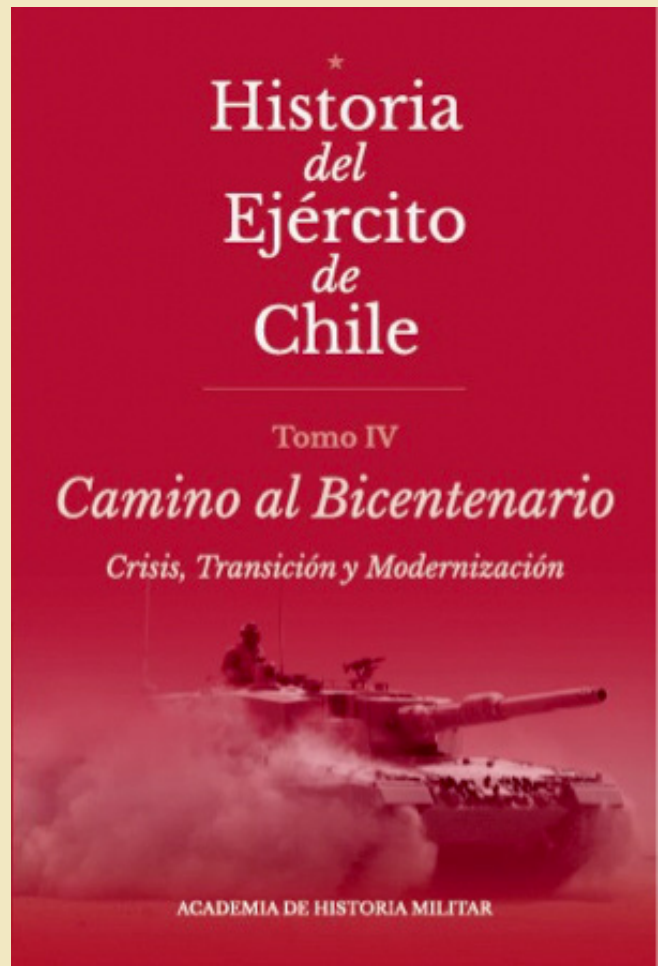
Historia del Ejército de Chile. Tomo IV: “Camino al Bicentenario. Crisis, transición y modernización”

AUTOR: Academia de Historia Militar
 EDITORIAL: Academia de Historia Militar.
 AÑO: 2025
 PÁGINAS: 722
 ISBN: 978-956-8989-33-0

El tomo IV de la Historia del Ejército de Chile constituye el cierre de la segunda edición de la obra homónima, cuyo proyecto de actualización responde a una necesidad largamente identificada por la Academia de Historia Militar. La edición original, publicada en 1985 y organizada en diez volúmenes, tuvo una circulación acotada, debido a la ausencia de reimpressiones y a su voluminoso formato. Casi cuatro décadas después, el avance de la investigación histórica, la revisión crítica de las fuentes y la ampliación del horizonte temporal impulsaron una renovación profunda, tanto en contenido como en estructura. El resultado de este esfuerzo editorial, que se extendió por casi cinco años, es una obra más accesible y actualizada y capaz de dialogar con un público más amplio, dentro y fuera de la institución.

Este Tomo IV se inscribe, por tanto, en un proyecto mayor de recuperación, actualización y difusión de la historia militar de Chile. La iniciativa busca poner a disposición de investigadores, docentes, estudiantes y ciudadanía una síntesis sistemática de la trayectoria histórica del Ejército, permitiendo comprender su papel en el devenir nacional desde una perspectiva integradora y actualizada. Especialmente, este volumen destaca por ocuparse de un período particularmente delicado y complejo de la historia reciente del país, donde las tensiones sociopolíticas, las crisis institucionales y los procesos de modernización redefinieron profundamente el vínculo entre el Ejército, el Estado y la sociedad chilena.

El tomo aborda la evolución orgánica, tecnológica e institucional del Ejército entre 1958 y 2010, un período que no fue incluida en la edición de 1985. Como se señala en su pre-



sentación, el desafío mayor fue el abordaje de más de medio siglo marcado por “*enormes convulsiones sociales, del eclipse y restauración de la democracia y de agudas crisis vecinales, en todo lo cual le cupo al Ejército un papel relevante*” (p. 18). Frente a este reto, la estructura del volumen se organiza en torno a tres grandes ejes analíticos –crisis, transición y modernización–, que permiten comprender la complejidad del período, articulando procesos políticos, transformaciones internas y dinámicas regionales.

La primera parte, “Del desinterés por la defensa a la crisis política. 1958-1973”, examina el contexto nacional e internacional que desembocó en la intervención militar del 11 de septiembre de 1973. El texto revisa el impacto de la Guerra Fría en Chile, ya perceptible a fines de la década de 1950, y

la creciente influencia geopolítica y doctrinaria de Estados Unidos en las Fuerzas Armadas. La erosión progresiva de la convivencia política, el agudo clima de polarización y la instrumentalización de las instituciones de defensa se analizan como factores que tensionaron al Ejército. De esta manera, estructura un diagnóstico que entrega una visión sobre el proceso desencadenante de la crisis institucional de 1973.

La segunda sección “El Ejército durante el Gobierno Militar. 1973-1990”, aborda tanto la participación del Ejército en el gobierno como los desafíos estratégicos enfrentados durante el período. Entre ellos destacan las crisis limítrofes con Perú en 1973 y con Argentina en 1978, en un escenario regional marcado por la desconfianza y las tensiones políticas. En esta sección también se describen los cambios internos, doctrinarios y organizacionales que caracterizaron esta etapa, siempre desde la óptica de la historia institucional.

En la tercera parte, “El Ejército en la transición política 1990-1998”, la obra recorre los complejos equilibrios del proceso de transición política chilena. Desde la perspectiva militar, se examinan las tensiones y desafíos que acompañaron los primeros años de transición, así como la decisión institucional de contribuir activamente a la normalización política del país. Se destacan iniciativas orientadas a la cohesión social y la reconstrucción de las relaciones cívico-militares en un clima todavía marcado por las divisiones heredadas del período anterior. Este proceso no estuvo

exento de dificultades, y el texto retrata los avances, tensiones y retrocesos.

Finalmente, la cuarta parte, “La modernización y transformación. 1998-2010”, documenta el profundo proceso de cambio institucional emprendido por el Ejército hacia fines del siglo XX. La modernización orgánica, doctrinaria y tecnológica se presenta como un esfuerzo sostenido, respaldado por las autoridades políticas, que redefinió la organización y capacidades de la institución de cara a los desafíos del siglo XXI. Este capítulo permite comprender las decisiones, dinámicas y capacidades con las que el Ejército construyó un modelo profesional y operativo acorde con los estándares internacionales contemporáneos.

En conjunto, este tomo no solo actualiza y amplía la historia institucional del Ejército de Chile, sino que también ofrece una mirada contextualizada sobre un período particularmente sensible. Su mayor valor reside en su capacidad para abordar los años de crisis, transición y modernización sin eludir la complejidad ni simplificar los procesos. De esta forma, el tomo IV invita a comprender la historia del Ejército como parte inseparable de la historia política y social de Chile. Al cerrar la segunda edición de esta obra, el lector no solo accede a una síntesis historiográfica renovada, sino también a una herramienta para dialogar críticamente con el pasado reciente y proyectar los desafíos del futuro institucional. DCHEE

Publicaciones militares

DESTACADO

Las armas del Ejército de Chile (1810-2020). Patricio Mericq. 2024. Editorial Traviaras. ISBN: 978-956-6211-17-4

En este texto se describen las armas que ha utilizado el Ejército de Chile a través de su historia, a la luz de la evidencia expuesta en los documentos y referencias pesquisadas, cuidando mantener la rigurosidad histórica que dicha tarea amerita, y que los documentos permitan extraer.

Es un libro a color que considera fotografías de las armas que se describen, las cuales en su mayoría fueron tomadas por el autor en las visitas realizadas a unidades del Ejército de Chile, Arsenales de Guerra, museos y otras fuentes de interés de carácter nacional y en su estado de conservación actual.

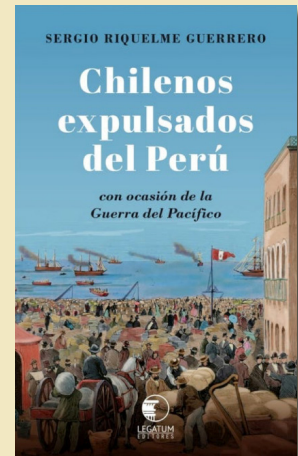


DESTACADO

Chilenos Expulsados del Perú. Sergio Riquelme Guerrero. 2025. Editorial: Legatum. ISBN: 978-956-924-249-6

Para la segunda mitad del siglo XIX miles habían sido los chilenos que migraron al Perú en busca de mejores oportunidades, estableciéndose principalmente en Tarapacá, Arica, Moquegua y Lima, dedicándose sobre todo en la construcción de ferrocarriles y en las salitreras. Al inicio de la Guerra del Pacífico, el gobierno de Mariano Ignacio Prado forzó a estos chilenos a regresar a Chile llevando consigo solo lo que pudieron cargar, provocando que se agolparan en los puertos peruanos en espera de un cupo en alguna embarcación para viajar al sur, mientras almas caritativas les proveían de alimentos.

La expulsión de chilenos del Perú es un episodio dramático de la Guerra del Pacífico, escasamente reseñado tanto por los historiadores contemporáneos al conflicto como aquellos que desde el presente han abordado este hecho bélico



DESTACADO

Don Juan O'Brien. Un aventurero irlandés en la Sudamérica del siglo XIX. Tim Fanning, 2021, Ediciones UC. ISBN: 978-956-1427-70-9

Juan O'Brien fue un irlandés que cruzó a América con el objetivo de ganar dinero con el comercio textil. Durante el periplo por estas tierras, O'Brien se sumó a los esfuerzos de las luchas independentistas, llegando incluso a colaborar con San Martín, O'Higgins y otros próceres.

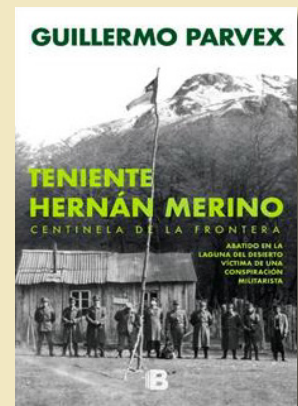
Este primer estudio sobre su historia cuenta ágilmente los momentos y anécdotas que marcaron su vida.



DESTACADO

El Teniente Hernán Merino. Centinela de la Frontera. Guillermo Parvex. 2024. Editorial: Ediciones B. ISBN: 978-956-6355-28-1

Una de las disputas territoriales más significativas entre Chile y Argentina ha sido la suscitada por Laguna del Desierto. Este libro se adentra en la complejidad de esta discordia, explorando no solo los eventos que la definieron, sino también las historias humanas de aquellos carabineros que resguardaron esta tierra. Así, la figura del teniente de Carabineros Hernán Merino Correa emerge con fuerza. Mártir de una conspiración política, sacrificó su vida en un enfrentamiento desigual para defender la soberanía chilena. Este libro rinde homenaje a su valentía y al sacrificio de todos aquellos que, con su dedicación, escribieron esta página de nuestra historia. -DCHEE



Actividades culturales del Ejército 2025

Participación del Ejército en el “Día de los Patrimonios 2025: la fiesta cultural de Chile”



Durante el sábado 24 y domingo 25 de mayo, se conmemoró una nueva versión del Día de los Patrimonios, celebración ciudadana anual organizada por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, y en la que el Ejército de Chile estuvo presente, abriendo las puertas de 27 instalaciones con importancia histórica para nuestro país.

La participación ciudadana en las actividades desarrolladas por el Ejército fue masiva, contabilizándose un total de 67.692 visitas para ambas jornadas (37.415 para el sábado y 30.277 para el domingo), lo que implicó un aumento del 43,5% respecto al año 2024. Vale destacar la importancia de estas actividades, que buscan acercar al Ejército con la comunidad, a través de la difusión de las dimensiones propias del patrimonio y profesión militar, así como del quehacer institucional.

Renovación de la Muestra de la Sala de Exhibición del DCHEE

El día 2 de julio se inauguró la renovada muestra de la Sala de Exhibición del Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército (DCHEE), en una ceremonia que contó con la presencia de público y autoridades. La exposición propone un recorrido por algunos de los momentos más emblemáticos de la historia nacional y militar, a través de documentos originales que abarcan desde la Independencia hasta finales del siglo XIX.

El visitante podrá acercarse a piezas que ilustran episodios como la Guerra de la Confederación y la Guerra del Pacífico, además de registros que destacan la participación femenina en conflictos armados. Entre los materiales expuestos se encuentran listas de revista de comisario, correspondencia personal, información biográfica de héroes nacionales, periódicos de época y expedientes que evidencian el rol de las mujeres en la guerra.

La iniciativa se hizo posible gracias a la colaboración del Museo Histórico Nacional, que donó vitrinas para la adecuada conservación y exhibición de documentos de alto valor patrimonial. En la ocasión, se anunció la adjudicación del Fondo de Mejoramiento Integral de Museos, lo que permitirá fortalecer



la capacidad expositiva de la sala mediante nuevas medidas de conservación y protección del acervo.

Con esta renovación, el DCHEE refuerza su compromiso con la preservación de la memoria histórica y ofrece a la comunidad un espacio para la reflexión y el conocimiento de nuestro pasado.

Presentación del Repositorio Digital del Archivo General del Ejército

El 2 de septiembre, en dependencias del Museo Histórico y Militar de Chile, se llevó a cabo la presentación de la segunda etapa del proyecto de digitalización del Archivo General del Ejército, una iniciativa orientada a preservar y poner a disposición del público parte esencial de la memoria institucional.

El proyecto, impulsado por el DCHEE y desarrollado por la Corporación del Patrimonio Histórico y Militar (CPHM), fue financiado a través de la Ley de Donaciones Culturales. En esta nueva fase se incorporaron más de 115 mil páginas digitalizadas, que se suman a las 185 mil disponibles desde 2020, abarcando documentos que van desde 1817 hasta 1915 y que corresponden a seis fondos y colecciones históricas: Correspondencia, Decretos Supremos, Hojas de Servicio, Listas de Revista de Comisario, Veteranos y la Colección Fotográfica. Gracias a la digitalización, estos materiales quedan protegidos frente al deterioro y pueden ser consultados de manera abierta por investigadores y ciudadanía en general, mediante un repositorio digital que fue optimizado en esta etapa (www.archivohistoricosejercito.cl).

Con esta iniciativa, se reafirma el compromiso del Ejército con la preservación del patrimonio documental, ofreciendo un acceso directo, libre y permanente a la historia militar del país y poniendo el patrimonio al alcance de todos.

Participación en el Día del Patrimonio de la Defensa 2025

El 7 de septiembre se realizó el Día del Patrimonio de la Defensa, evento en el que los museos y salas de exhibición de la Plataforma Museográfica de la institución, además de unidades y reparticiones militares, abrieron sus puertas para compartir con la ciudadanía su patrimonio, tradiciones, legado histórico y funciones que actualmente cumplen en beneficio de la ciudadanía y el país.

A lo largo de todo Chile, el personal de las diferentes unidades, museos y salas de exhibición compartieron con la ciudadanía a través de recorridos guiados, recreaciones y charlas históricas, presentaciones musicales, entre otras actividades.



XVII Jornadas de Historia Militar

El 26 y 27 de noviembre se realizaron en el Instituto Geográfico Militar las XVII Jornadas de Historia Militar, cuyo eje central fue la conmemoración de los 200 años de la anexión de Chiloé a la República de Chile. El encuentro contó con la destacada participación del Instituto de Historia y Cultura Militar de España (IHCM), que presentó tres investigaciones transmitidas directamente desde España, centradas en la historia del archipiélago durante el periodo virreinal y su importancia geoestratégica.



La apertura estuvo a cargo del general de división Rodrigo Pino Riquelme, jefe del Estado Mayor General del Ejército, y del general de división Marcos Llago Navarro, director del IHCM, quienes destacaron el significado histórico de la integración de Chiloé, subrayando su papel en la consolidación de la soberanía nacional.

Desde el IHCM se presentaron las ponencias: El reino de Chile en la América Hispánica (Dr. Carlos Moreno Amador, Universidad Complutense de Madrid), Relevancia estratégica de Chiloé (Dr. Jorge Álvarez Palomino, Universidad San Pablo CEU Madrid) y Las fuerzas chilotas del Ejército real del Perú (coronel Benito Tauler Cid, IHCM). Por parte de Chile, se expusieron las conferencias Una guerra que se inicia y termina en Chiloé (Dr. Cristian Guerrero Lira, Universidad de Chile), La conquista del Archipiélago de Chiloé (coronel Guillermo O'Ryan Mundigo, DCHEE) y Chiloé 1826: ¿el último bastión realista? (Dr. Gonzalo Aravena Hermosilla, Museo de Sitio Castillo de Niebla). En conjunto, las ponencias ofrecieron una mirada integral al proceso histórico que culminó con la integración definitiva del archipiélago y que consolidó la independencia nacional.

Como parte de la conmemoración, se anunció la próxima publicación de un volumen que reunirá las conferencias presentadas, con el objetivo de difundir el trabajo conjunto de ambas instituciones y fortalecer la memoria histórica compartida.

Corrección de anotación en fotografía histórica

Un estudio reciente de la colección digital de fotografías del Archivo General del Ejército precisó la identificación del protagonista de una imagen históricamente atribuida al teniente coronel Tulio Padilla. Tras una investigación exhaustiva realizada por el teniente coronel (R) Pedro Hormazábal en el Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército, se determinó que la fotografía corresponde, en realidad, al sargento mayor Santiago O'Ryan Samaniego.



El análisis que llevó a esta corrección incluyó el estudio de la falerística histórica, los uniformes militares históricos y las Listas de Revista de Comisario. Estos elementos permitieron identificar

al verdadero protagonista de la foto y concluir que la confusión original se debió a que ambos oficiales servían en el Regimiento Cazadores y presentaban un notable parecido físico.

La versión digital de la fotografía se puede encontrar en el repositorio digital del ARGE, con el código: F_MHM-RGA024.

El DCHEE recibió donación de fotografías sobre la Base Antártica (1958-1959)

El sargento 1° (R) Héctor Silva Caroca, a sus 94 años y tras casi siete décadas de haber cumplido misión en el continente blanco, realizó una significativa donación al Ejército de Chile. Quien fuera enfermero militar en la dotación 1958-1959 de la Base Antártica “Capitán General Bernardo O’Higgins Riquelme”, entregó un conjunto documental único, resguardado por él durante años.

El legado incluye más de un centenar de fotografías capturadas y reveladas por el propio Silva, además de relatos personales y registros sobre la vida en la Antártica. La colección contiene también antecedentes de su participación en el Año Geofísico Internacional, así como testimonios sobre el incendio que afectó a la Base Científica “Luis Risopatrón”.

El sargento Silva explicó que su decisión de donar responde al propósito de resguardar la memoria de su dotación, contribuyendo así a mantener viva una parte fundamental de la historia militar y científica nacional.

La recepción de este patrimonio quedó a cargo del DCHEE, el que asumirá la tarea de conservar los documentos, con el objetivo de ponerlos a disposición de investigadores e historiadores.^{DCHEE}



Requisitos para publicar

La Revista de Historia Militar ofrece sus páginas a la publicación de artículos de investigación referidos a historia militar, patrimonio histórico militar e historia del Ejército.

Requisitos:

- Artículos originales, inéditos y exclusivamente sobre temas relativos a la historia y/o patrimonio militar de Chile.
- Los trabajos serán sometidos a la aprobación del Consejo Editorial de Publicaciones Militares del Ejército. Por lo tanto, el autor realizará, en coordinación con el equipo editorial del DCHEE, los cambios necesarios para su aprobación.
- **Formato: Documento Microsoft Word, fuente Times New Roman N° 12, espaciado 1.15, justificado, hoja tamaño carta.**
- **Extensión: 1.800 a 4.000 palabras (incluyendo bibliografía y los pies de imagen).**
- **Información proveniente de fuentes y bibliografía, ya sea parafraseada o cita textual, deben referenciarse obligatoriamente.**
- Las referencias a documentos de archivo y bibliografía deben indicarse en el cuerpo del texto. Para el caso de artículos y libros, debe usarse el formato “Apellido, año de publicación, página”. Para el caso de fuentes documentales “Sigla Archivo, sigla del fondo documental o colección, N° volumen o tomo, foja”.
- Al final del artículo debe incluirse un listado con las publicaciones y/o fuentes utilizadas, siguiendo el estilo Chicago 18ª Edición.
- Considerando el enfoque y formato de la RHM, todos los artículos deben contar con imágenes que no contravengan los derechos de autor, por lo que deben señalar la fuente de donde fueron extraídas. Los archivos de las imágenes deben estar en formato .jpg o .png, además de contar con una resolución óptima para efectos de publicación.
- Los aportes deben remitirse al correo electrónico departamentocultural@ejercito.cl



DEPARTAMENTO CULTURAL, HISTÓRICO
Y DE EXTENSIÓN DEL EJÉRCITO

“Siempre presentes”